LUCIEN FEBVRE

COMBATES POR LA HISTORIA

ariel



LUCIEN FEBVRE

COMBATES POR LA HISTORIA

Traducción castellana de

FRANCISCO J. FERNÁNDEZ BUEY
y ENRIQUE ARGULLOL

EDITORIAL ARIEL
BARCELONA - CARACAS - MÉXICO

Del título original, *Combats pour l'histoire*, sólo se reproducen en la presente edición quince ensayos (los catorce primeros y el último).

Cubierta: Alberto Corazón

1.ª edición: mayo de 1970
2.ª edición: octubre de 1971
3.ª edición: enero de 1974
4.ª edición: diciembre de 1975
5.ª edición: marzo de 1982

Depósito legal: B. 9.405 - 1982
ISBN: 84 344 0685 3

Impreso en España

1982. — I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Carretera de Cornellá, 134, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

PRÓLOGO

Si a la hora de reunir estos artículos elegidos entre tantos otros hubiera pensado en erigirme algún monumento habría titulado el compendio de otra manera. Puesto que a lo largo de mi vida he fabricado, y pienso seguir fabricando todavía, unos cuantos muebles sólidos, de los que amueblan la historia —que habrán de servir, al menos provisionalmente, para guarnecer ciertas paredes desnudas del palacio de Clío—, debería llamar *Mis virutas* a estos restos de madera que al pasar el cepillo han quedado amontonados al pie del banco. Pero si los he recogido, no ha sido en absoluto para recrearme en esas obras cotidianas, sino para prestar algunos servicios a mis compañeros, principalmente a los más jóvenes. En consecuencia, el título que he escogido recordará lo que siempre hubo de militante en mi vida. No será *Mis combates*, claro que no; nunca he luchado en favor mío ni tampoco contra tal o cual persona determinada. Será *Combates por la historia*, ya que por ella he luchado toda mi vida.

Por lejos que me remonte en mis recuerdos me veo como historiador por gusto y por deseo, por no decir de corazón y de vocación. Soy hijo de un padre al que alejaron de la historia —sin que nunca se desinteresara de ella— el prestigio de Henri Weil, el helenista de la Facultad de Letras de Besançon y más tarde de la Escuela Normal Superior, y el prestigio, tan grande entonces, de Thurot, el filósofo de la gramática; sobrino

de un tío que enseñó historia toda su vida y que enseñó a amarla desde la más tierna infancia. Al husmear en la biblioteca paterna, encontraba debajo de los fascículos de *Daremberg et Saglio,* que se sucedían regularmente, esos dos volúmenes que representan con todo realismo las grandes *Histoires des Grecs et des Romains* de Victor Duruy, obras maestras de la casa editora Hachette, de magnífica factura; toda la antigüedad entonces conocida, templos, bustos, dioses, vasijas, ilustradas por los mejores dibujantes. Devoraba principalmente con una pasión nunca satisfecha los tomos de la gran edición Hetzel de la *Histoire de France* de Michelet, ilustrada por Daniel Vierge, visionario alucinante, con láminas tan bien adaptadas a ciertos textos del gran vidente que todavía hoy me siento molesto si tengo que releerlos en la triste edición que la gente ha dado en calificar de "definitiva". Con tales consejos por alimento, la riqueza de esas lecturas y los sueños que hacían nacer en mí, ¿cómo no iba a ser historiador?

Ahí están mis maestros, mis verdaderos maestros. A los que más tarde, entre los dieciséis y los veintiún años, habrá que añadir: Élisée Reclus y la profunda humanidad de su *Geografía Universal;* Burckhardt y su *Renacimiento en Italia;* Courajod y sus lecciones en la escuela del Louvre sobre el renacimiento borgoñón y francés a partir de 1910, el Jaurès de la *Historia del socialismo*, tan rica en intuiciones económicas y sociales; y, por último, Stendhal, sobre todo el Stendhal de *Roma, Nápoles y Florencia*, de la *Historia del arte en Italia*, de las *Memorias de un turista,* de la *Correspondencia*: "invitaciones a la historia psicológica y sentimental", que durante años estuvieron sobre mi mesita de noche. Las descubrí casi por azar, en aquellos lejanos tiempos, malvendidas por Colomb e impresas por Calmann en papel de envolver, con viejos tipos...

Esa fue "mi alma de papel". Junto a ella, mi alma campestre y rústica: la Tierra fue para mí la otra maes-

tra de historia. Los veinte primeros años de mi vida transcurrieron en Nancy; y allí en mis recorridos por la espesa arboleda de los bosques de Haye, descubriendo uno tras otro, claramente perfilados, los horizontes de las costas y de los llanos de Lorena, reuní un puñado de recuerdos e impresiones que no me abandonarán nunca. Pero ¡con qué delicia volvía cada año al Franco Condado, mi verdadera patria! En primer término el dulce valle del Saona, la suave majestad del pueblo de Gray dominando esa pradera que devolvió la felicidad a Proudhon; y aún más: el viejo y bravío Jura, sus ribazos y sus abetos, sus verdes aguas y sus gargantas dominadas por grandes bancos calcáreos, plasmadas por el épico pincel de Gustave Courbet. Así es el Franco Condado, que recorrí en todas direcciones desde mis primeros años en las viejas diligencias de carroza amarilla de Messageries Bouvet: recuerdo el tufo del cuero viejo, el acre olor de los caballos sudados, el alegre tintineo de los cascabeles y el chasquido de látigo a la entrada de los pueblos. También el Franco Condado tiene, como Lorena, sus altos lugares solitarios y sagrados: la Haute-Pierre de Mouthier, el Poupet de Salins que envía su saludo al Mont Blanc por encima de las crestas; más lejos, la Dole, esa cumbre literaria, y tantas otras menos notorias; lugares saludables donde el espíritu sopla con el viento y que proporcionan la necesidad de descubrir, de respirar infinitos horizontes para toda la vida. Los del Franco Condado no somos conformistas en absoluto. Courbet apenas lo era cuando pintaba *L'Enterrement à Ornans* o *L'Atelier*. Tampoco Pasteur, cuando las academias conjuradas daban gritos de muerte contra su verdad. Ni Proudhon, el hijo del tonelero, cuando afirmó en homenaje a los acomodados burgueses de Besançon "la propiedad es un robo". Proudhon hubiera dado, sin duda, la mejor definición de los hijos del Franco Condado ("Anarquistas... pero con gobierno") si Michelet no nos hubiera calificado con estas

palabras: "Siempre han sabido dos cosas: saber hacer y saber detenerse".

Así es como, al reunirse en mí la doble aspereza, "crítica, polémica y guerrera", del Franco Condado y de Lorena, no acepté de buen grado la historia de los vencidos de 1870, sus temblorosas prudencias, sus renuncias ante toda síntesis, su culto por el "hecho", laborioso pero intelectualmente perezoso y ese gusto casi exclusivo por la historia diplomática ("¡Si la hubiéramos aprendido mejor no seguiría preocupándonos!"), obsesión de los hombres que nos adoctrinaban entre 1895 y 1902, desde Albert Sorel (ese semidiós) hasta Émile Bourgeois (esa décima de dios). A ese doble rigor se debe también el que yo haya reaccionado casi instintivamente y sin apoyo en el campo de los historiadores (entre mis amigos se encontraban lingüistas y orientalistas, psicólogos y médicos, geógrafos y germanistas, desde Jules Bloch hasta Henri Wallon, Charles Blondel, Jules Sion, Marcel Ray, mientras que los menos conformistas de mis hermanos historiadores, con algunas raras excepciones entre las cuales hay que señalar la de Augustin Renaudet, se alineaban sin más, creyéndose osados, bajo el ambiguo estandarte de Charles Seignobos); y que me inscribiera inmediatamente entre los fieles de la *Revue de Synthèse Historique* y de su creador, Henri Berr: nada tiene de extraño una aventura tal. A no ser el hecho de que califica una época: ni mis atrevimientos ni mis ingeniosidades fueron suficientes para levantar en contra mía aquellos valientes corazones que me querían bien y que me lo demostraban en cada ocasión; pienso en Gabriel Monod, en Christian Pfister, en Camille Jullian y también en Gustave Bloch y en Vidal de la Blache (aunque él ya había hecho su propia revolución para sí y para sus sucesores). La alta universidad de aquel tiempo era aristócrata de corazón al menos. Y entre los grandes reinaba una benevolencia operante, una fraternidad.

Así pues, solo en la liza, trabajé lo mejor que supe. Algunas de las cosas que en estos cincuenta años he podido decir, y que parecían aventuradas cuando las formulaba por vez primera, son ya un lugar común. Otras siguen siendo discutidas. La suerte del pionero es engañosa: o bien su generación le da razón casi inmediatamente y absorbe en un gran esfuerzo colectivo su esfuerzo de investigador aislado; o bien su generación resiste y deja que la generación siguiente haga germinar la semilla prematuramente lanzada en los surcos. Ahí está la causa de que el éxito prolongado de ciertos libros, de ciertos artículos, sorprenda a su autor: no encontraron su verdadero público hasta diez o quince años después de su publicación, cuando les llegaron ayudas externas.

Hablando de ayudas, he de decir que me dio una gran seguridad el descubrimiento de Henri Pirenne, a partir de 1910, cuando me sumergía en su pequeño volumen de la colección Flammarion, *Les anciennes démocraties des Pays-Bas* y después en los primeros tomos de la *Historia de Bélgica*, en espera de las espléndidas memorias que fueron su canto del cisne (*Los períodos de la historia social del capitalismo*, 1914; *Mahoma y Carlomagno*, 1922; *Merovingios y carolingios*, 1923; y por último esa joya que es el librito *Las ciudades de la Edad Media*, 1927). Me dio seguridad, primero, y, después, júbilo personal saber que un hombre fuerte recorría, con paso constante y dominador, los campos históricos de la Bélgica amiga. Júbilo que experimenté de nuevo cuando Marc Bloch, joven historiador, con ocho años menos que yo, orientado por sí mismo de una forma ligeramente distinta, vino a respaldarme fraternalmente, a continuar y prolongar mi esfuerzo en su campo de medievalista. En 1929 fundamos juntos los *Annales*, ayudados desde el primer número por la fidelidad de Leuilliot y más que por el beneplácito de Henri Pirenne por su magnífica colaboración. ¡Pero

cómo no reconocer el mérito que corresponde, en aquellos *Annales* que adquirieron rápido prestigio y en los que había que aceptar de entrada su carácter saludable y vivificador, a todos los que a mi alrededor formaron un círculo fraternal y ferviente! Y que lo siguen formando todavía: Fernand Braudel, poderoso evocador de un Mediterráneo tan lleno de resonancias y después osado protector de una historia económica renovada; Georges Friedmann, penetrante analista de las almas individuales y colectivas, desde Leibniz y Spinoza hasta los siervos anónimos de la máquina; y Charles Morazé, curioso y ardiente descubridor de tierras desconocidas; intrépido en la obstinada búsqueda de métodos nuevos; y por último, todos vosotros, mis colaboradores, mis lectores, mis alumnos y mis colegas de Francia y del extranjero, cuyo exigente afecto mantiene mi fuerza y sostiene mi impulso. Yo debía decir esto, debía proclamar al comenzar esta recopilación mis deudas sentimentales para con tantos hombres y lugares y también para con las casas que me acogieron: la Escuela Normal Superior (1899-1902) y la Fundación Thiers en las universidades de Dijon y de Estrasburgo; sin olvidar entre tantas otras, en el viejo y nuevo mundo, la Universidad Libre de Bruselas que durante un año me abrió sus cátedras; y finalmente desde 1933, el noble Collège de France. Gracias a esas altas tribunas mi voz pudo hacerse oír tan extensamente.

¡Ojalá estas páginas que guardan relación entre sí, y por ello espero que sean tanto más expresivas, puedan servir a las causas que me son tan caras! En estos años en que tantas angustias nos oprimen no quiero repetir con el Michelet del *Peuple*: "Jóvenes y viejos estamos fatigados". ¿Los jóvenes, fatigados? Espero que no. ¿Los viejos, fatigados? No lo deseo. Por encima de tantas tragedias y transformaciones, en el horizonte lucen amplias claridades. En la sangre y en el dolor se engendra una humanidad nueva. Y por tanto, como siempre,

una historia, una ciencia histórica a la medida de tiempos imprevisibles va a nacer. Yo deseo que mi esfuerzo haya sabido adivinar y abrazar sus directrices por adelantado. Y que mis arroyos puedan aumentar su torrente.

Le Souget, Navidad de 1952

ADVERTENCIA AL LECTOR

Puesto que se trataba de prolongar y extender la influencia de algunos artículos escritos, a lo largo de medio siglo, para propagar y defender ideas que entonces se creían y se siguen juzgando útiles, el autor no se ha prohibido:

— ni aportar algunas modificaciones formales a los textos recogidos,
— ni aligerarlos de consideraciones demasiado circunstanciales,
— ni modificar ciertos títulos para subrayar mejor el espíritu de un artículo,
— ni tampoco (aunque en escasas ocasiones) remitir al lector a trabajos posteriores que permitan la puesta a punto del texto primero.

En cambio, ha resistido a la tentación de proceder por sí mismo a esta puesta a punto. Es saludable que los jóvenes historiadores que lean este libro puedan cobrar un sentido exacto de la evolución de las ideas y del incesante cambio de puntos de vista en historia. No para que se vanaglorien de tales transformaciones, sino para que afirmen, con conocimiento de causa, que sus esfuerzos no se perderán.

EXAMEN DE CONCIENCIA DE UNA HISTORIA Y DE UN HISTORIADOR

Es el momento de regresar al pasado, el momento de volver sobre mí mismo. Guardaré en secreto, por pudor, el *Domine non sum dignus* que aflora a los labios de un hombre cuando siente por vez primera pesar sobre sus hombros el fardo de su debilidad, en este Colegio donde le rodean y le acechan tantas presencias invisibles. Tanto más cuanto que lo que esperan del elegido sus oyentes y sus colegas no es en absoluto una efusión, sino la promesa viril de un esfuerzo, el don de una energía. ¿En qué empresa? Para definirla como historiador, iré directamente a las fechas.

1892: a la muerte de Alfred Maury, el Collège de France suprimió, para transformarla, la cátedra de Historia general y del Método histórico aplicado que poseía desde hacía más de un siglo. La cátedra de Historia y de Moral, para llamarla con su antiguo nombre, permitió a Daunou, el clásico, y a Michelet, el romántico, impartir una enseñanza innovadora y brillante.

1933: cuarenta años más tarde, el Collège obtuvo la creación de una cátedra de Historia general y de Método histórico aplicado a los tiempos modernos, traducción personal y libre de la fórmula (Historia de la Civilización moderna) que en lo sucesivo se leerá en el tablón de anuncios del Collège.

1892, 1933: dos fechas, un problema. Problema que es absolutamente necesario que yo os plantee. Y si al hacerlo me veo obligado a proceder a un examen sin contemplaciones de las ideas que recibieron los hombres de mi generación y de los métodos que les fueron enseñados no debéis ver en ello ni pizca de orgullosa presunción, sino simplemente un gran deseo de claridad y la necesidad, mía y vuestra, de aclarar un camino común en lo sucesivo.

I

El Collège cumplía con su razón de ser al suprimir la cátedra de Historia y Moral en 1892. No estaba hecho para volar en ayuda de la victoria, sino para precederla. Ahora bien, en 1892, la historia, tal como entonces se concebía, había jugado y ganado su partida. Estaba en los institutos, poblados de profesores de historia; en las universidades, provistas de cátedras de historia; en las escuelas especiales, reservadas a su culto. La historia copaba las direcciones de la enseñanza, los rectorados, los puestos importantes de la instrucción pública. Orgullosa y potente en lo temporal, aparecía segura de sí misma en lo espiritual, aunque un poco soñolienta.

¿Y su filosofía? Más o menos hecha con fórmulas tomadas de Augusto Comte, de Taine, del Claude Bernard que se enseñaba en los institutos; aunque tenía rotos y agujeros, allí estaba, siempre a punto, la amplia y suave almohada del evolucionismo para disimularlos. La historia se sentía a gusto en la corriente de estos pensamientos fáciles; por lo demás, he oído decir frecuentemente que los historiadores no tienen grandes necesidades filosóficas. Al rememorar las maliciosas opiniones de Péguy en uno de sus más brillantes *Cahiers*

de la quinzaine:[1] "Corrientemente los historiadores hacen historia sin meditar sobre los límites y las condiciones de la historia; tiene razón, sin duda: más vale que cada cual haga su oficio. En líneas generales, vale más que el historiador empiece por hacer historia sin tratar de ir más lejos. ¡En caso contrario, nunca haría nada!" —siempre he tenido miedo de que muchos historiadores, al leer esas frases falsamente bonachonas, sacudan aprobatoriamente la cabeza sin percibir el regusto avinagrado de esa socarronería de Orléans...

Todo eso, por fuera. Por dentro, las cosas se ordenaban simplemente.

* * *

Lo previo es la definición: la historia, la historia era... En cualquier caso, si alguien se molestaba en definirla lo hacía, cosa bastante extraña, no por su objeto, sino por su material. Quiero decir: por una parte sólo de su rico material.

"La historia se hace con textos". Fórmula célebre: todavía hoy no ha agotado su virtud. Que fue grande, claro. Sirvió de consigna y compromiso a los buenos trabajadores legítimamente orgullosos de su consciencia de eruditos, que luchaban contra obras fáciles y cobardes. Fórmula peligrosa si no se tiene cuidado con ella y que daba la impresión de querer tachar de falso, brutalmente, el movimiento general de las investigaciones humanas estrechamente solidarias.

La fórmula ligaba la historia a la escritura con estrecho lazo. Era el momento en que la prehistoria —nombre claramente significativo— se dedicaba a redactar, *sin textos*, el más largo de los capítulos de la

1. *De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les temps modernes*, 3.er cuaderno, 8.a serie, pág. 28.

historia humana. Nacía una historia económica con la pretensión de ser, principalmente, la historia del trabajo humano. Y ¿cómo hacer simplemente con papeles o pergaminos, ignorando las técnicas, esta historia del trabajo cuyas condiciones determinaba ahora hace un año François Simiand? Nacía una geografía humana que llamaba la atención de los jóvenes, captados rápidamente por estudios reales y concretos, por estudios que eran como si hicieran penetrar en el triste claroscuro de las aulas el cielo y las aguas, los pueblos y los bosques, toda la naturaleza viviente. "La historia se hace con textos": de golpe parecía desvanecerse la penetrante observación de los parajes, la aguda comprensión de las relaciones geográficas próximas y lejanas, el examen de las huellas dejadas sobre la tierra humanizada por el encarnizado trabajo de las generaciones desde los tiempos en que los hombres del neolítico, realizada la separación de lo que sería bosque o se convertiría en tierra de labor, establecían para tiempos futuros los primeros tipos históricos conocidos de las instituciones primordiales de la humanidad.

Claro está, los exploradores de las sociedades antiguas escapaban, felizmente, ante los peligros de una tal fórmula de encogimiento y mutilación. Sus estudios eran vivificados sin cesar y renovados por las excavaciones, los descubrimientos de monumentos y de material humano, en contacto con realidades sustanciales, como son un hacha de metal, un vaso de terracota o de barro, una balanza y sus pesas, cosas todas que uno puede palpar y tener en sus manos, cuya resistencia puede probarse, y obtener analizando sus formas, cien datos concretos sobre la vida misma de los hombres y las sociedades; estudios que, forzados a aplicarse con exactitud al terreno e impulsados por el despertar del sentido topográfico hacia la adquisición del sentido geográfico, no se sometían a las prescripciones de un código rígidamente definido.

En cambio, en el campo de los estudios modernos, los jóvenes, formados intelectualmente en una cultura que se basaba sólo en los textos, el estudio de los textos, la explicación de los textos, pasaban, sin romper con los hábitos, desde los institutos en los que únicamente sus aptitudes "textuarias" les habían definido, a la Escuela Normal, a la Sorbona, a las Facultades, donde se les proponía el mismo trabajo de estudio de textos, de explicación de textos. Trabajo sedentario, oficinesco y de papeleo; trabajo a realizar con las ventanas cerradas y las cortinas echadas. De ahí salían esos campesinos que parecían labrar viejos cartularios en vez de espesa tierra. De ahí surgían esos poseedores de señoríos en los cuales nadie se preocupaba por saber lo que se hacía con los productos de su reserva o lo que sus dominios les representaban en servicios, en naturaleza, en fidelidades humanas o en sumas de dinero, a través de las distintas épocas. La historia era la gran señora; frente a ella, la humilde realidad económica daba la impresión de ser un Juan Lanas. Se vivía sin dinero ni crédito. Se practicaba una agricultura, una industria, un comercio abstractos. Y de esta forma, la historia afirmaba mejor todavía su participación en la dignidad, en la respetabilidad, en el perfecto y aristocrático desinterés por los estudios textuales y literarios. Gozaba de la alta consideración de que se beneficiaban en Francia sus estudios desde el Renacimiento. Todavía hoy, en 1933, a los profesores auxiliares de historia que entran en la Universidad se les pide, sin más, cuatro ejercicios franceses sobre temas de historia y cuatro conferencias, "brillantes" a ser posible, sobre los mismos temas; y al encargarles que den cuenta de la vida de las sociedades pasadas — toda su vida material y espiritual, política, económica y social — no se les pregunta si saben leer y si es preciso realizar, o, al menos, criticar una estadística, ni si tienen los primeros rudimentos de derecho y de su evolución,

ni, no digamos ya, si han oído hablar de las teorías contradictorias de la economía política, sino que ni siquiera se les pregunta si son capaces de explicar con precisión lo que es una moneda en su utilización corriente, lo que significa el cambio, lo que realmente sucede tras la fachada de una bolsa de valores o las ventanillas de un banco de depósitos; para colmo de paradojas, ni siquiera se les pide la explicación crítica de un texto: la historia se hace casi exclusivamente con palabras, fechas, nombres de lugares y de hombres. Basta recordar la fórmula: "La historia se hace con textos". Sin duda, entonces, se comprende todo.

* * *

Pero hay que preguntarse: ¿se alcanzaban los hechos a través de los textos? Todo el mundo lo decía: la historia era establecer los hechos y después operar con ellos. Cosa que era verdad y estaba clara, en líneas generales y, sobre todo, si se consideraba que la historia se componía únicamente, o casi, de acontecimientos. Si tal rey determinado había nacido en tal lugar, tal año, y en determinada región había conseguido una victoria decisiva sobre sus vecinos, se trataba de investigar todos los textos que mencionaban ese nacimiento o esa batalla decisiva; elegir entre ellos los únicos dignos de credibilidad y, con los mejores, componer un relato exacto y preciso. ¿No tenían dificultades todas esas operaciones:

Pero ¿qué decir de la depreciación progresiva, a través de los siglos, de la libra de Tours? ¿y cuándo los salarios han bajado o han subido el costo de la vida a lo largo de una serie de años? Sin duda, son hechos históricos y, en nuestra opinión, más importantes que la muerte de un soberano o la conclusión de un tratado efímero. Esos hechos ¿se advierten de una ma-

nera directa? Está claro que no: los fabrican trabajadores pacientes, relevándose, sucediéndose, de forma lenta, penosa, apoyándose en miles de observaciones juiciosamente planteadas y millares de datos numéricos extraídos laboriosamente de múltiples documentos (datos que, en realidad, nunca proporcionan los documentos de modo directo). Y no se objete: "colecciones de hechos y no sólo hechos..." Porque ¿dónde captar el hecho en sí, ese pretendido átomo de la historia? ¿Es un hecho el asesinato de Enrique IV por Ravaillac? Si se intenta analizarlo, descomponerlo en sus elementos, materiales unos y espirituales otros, en cuanto resultado combinado de leyes generales, circunstancias particulares de tiempo y lugar, circunstancias propias, por último, de cada uno de los individuos, conocidos o ignorados, que tomaron parte en la tragedia, se verá en seguida dividirse, descomponerse, disociarse un complejo intrincado... no de datos, sino de lo tantas veces creado por el historiador, lo inventado y lo fabricado con ayuda de hipótesis y conjeturas, mediante un trabajo delicado y apasionante.

De ahí deriva, entre paréntesis, la fuerte atracción que ejercen sobre los historiadores los períodos de origen: los misterios aumentan el volumen de lo que debe ser aclarado y de las resurrecciones que hay que intentar. Son como desiertos infinitos en medio de los cuales es apasionante hacer brotar, si se puede, pozos de agua y alumbrar, partiendo de la nada y mediante la potencia de laboriosas investigaciones, oasis de conocimientos nuevos.

* * *

Hay que enfrentarse, sin duda, con otra doctrina enseñada casi con tanta frecuencia. "El historiador no debería elegir los hechos. ¿Con qué derecho, en nombre de qué principios, elegirlos? Elegir es la negación

de la obra científica…" — Sin embargo, toda historia es elección.

Lo es porque existe el azar que aquí destruyó y allá salvaguardó los vestigios del pasado. Lo es porque existe el hombre: cuando los documentos abundan, abrevia, simplifica, hace hincapié en esto, relega aquello a segundo término. Y lo es, principalmente, por el hecho de que el historiador crea sus materiales o los recrea, si se quiere: el historiador no va rondando al azar a través del pasado, como un trapero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar. Decir que "eso no es una actitud científica" ¿no es poner de manifiesto, simplemente, que se sabe muy poco de la ciencia, de sus condiciones y de sus métodos? El histólogo que mira por el ocular de su microscopio ¿capta hechos aislados de una manera inmediata? Lo esencial de su trabajo consiste en crear, por así decirlo, los objetos de su observación, con ayuda de técnicas frecuentemente muy complicadas. Y después, una vez adquiridos esos objetos, en "leer" sus probetas y sus preparados. Tarea singularmente ardua; porque describir lo que se ve, todavía pase, pero ver lo que se debe describir, eso sí es difícil.

Establecer los hechos y después operar con ellos… Muy bien, sí, pero cuidad de no establecer de esa manera una nefasta división del trabajo, una peligrosa jerarquía. No estimuléis a quienes, en apariencia modestos y desconfiados y en realidad pasivos y gregarios, amasan hechos para nada y después esperan con los brazos cruzados eternamente que llegue el hombre capaz de ordenarlos. Hay en los campos de la historia tantas piedras talladas por benévolos canteros y abandonadas después en el terreno… Si surgiera el arquitecto al que las piedras esperan sin ilusión me parece que se iría a construir a un lugar libre y desnudo, huyendo de esos campos sembrados de dispar sillería.

Manipulaciones, invenciones: a un lado los peones, a otro los constructores. No. Para que no se pierda nada del trabajo humano, la invención tiene que realizarse en todas partes. Elaborar un hecho es construir. Es dar soluciones a un problema, si se quiere. Y si no hay problema no hay nada.

Son éstas verdades que con demasiada frecuencia escapaban a demasiados historiadores. Educaban a sus discípulos en el santo temor a la hipótesis, considerada (por hombres que, por otra parte, tenían siempre en la boca las grandes palabras "método" y "verdad" científica) como el peor de los pecados contra lo que ellos llamaban *Ciencia*. En el frontón de su historia grababan con letras de fuego un perentorio *hypotheses non fingo*. Y para la clasificación de los hechos, una máxima única: seguir rigurosamente el orden cronológico... ¿Rigurosamente? Michelet decía "sutilmente". Pero todo el mundo sabía a la perfección que Michelet y la historia no tenían nada en común. ¿No era una engañifa el orden cronológico? La historia que se nos explicaba (y si utilizo el imperfecto de los verbos no es por un excesivo candor), la historia que se nos enseñaba a hacer no era, en realidad, más que una deificación del presente con ayuda del pasado. Pero rehusaba verlo —y decirlo—

° ° °

La historia de Francia, desde la Galia romana definida por César al comienzo de los *Comentarios* hasta la Francia de 1933 limitada por sus fronteras, seguía el hilo del tiempo sin perderse ni desviarse nunca. No embarrancaba en escollos escondidos ni naufragaba jamás entre los rápidos. Al llegar al término de su viaje concluía: "¡Mirad, salí de la Galia y llego sin tropiezo a la Francia de hoy: maravillosa continuidad de una historia nacional!" Era verdad; pero, porque

partiendo de 1933, el historiador había empezado por remontar la corriente, reconocer todos los afluentes, eliminar los brazos que se desviaban (quiero decir, que no conducían directamente a César). Ese majestuoso desarrollo encantaba al historiador e introducía en una historia viviente, hecha de catástrofes, tragedias, amputaciones y anexiones sin fruto, una especie de rigidez ficticia y cadavérica, si hay que decirlo todo.

Aunque no sea más que mirando con nueva atención un atlas histórico, pongamos ante nosotros mismos la prodigiosa representación de todas las figuras sorprendentemente distintas que ha presentado el país que denominamos Francia, nombre con el que se le ha llamado con continuidad desde hace siglos; si conseguimos liberarnos de la obsesión de "lo que es", evoquemos esa serie de formaciones paradójicas en nuestra opinión; si una de ellas hubiera perdurado podemos estar seguros de que la historia hubiera vuelto a encontrar, remontándose, a sus antepasados: la alianza de Francia y España, y la de Francia y Renania o Francia e Inglaterra, o Francia e Italia, Francia y los Países Bajos... ¿Quién podrá decir lo que una historia pierde de vital e interés si no se tienen en cuenta tantas casualidades, escarceos e innovaciones? ¿Quién podrá decir el peligro que puede representar, si desde esta cátedra pudiera utilizar palabras que no sean científicas?

Supongamos la historia del Rhin.[2] Empezáis a escribirla de buena fe partiendo de la ilusión de que seguís el hilo de los acontecimientos mientras que, de hecho, habéis empezado por remontarlo. Partís de lo que representa el Rhin para nosotros — un Rhin cargado de rencores nacionales, un Rhin fronterizo, enclave san-

2. Lucien Febvre, *Le problème historique du Rhin*, primera parte del volumen *Le Rhin*, publicado en colaboración con Albert Demangeon, por la Société générale alsacienne de Banque, Estrasburgo, Imprimerie Alsacienne, 1930, en 4.°. Recogido en *Le Rhin, problèmes d'histoire et d'économie*, París, A. Colin, 1935, en 8.°.

griento de políticas belicistas —. Y poco a poco llegáis hasta el famoso texto de los *Comentarios* que vaticina: "El Rhin, línea de separación de la Galia y la Germania..." Tras lo cual, volvéis a empezar. Está claro que inocentemente. Estoy de acuerdo en que libremente. Pero a lo largo del camino apretáis con fuerza en la mano los dos extremos de la cadena. A pesar vuestro habéis proyectado el ardiente presente sobre siglos fríos. Y en ellos volvéis a encontrar el presente tal como lo habéis considerado. No dudéis que se trata de un método regresivo. Es concebible que ya un Guillermo II lo haya preconizado y que, a ejemplo suyo, lo defiendan los que considerándose el ombligo del mundo piensan que todo el pasado entero no sirve más que como preparación y justificación deseada de lo que ellos son y proyectan. Pero ¿dónde situar la ciencia?, qué queda de la ciencia en todo eso?

Así andábamos y la historia triunfaba. Desde fuera se la envidiaba por su potencia. Sin embargo, poco a poco, se iba vaciando de su sustancia real. La historia, se decía, no era una disciplina particular con un contenido perfectamente definido. Era un "método": un método a punto de convertirse en el método cuasi universal en el campo de las ciencias del hombre. Como si un método tal, al que un conocido texto llamaba "el método empleado para constituir la historia", fuese, en realidad, algo distinto a uno de los métodos practicados por todas las ciencias, el del conocimiento indirecto. La historia no había perdido su sombra. Pero renunciaba a su verdadero cuerpo por una sombra. Y quienes lo afirmaban, principalmente los que agrupaba Henri Berr en torno a la *Revue de Synthèse Historique,* el hombre que tuvo la valentía clarividente de escribir en 1911, en el prólogo a su ensayo crítico y teórico *La synthèse en histoire* (pág. VI): "Se afirma que la historia no tiene contacto con la vida porque es demasiado científica; yo estoy convencido, por el

contrario, de que no lo tiene porque no es lo suficientemente científica", aquéllos eran los que preparaban el futuro porque, desde luego, no domeñaban el presente.

II

Y llegó el despertar, brusco y desagradable. En plena crisis, en medio de las dudas. Dudas hijas de la guerra. Dudas de los que reanudaban su pacífico oficio, obsesionados por la idea de que estaban allí para hacer la tarea individual de cada cual y no tal como la hubieran hecho si la tormenta no hubiese arrastrado al mundo con sus torbellinos; y, ante todo, para hacer la tarea de los que ya no estaban allí, de aquellas dos generaciones atrozmente diezmadas, de las cuales sólo sobrevivían algunos restos como en esos bosques de pesadilla que uno atraviesa, directamente, sin dudas...[3] "Hacer historia, enseñar historia: remover cenizas, unas ya frías y otras todavía tibias, pero siempre cenizas, residuos inertes de existencias consumidas..." Pero ¿no había otras tareas más urgentes, más *útiles* (para decirlo con la gran palabra), reclamándonos que les entregáramos el resto de nuestras fuerzas?

Dudas de los que se burlaban del "fracaso de la historia". Verdad es que éstas tenían menos peso, porque acusar a la historia de no haber previsto ni predicho nada, ironizar sobre el desmoronamiento de las "leyes" que se forjaban por el puro placer de denunciar su inutilidad, objetar las reservas de una energía moral, cuyas posibilidades no negaba nadie, ante el "espiritualismo económico" ya señalado por un Frédéric

3. Lucien FEBVRE, "L'histoire dans le monde en ruines", lección de apertura del curso de historia moderna en la Universidad de Estrasburgo (*Revue de Synthèse Historique*, t. XXX, 1, n.º 88, febrero 1920, pág. 1 y siguientes).

Rauh [4] como un disfraz bajo el nombre de "materialismo histórico", y responder, con sorna, como un Bernard Shaw, ante los que hablaban del medio y de sus condicionamientos: "El hombre razonable se adapta al medio; el hombre no juicioso intenta adaptar el medio; de ahí que todos los progresos sean obra de imbéciles", en todo eso no había nada de imprevisto ni que pudiera interesar a los historiadores. Porque éstos sabían perfectamente que hay dos planos siempre diferenciados, el del conocimiento y el de la acción: el plano del saber y el de la inspiración, el plano de las cosas que ya han empezado a existir y el de la creación en formación. ¿Podrían obligar alguna vez a los hombres leyes históricas perfectamente establecidas? ¿Quién puede afirmar que no sea necesario un sentimiento de creación autónoma para operar, en un medio determinado, contra el peso de las tradiciones, contra la inercia de las instituciones, mientras que de cara al futuro el esfuerzo autónomo de los innovadores se inscribirá, sin duda, entre las consecuencias del régimen que combaten?

Más grave era la crisis de todo lo que rodeaba, de todo lo que enmarcaba a la historia en el terreno del espíritu. Y en este caso la guerra no había tenido nada que ver. Bajo el repetido choque de las ideas nuevas, de las profundas sacudidas que quebrantaban, dislocaban los seculares fundamentos de la física, todo un mundo se venía abajo: ese mundo moderno del que estábamos tan orgullosos y que ofrecía a nuestras actividades el confortable asilo de la certeza adquirida; ese mundo dominado por la matematización rigurosa de una física considerada como una geometría del mundo que vaciaba la materia de toda cualidad para darle una extensión absolutamente nueva; esta ciencia de los fenómenos naturales que, con todo su ardor, tendía hacia el objeti-

4. *Etudes de morale*, París, Alcan, 1911, pág. 64 y siguientes.

vo, un objetivo sustraído a las exigencias del Yo y que se valoraba no por la cualidad sino por la cantidad; y más especialmente, esta ciencia de los hechos del hombre que se iba constituyendo por aplicación al terreno humano de los métodos experimentados hasta entonces en el terreno de una materia ligada al determinismo más riguroso.

¿Es una derrota de las viejas ideas, de las viejas doctrinas anonadadas por las nuevas que irrumpen? No tanto. Nunca hubo mar geológico que no dejara un estrato atestiguando su potencia. ¿Es una crisis de ideal, necesario retorno a un misticismo primitivo o evolucionado? Menos aún. Se trata, ciertamente, de un enriquecimiento y de una ampliación; la posibilidad, entrevista, de nuevas negociaciones, relaciones inteligibles en el punto preciso que ahora nos ocupa entre esos dos terrenos hasta ahora separados por un abismo: el campo objetivo de la naturaleza y el terreno subjetivo del espíritu...

No es ahora el momento de investigar cómo, en qué medida y en qué aspectos específicos esas grandes transformaciones de ideas pueden afectar a la historia — que empieza a dar los primeros pasos por el camino general de la ciencia —. Haría falta, si no un libro, por lo menos un curso. Habrá que contentarse con una simple observación: ¿Cómo concebir en un ambiente de transformaciones tales una historia absolutamente inmóvil en sus viejas costumbres? ¿Cómo no vamos a sentir los historiadores la necesidad de concertar nuestras ideas y nuestros métodos con los de otras disciplinas? Para hablar claro ¿cómo no reconstruir cuando aparecen grietas por todas partes?

• • •

Pero ¿sobre qué fundamentos reconstruir? No hay que buscar muy lejos: sobre los sólidos cimientos de lo que debe llamarse la humanidad.

La historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano. Y no la ciencia de las cosas o de los conceptos. Sin hombres ¿quién iba a difundir las ideas? Ideas que son simples elementos entre otros muchos de ese bagaje mental hecho de influencias, recuerdos, lecturas y conversaciones que cada cual lleva consigo. ¿Iban a difundirlas las instituciones, separadas de aquellos que las hacen y que, aun respetándolas, las modifican sin cesar? No, sólo del hombre es la historia, y la historia entendida en el más amplio sentido. Ya es sabido con qué vigor denunciaba Michel Bréal, aquí mismo, en el Collège, la quimera de James Darmesteter cuando escribió *La vie des mots* dando al lenguaje la categoría de héroe.

La historia es ciencia del hombre; y también *de los hechos*, sí. Pero de los hechos *humanos*. La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso.

Y también los *textos*. Pero se trata de textos *humanos*. Las mismas palabras que los forman están repletas de sustancia humana. Todos tienen su historia, suenan de forma diferente según los tiempos e incluso si designan objetos materiales; sólo excepcionalmente significan realidades idénticas, cualidades iguales o equivalentes.

Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero *todos los textos*. Y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio: el privilegio de extraer de ellos, como decía el otro,[5] un nombre, un lugar, una fecha, una fecha, un nombre, un lugar, todo el saber positivo, concluía, de un historiador despreocupado por lo real. También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimo-

5. El físico Boisse.

nios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia...

Está claro que hay que utilizar los textos, pero *no exclusivamente* los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, principalmente, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, como la demografía que sustituye a la genealogía en la misma medida, indudablemente, en que demos remplaza en su trono a los reyes y a los príncipes; como la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico pone de manifiesto un hecho de civilización; como la psicología que pasa del estudio del individuo al de los grupos y las masas. Y tantas otras disciplinas. Hace milenios que el polen de los árboles forestales cayó en los cenagosos pantanos del norte. Hoy, un Gradmann, examinándolo al microscopio saca de ese hecho el fundamento de apasionantes estudios sobre el poblamiento antiguo que la ciencia del hábitat humano debe confesarse impotente para realizar — aun añadiendo a los datos de los textos el estudio de los nombres de los lugares o el de vestigios arqueológicos —. Ese polen milenario es un documento para la historia. La historia hace con él su miel, porque la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido...

Negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencias heterogéneas: ésa es la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda, sin duda, de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos.

¿Hay que tomar prestadas ciertas nociones? Algunas veces. Pero sobre todo, hay que tomar prestados métodos e inspiración. La regla hoy es que lo hagan

investigadores aislados que buscan el apoyo de sus compañeros de otras disciplinas. Mañana será, sin duda, característica propia de trabajadores de formación diversa unidos en equipos para aunar sus esfuerzos; me imagino que el físico planteará el problema, el matemático aportará su virtuosismo en el manejo del lenguaje científico y, por último, el astrónomo elegirá los astros que hay que elegir en el inmenso campo del cielo, observará y controlará. Indudablemente, es una fórmula para el futuro. Al trabajo, le hará perder mucho de su intimidad. No será ya asunto de un hombre y su proyección, al menos, tan profundamente. Pero ganará en eficacia lo que se pierda en personalidad. Quiérase o no, los tiempos del artesanado empiezan a quedar fuera de nuestro horizonte. Y como tantas otras cosas, el pequeño artesano científico que somos cada uno de nosotros, que nos gusta hasta en sus taras y sus manías; el pequeño artesano que todo lo hace por sí mismo y para sí mismo, que crea su utillaje, su campo de experiencias, su programa de investigación, va a reunirse en el pasado con tantas otras bellezas muertas. Pero ya otra belleza se esboza sobre la tierra.

Colaboración entre los hombres, concordancia de los métodos, analogía en los desarrollos. Una ciencia nueva, la lingüística, tuvo su origen en una sección de la filología, la filología comparada, que a su vez había surgido del descubrimiento del sánscrito en el siglo XVIII. Ahora bien, antes de orientarse hacia el estudio estático de los hechos lingüísticos haciendo abstracción de la historia de las lenguas, se consagró casi únicamente a ésta. Evolución que, sin duda, prefigura en líneas generales y muy toscas la que un día asumirá la historia, cuando del estudio global de los conjuntos históricos — pueblos y naciones, si se quiere — pase en una forma que no se puede determinar por adelantado (porque está claramente en función de los futuros progresos de otras ciencias próximas) al estudio estático de los hechos de la

historia... De momento, modestamente, no le asignamos más tarea que plantear problemas humanos. Por preocupaciones humanistas y a la vez por presentimiento de lo que un día pueda ser la historia. La ciencia de los hechos históricos.

¿Una ciencia con leyes? Acaso. Todo depende de lo que se denomine ley. Palabra ambiciosa, pero plena de sentidos diferentes y a veces contradictorios. Ya hemos dicho que no se trata de leyes que obligan a la acción. No aplastemos el esfuerzo humano bajo el peso esterilizador del pasado. Hay que repetir en voz alta, historiadores —y precisamente en cuanto que historiadores—, que el pasado no obliga. No hay que hacerse ilusiones. El hombre no se acuerda del pasado; siempre lo reconstruye. El hombre aislado es una abstracción. La realidad es el hombre en grupo. Y el hombre no conserva en su memoria el pasado de la misma forma en que los hielos del Norte conservan congelados los mamuts milenarios. Arranca del presente y a través de él, siempre, conoce e interpreta el pasado.

¿Hace falta un ejemplo? ¿Cuál sería el más típico? El del derecho consuetudinario medieval que ayer alegaba justamente Marc Bloch. Durante varios siglos se consideró válida una regla de derecho, o se juzgó legítimo un canon por la sola razón de que regla o canon eran inmemoriables. Cuando el juez concienzudo buscaba la verdad jurídica volvía al pasado: "¿qué se ha hecho con anterioridad?, ¿cuál era la costumbre?" Así pues, ¿tenía que permanecer estacionario el derecho? Sin embargo, no ha dejado de evolucionar, y rápidamente. Lo mismo que evolucionó el cristianismo entre la paz de la iglesia y la Reforma...

Son necesidades vitales. Reacciones de defensa instintivas contra la formidable masa de los hechos, las ideas, los hábitos de antaño. El primer medio de resistencia es imbuir el presente en la tradición misma. Cosa que no es en absoluto la reacción de la historia obje-

tiva. Ésta intenta, mediante un esfuerzo heroico y directo, desembarazándose de las interpretaciones citadas, reconstruir los sistemas sucesivos de ideas e instituciones en su estado de frescura original. Pero al mismo tiempo sabe medir las dificultades de una tarea tal. Sabe que nunca podrá poner en funcionamiento el inhallable aparato que, tras un sueño de varios siglos, le permitiría oír, grabada tal cual, toda una eternidad, la voz misma del pasado reflejada en lo contemporáneo. La historia objetiva interpreta, organiza. Reconstruye y completa las respuestas. Se hace el pasado que necesita. Y en ello no hay escándalo ni atentado contra la supuesta majestad de la ciencia. La ciencia no se hace en una torre de marfil; se hace en la vida misma y por gentes que trabajan en ese momento. Está ligada a través de mil sutilezas y complicados lazos a todas las actividades divergentes de los hombres. A veces incluso sufre la influencia de las modas. ¿Cómo iba a escapar a sus inquietudes, moviéndose en el mismo ambiente que todas las demás disciplinas humanas, esta ciencia de la que decía Poincaré que "adivina el pasado"? Nosotros decimos que la historia sólo toca con su varita, para resucitarlas, algunas partes determinadas: aquellas que tienen valor para el ideal al que sirve la historia, y en un momento concreto... Y con esto, vuelvo a plantear la pregunta de antes.

¿De qué leyes se trata? Si se trata de esas fórmulas comunes que forman series agrupando hechos hasta entonces separados, ¿por qué no? Así será como la historia experimentará una vez más la unidad viva de la ciencia; y entonces se sentirá, más aún, hermana de las otras ciencias, de todas aquellas para las cuales el gran problema hoy es negociar el acuerdo entre lo lógico y lo real —de la misma manera como para la historia se trata de negociar el acuerdo entre lo institucional y lo contingente.

Difícil tarea. En todas las ciencias, hoy, no hay más

que oposiciones, conflictos, antinomias. Aquí, en esta casa, dejemos bromear a los que van denunciando con una risita burlona nuestras impotencias. Sólo olvidan una cosa: en el origen de toda adquisición científica existe el no-conformismo. Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia. De la misma manera que las religiones se refuerzan con la herejía de que se alimentan. *Oportet haereses esse.*

° ° °

Yo ya sabía al empezar esta lección cuánto tiempo y esfuerzo exigen estas ideas para ser realmente explicitadas. Perdonadme que no me haya detenido ante dificultades que conocía. Se trataba, en mi opinión, no de edificar un sistema, sino de presentaros a un hombre, sus intenciones, sus prejuicios quizás y sus debilidades, en cualquier caso, su buena voluntad.

En el bello libro jubilar que publicó el Collège de France con ocasión de su cuarto centenario, se encuentra reproducido, gracias a la atención de Paul Hazard, un documento emocionante. Es una página de notas autógrafas de Michelet —anotaciones hechas con su fina caligrafía, antes de una de las últimas lecciones que profesó aquí—. En ella, vibran ya las cadencias del gran poeta de la historia romántica: se lee lo siguiente:

"¿Por qué no tengo partido?... Porque he visto en la historia la historia y nada más...

"¿Por qué no tengo escuela?... Porque no he exagerado la importancia de las fórmulas, porque no he querido someter a ningún espíritu, sino al contrario, liberarles, darles la fuerza que permite juzgar y encontrar."

Mi aspiración es que un día, próximo o lejano, al término del curso que hoy inauguro, pueda merecer que se me rinda este homenaje: "En la historia sólo vio la historia, nada más"... En su magisterio no sometió a

los espíritus, porque no tuvo sistemas — sistemas de los que también Claude Bernard decía que tienden a esclavizar al espíritu humano —, en cambio se preocupó por las ideas y las teorías; por las ideas, porque las ciencias sólo avanzan gracias a la potencia creadora y original del pensamiento; por las teorías, porque, sin duda, sabemos perfectamente que nunca abarcan la infinita complejidad de los fenómenos naturales: son grados sucesivos que la ciencia, en su deseo insaciable por ampliar el horizonte del pensamiento humano, consigue unos tras otros con la magnífica certeza de no alcanzar jamás la cumbre de las cumbres, la cima desde donde se vería la aurora surgiendo del crepúsculo.

VIVIR LA HISTORIA
PALABRAS DE INICIACIÓN

Me gusta la historia. No sería historiador si no me gustara. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectivo resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amor y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas. Me gusta la historia y por eso estoy contento al hablaros hoy de lo que me gusta.[1]

Estoy contento y es muy natural. No me gusta mezclar los géneros y sustituir la conferencia por la confidencia. Pero, en fin, os lo puedo decir: cuando en 1899 entré, como hoy vosotros, en esta casa después de un año de servicio militar (el primero de los siete años que por término medio entregaron los hombres de mi generación a la vida militar) me inscribí en la sección de Letras. Fue una traición, porque yo tenía pegada al cuerpo desde la más tierna infancia la vocación de historiador. Pero la vocación no pudo resistir ante dos años de retórica superior en el Louis-le-Grand, ante dos años de machacar el *Manuel de politique étrangère* de Émile Bourgeois (al que iba a volver a encontrar

1. Estas observaciones iban dirigidas a los alumnos de la Escuela Normal Superior en el comienzo de curso de 1941. Ante el ruego de que hiciera tres conferencias de orientación sobre historia económica y social, pensé que podría darles los consejos que van a leerse.

como maestro de conferencias en la Escuela). Anatole France cuenta en alguna parte que de niño soñaba en escribir una historia de Francia "con todo detalle". Nuestros maestros, en los institutos, parecían proponernos el ideal pueril del pequeño Anatole. Se ha dicho que hacer historia era para ellos, si no aprender todos, por lo menos el mayor número posible de detalles sobre la misión de M. de Charnacé en las Cortes del Norte. Y naturalmente quien sabía un poco más sobre esos detalles se llevaba el gato al agua: ¡servía para historiador!

Tengo un poco de miedo de que las cosas no hayan cambiado mucho desde mis tiempos. Con ese humor normalista que conservó hasta los últimos momentos, el gran matemático Lebesgue, un colega que acabamos de perder en el Collège de France, nos confiaba un día que, según él, había dos clases de matemáticos: una clase temible, la de los inspectores generales, que confesaba no entender bien; y otra accesible, la que cada día avanzaba y ante la cual no se oponía ninguna dificultad. Paralelamente ¿no habrá dos historias, la primera de las cuales aprobaría todo el mundo igualmente? El problema es temerario. En cualquier caso no voy a hablaros de eso, sino de otra cosa. De la historia sin más. La que yo intento hacer progresar, la que me gusta.

I

¿Historia sin más?, me preguntaréis. No, ya que anunciáis charlas sobre historia "económica y social". Precisamente por eso lo primero que debo deciros es que, hablando con propiedad, no hay historia económica y social. Y no únicamente porque la relación entre lo económico y lo social no es un privilegio — una exclusividad, como diría un director de cine — en el sentido de que no hay razón alguna para decir económica y so-

cial en vez de política y social, literaria y social, religiosa y social o incluso filosófica y social. No fueron razones razonadas las que nos habituaron a relacionar de forma natural y sin mayores reflexiones los dos epítetos de económico y social. Fueron razones históricas muy fáciles de determinar — y, en definitiva, la fórmula que nos ocupa no es más que un residuo o una herencia de las largas discusiones a que dio lugar desde hace un siglo lo que se denomina el problema del materialismo histórico —. Por tanto, cuando utilizo esa fórmula corriente, cuando hablo de historia económica y social, no debe creerse que yo albergue alguna duda sobre su valor real. Cuando Marc Bloch y yo hicimos imprimir esas dos palabras tradicionales en la portada de los *Annales*, sabíamos perfectamente que lo "social", en particular, es uno de aquellos adjetivos a los que se ha dado tantas significaciones en el transcurso del tiempo que, al final, no quieren decir nada. Pero lo recogimos precisamente por eso. Y lo hicimos tan bien que por razones puramente contingentes hoy figura sólo en la portada de los propios *Annales*, que pasaron a ser de económicos y sociales, por una nueva desgracia, a sólo *Sociales*. Una desgracia que aceptamos con la sonrisa en los labios. Porque estábamos de acuerdo en pensar que, precisamente, una palabra tan vaga como "social" parecía haber sido creada y traída al mundo por un decreto nominal de la Providencia histórica, para servir de bandera a una revista que no pretendía rodearse de murallas, sino hacer irradiar sobre todos los jardines del vecindario, ampliamente, libremente, indiscretamente incluso, un espíritu, su espíritu. Quiero decir un espíritu de libre crítica y de iniciativa en todos los sentidos.

* * *

Repito, por tanto: no hay historia económica y social. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia

que es, por definición, absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades. La definición es un poco larga, pero yo desconfío de las definiciones demasiado breves, demasiado milagrosamente breves. Y además en sus mismos términos descarta, me parece, muchos pseudoproblemas.

A ello se debe, en primer lugar, que califique la historia como estudio científicamente elaborado y no como ciencia; razón por la cual, igualmente, al trazar el plan de la *Encyclopédie française* no quise fundamentarlo, como exigían los ritos, en una clasificación general de las ciencias; principalmente porque hablar de ciencias es, ante todo, evocar la idea de una suma de resultados, de un tesoro, si se quiere, más o menos repleto de monedas, unas preciosas y otras no; pero no significa subrayar lo que representa el resorte motor del científico, es decir, la inquietud, el replanteamiento no perpetuo y maniático, sino razonado y metódico de las verdades tradicionales, la necesidad de recobrar, retocar y repensar, cuando haga falta y desde que haga falta, los resultados adquiridos para readaptarlos a las concepciones y, más aún, a las nuevas condiciones de existencia que nunca acaban de forjarse el tiempo y los hombres, los hombres en el marco del tiempo.

Y, por otra parte, en la definición se habla de hombres. Los hombres son el objeto único de la historia, de una historia que se inscribe en el grupo de las disciplinas humanas de todos los órdenes y de todos los grados, al lado de la antropología, la psicología, la lingüística, etc.; una historia que no se interesa por cual-

quier tipo de hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros. La historia se interesa por hombres dotados de múltiples funciones, de diversas actividades, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, chocan, se contrarían y acaban por concluir entre ellas una paz de compromiso, un *modus vivendi* al que denominamos Vida.

Definido así, se puede asir al hombre, por comodidad, de tal o cual miembro, por la pierna o por el brazo, más que por la cabeza. Es igual: siempre será el hombre entero lo que se arrastra desde el momento en que se tira de él. No se puede descomponer a un hombre en trozos sin matarlo. Por eso el historiador no tiene que hacer pedazos de cadáveres. El historiador estudia la vida pasada — y Pirenne, el gran historiador de nuestra época, lo definía un día: "un hombre que ama la vida y que sabe mirarla" —. En una palabra, el hombre de que hablamos es el lugar común de todas las actividades que ejerce y puede interesarse más particularmente por una de éstas, por su actividad, por sus actividades económicas por ejemplo. Con la condición de no olvidar nunca que esas actividades incriminan siempre al hombre completo y en el marco de las sociedades que ha forjado. Eso es, precisamente, lo que significa el epíteto "social" que ritualmente se coloca junto al de "económico". Nos recuerda que el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro.

* * *

Me excuso por los aspectos un tanto abstractos que hay en estas observaciones. Y al formularlas no pierdo de vista mi verdadero proyecto ni la razón profunda

por la que estoy aquí en este momento. Ayer releía para vosotros textos curiosos y bellos. Hace años, en 1914, Hauser publicó algunas notas de Michelet, como siempre, plenas de destellos, de destellos de adivinación y genio. Entre ellas hay una lección profesada aquí mismo, el 10 de julio de 1843, ante los alumnos de tercer curso que terminaban en la Escuela e iban a partir hacia las provincias. Michelet imprimía ánimos a aquellos jóvenes a los que esperaba el duro oficio de profesor en un colegio real, en una ciudad sin archivos organizados, sin bibliotecas catalogadas, sin facilidades para hacer viajes ni posibilidades de evasión. Ponía de manifiesto cómo un historiador que quiere puede trabajar útilmente en todas partes. Hoy el problema ya no es el mismo. Pero, no obstante, yo quisiera intentar con vosotros — y salvando todas las diferencias — lo que intentaba Michelet con su autoridad, el ardor de su palabra y el resplandor de su genio. Consideraría que he pagado parte de la deuda contraída con esta casa si pudiera recuperar o consolidar alguna vocación de historiador vacilante; si pudiera desmontar los prejuicios nacidos contra la historia a causa de un desgraciado contacto con lo que muy frecuentemente se nos ofrece bajo ese nombre — con lo que se os ha enseñado y lo que se os reclamará todavía en los exámenes hasta el doctorado, único examen que escapa o, al menos, puede escapar al peligro —; si pudiera hacer vuestro el sentimiento de que se puede vivir siendo historiador.

Y ¿cómo hacer vuestro ese sentimiento — la convicción de que se puede vivir siendo historiador — si no es examinando ante vosotros, con vosotros, algunos de los problemas vivos que plantea hoy la historia a quienes se sitúan en la vanguardia de la investigación, a aquellos que, en la proa del barco, interrogan continuamente al horizonte que se extiende ante sus ojos?

Plantear un problema es, precisamente, el comienzo y el final de toda historia. Sin problemas no hay historia.

Ahora bien, recordad que si bien no he hablado de "ciencia" de la historia, lo he hecho, en cambio, de "estudio científicamente elaborado". Y estas dos últimas palabras no las he pronunciado para hacer bonito. "Científicamente elaborado": la fórmula implica dos operaciones, las mismas que se encuentran en la base de todo trabajo científico moderno. Plantear problemas y formular hipótesis. Dos operaciones que ya a los hombres de mi edad se nos denunciaban como las más peligrosas. Porque plantear problemas o formular hipótesis era simplemente traicionar. Hacer penetrar en la ciudad de la objetividad el caballo de Troya de la subjetividad...

En aquel tiempo los historiadores vivían con un respeto pueril y devoto por el "hecho". Tenían la convicción, ingenua y chocante, de que el científico era un hombre que poniendo el ojo en el microscopio captaba inmediatamente un haz de hechos. De hechos que se le entregaban, que eran fabricados para él por una Providencia, de hechos que no tenía más que registrar. Cualquiera de estos doctores en método hubiera tenido suficiente con echar una ojeada, aunque fuera breve, al ocular de un microscopio y mirar una preparación de histología para darse cuenta inmediatamente de que para el histólogo no se trata de *observar*, sino de *interpretar* lo que debe denominarse una abstracción. Cinco minutos hubieran sido suficientes para medir, en la toma de posesión por el científico de lo que con anterioridad preparó larga y difícilmente —en función de una idea preconcebida—, toda la parte personal del hombre, del investigador que sólo opera porque se ha planteado antes un problema y formulado una hipótesis.

* * *

Lo mismo ocurre con el historiador. No hay ninguna Providencia que proporcione al historiador hechos bru-

tos, hechos dotados por lo extraordinario de una existencia real perfectamente definida, simple, irreductible. Es el historiador quien da a luz los hechos históricos, incluso los más humildes. Sabemos que los hechos, esos hechos ante los cuales se nos exige con tanta frecuencia que nos inclinemos devotamente, son abstracciones entre las que tenemos que elegir necesariamente —y abstracciones cuya determinación obliga a recurrir a los más diversos e incluso contradictorios testimonios—. Así es que esa colección de hechos, que tan a menudo se nos presentan como hechos brutos que compondrían automáticamente una historia transcrita en el mismo momento en que se producen los acontecimientos, tiene también una historia. Y lo sabemos: la historia de los progresos del conocimiento y de la consciencia de los historiadores. En tal medida que, para aceptar la lección de los hechos, tenemos perfecto derecho a reclamar que se nos asocie primero al trabajo crítico que sirvió para preparar el encadenamiento de los hechos en el espíritu de quien los invoca.

En el mismo sentido, me veo obligado a declarar en bien del oficio, de la técnica, del esfuerzo científico, que si el historiador no se plantea problemas, o planteándoselos no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos. Porque los campesinos saben que no es conveniente llevar a los animales a la buena de Dios para que pasten en el primer campo que aparezca: los campesinos apriscan el ganado, lo atan a una estaca y le obligan a pacer en un lugar mejor que en otro. Y saben por qué.

¿Qué queréis? Cuando por casualidad se descubre una idea en uno de esos gruesos libros cuya redacción parece absorber las energías de nuestros mejores profesores de historia —manuales honorables, conscientemente preparados, cuidadosamente redactados, atiborrados de hechos, cifras y fechas, enumeraciones de cuadros, de relatos o de máquinas—, en uno de esos

libros que tienen más estampillas aduladoras para el Instituto, la Sorbona o las Universidades regionales que banderitas multicolores uno de nuestros buenos hoteles para turistas; y cuando la idea descubierta es la siguiente: "El período que vamos a estudiar (uno de los más vivos de nuestra historia) continúa al que precede y anuncia el que sigue; es importante por lo que suprime, pero también por lo que establece", etc., ¿vamos a seguir preguntándonos por qué se burlan de la historia, se alejan de la historia, censuran y ridiculizan la historia numerosos hombres sanos, decepcionados al ver tantos esfuerzos, tanto dinero, tanto buen papel impreso que no conduce más que a propagar esa filosofía, a perpetuar esa historia papagáyica y sin vida en la que nadie experimenta nunca (para decirlo con palabras de Paul Valéry, palabras que hay que citar por fuerza) "ese suspenso ante lo incierto en que consiste la gran sensación de las grandes vidas: la de las naciones ante la batalla en que está en juego su destino; la de los ambiciosos cuando ven que la hora siguiente será la de la corona o la del cadalso; la del artista que va a descubrir su escultura o a dar orden de que se quiten todos los puntales y apoyos que sostienen aún su edificio"? ¿Cómo sorprenderse entonces de las violentas campañas contra la historia, de la desafección de los jóvenes, del retroceso continuado y de la verdadera crisis de la historia que los hombres de mi generación han visto desarrollarse lentamente, progresivamente, con seguridad? Pensad que cuando yo entré en la Escuela la partida estaba ganada. La historia había ganado la partida. Demasiado; demasiado, porque no aparecía ni siquiera como una disciplina particular y limitada. Demasiado, porque la historia daba la impresión de ser un método universal aplicable indistintamente al análisis de todas las formas de la actividad humana. Demasiado, porque todavía hoy existen retrasados para definir la historia no por su contenido, sino por ese método,

que no es ni siquiera el método histórico, sino el método crítico sin más.

La historia conquistaba, una a una, todas las disciplinas humanas. Gustave Lanson convertía la crítica literaria en historia literaria. Y la crítica estética pasaba a ser historia del arte con André Michel, sucesor del tempestuoso Courajod, el Júpiter tonante de la escuela del Louvre. La vieja controversia se convertía en historia de las religiones. La historia se dormía en sus laureles, satisfecha de sus progresos, orgullosa de sus conquistas, vanidosa por sus éxitos materiales. Frenaba su marcha. Volvía a decir, repetía, recogía, pero no recreaba. Y cada año que pasaba la voz de la historia se parecía más al sonido cavernoso de una voz de ultratumba.

Sin embargo, se iban elaborando nuevas disciplinas. La psicología renovaba a la vez sus métodos y su objeto bajo el impulso de Ribot, Janet, Dumas. La sociología se convertía a la vez en ciencia y en escuela a la llamada de Durkheim, Simiand y Mauss. La geografía humana, instaurada en la Escuela Normal por Vidal, desarrollada en la Sorbona por Demangeon y en el Collège de France por Jean Brunhes, satisfacía una necesidad de realidad que nadie encontraba en los estudios históricos, orientados progresivamente hacia la más arbitraria historia diplomática y absolutamente separada de la realidad —y hacia la historia política completamente despreocupada por todo lo que no fuera ella, en el sentido estricto de la palabra—. La inclinación de los jóvenes hacia las nuevas disciplinas iba en aumento. Llegó la guerra y estalló la crisis —para unos representó el abandono, para otros el sarcasmo—. Ahora bien, la historia ocupa demasiado lugar en la vida de nuestros espíritus como para que uno no se preocupe por sus vicisitudes. Y como para contentarse tan sólo con alzar los hombros al hablar de ataques que pueden ser injustos en la forma, o malintencionados —y que

lo son con frecuencia —, pero que traducen, todos, algo que es preciso remediar y rápido: un desencanto, una desilusión total — el sentimiento amargo de que hacer historia, leer historia es, en adelante, perder el tiempo.

II

Hay que poner remedio, pero ¿cómo?

Tomando clara consciencia de los lazos que unen a la historia, lo sepa o no, voluntaria o involuntariamente, con las disciplinas próximas. Lazos de los que su destino no la separa nunca.

Michelet decía a sus alumnos en la lección de 1834: "En historia pasa como en la novela de Sterne: lo que se hace en el salón se hace en la cocina. Absolutamente igual que dos relojes simpáticos, uno de ellos situado a 200 leguas señala la hora mientras que el otro da las campanadas". Y añadía el ejemplo siguiente: Lo mismo pasaba en la Edad Media: el filósofo Abelardo proclamaba la libertad mientras que las comunas de Picardía la señalaban". Frases muy inteligentes. Michelet — lo señalo de pasada — no establecía una jerarquía, una clasificación jerárquica entre las diversas actividades del hombre; no tenía en su espíritu la simplista metafísica del albañil: primera hilada, segunda hilada, tercera hilada — o primero, segundo, tercer piso —. Tampoco establecía una genealogía: esto deriva de aquello, aquello engendra esto. No; tenía la idea de un clima común — idea sutil e inteligente —. Y, entre paréntesis, es muy curioso comprobar que hoy, en un mundo saturado de electricidad, cuando la electricidad nos ofrece tantas metáforas apropiadas a nuestras necesidades mentales, todavía nos obstinamos en discutir con gravedad sobre metáforas antiguas que vienen del fondo de los siglos, cargantes, pesadas, inadaptadas; todavía nos esforzamos en pensar sobre las cosas de la historia

por hileras, etapas, escalones, bases y superestructuras, mientras que el paso de la corriente por el hilo, sus interferencias y cortocircuitos nos proporcionarían fácilmente todo un manojo de imágenes que se adecuarían con más flexibilidad al marco de nuestros pensamientos. Pero siempre ocurre así. Cuando un historiador quiere hacer teoría de la historia inspirándose en el estado de las ciencias, relee (si tiene un espíritu muy curioso) la *Introduction à la médecine expérimentale*, de Claude Bernard. Que es un gran libro, pero con un interés exclusivamente histórico. (La norma es: un siglo de retraso más o menos.) El pobre Plattard escribió, hace tiempo, un artículo en el que manifestaba su extrañeza porque el sistema de Copérnico no hubiera tenido más influencia inmediata en su tiempo y no hubiera operado una brusca revolución en el espíritu de los hombres. Hoy podría escribirse un hermoso libro sobre el sorprendente hecho de que, desde hace treinta o cuarenta años, todos los viejos sistemas científicos sobre los que se apoyaba nuestra quietud fueron destruidos o invertidos bajo el impulso de la física moderna. Hay que considerar de nuevo y volver a poner a punto no solamente los sistemas sino las nociones de base. Y todas: empezando por la del determinismo. Pues bien, yo pienso que dentro de cien años, cuando se haya realizado una nueva revolución, cuando hayan caducado las concepciones de hoy, los hombres inteligentes, los hombres cultos, los que harán las teorías de las ciencias humanas y principalmente la teoría de la historia, caerán en la cuenta, imagino, de que existieron los Curie, Langevin, Perrin, Broglie, Joliot y algunos más (para no citar más que científicos franceses). Y utilizarán algún resto de los escritos teóricos de éstos para volver a poner al día sus tratados de método. Una puesta al día que tendrá cien años de antigüedad.

* * *

La cosa tiene escasa importancia, por lo demás. Porque aunque los historiadores no se den cuenta, la crisis de la historia no fue una enfermedad que atacara únicamente a la historia.

Fue y es uno de los aspectos, el aspecto propiamente histórico de una gran crisis del espíritu humano. Dicho más precisamente: tal enfermedad no es más que uno de los signos y, a la vez, una de las consecuencias de una transformación muy clara y muy reciente de la actitud de los hombres de ciencia, de los científicos, frente a la ciencia.

En realidad es muy cierto que en el punto de partida de todas las nuevas concepciones de los científicos (o mejor, de los investigadores, de los que crean, de los que hacen progresar la ciencia y con frecuencia se preocupan más de operar que de hacer la teoría de sus acciones) es muy cierto, repito, que en ese punto de partida hay el gran drama de la relatividad que ha llegado a sacudir, a socavar todo el edificio de las ciencias tal como se lo figuraba un hombre de mi generación en los tiempos de su juventud.

En aquel tiempo, vivíamos sin temor y sin esfuerzo sobre nociones elaboradas lenta y progresivamente, en el curso de los años, a partir de datos sensoriales y que pueden ser calificados de antropomórficos. Con el nombre de física se constituyó, en primer término, un bloque de saberes fragmentarios que originalmente se consideraban autónomos y distintos y que agrupaban hechos comparables en el sentido de que habían sido proporcionados a los hombres por uno u otro de sus órganos sensoriales. La óptica existía en función de la vista. La acústica en función del oído. La teoría del calor en función del sentido táctil y muscular. Más complicada ya, la mecánica era la ciencia del movimiento de los cuerpos percibidos a la vez por la vista

y por el sentido muscular, combinando así datos sensoriales de diferente origen; más complicada, pero, a pesar de ello, más rápida en su desarrollo, quizás a causa de una mayor riqueza de informaciones, de una más amplia curiosidad de los hombres que se interesaban por la mecánica debido a razones de orden práctico y técnico, es decir, para la construcción de máquinas, molinos o serrerías, por ejemplo, lo que planteaba problemas de hidráulica cada vez más complejos; para la fabricación y perfeccionamiento continuo de las armas de fuego, particularmente cañones, cuya construcción planteaba problemas de balística cada vez más arduos. Los otros capítulos de la física, aquellos en los cuales la experiencia humana era menos inmediata, se desarrollaron más lentamente; y todavía más lentamente los nuevos campos de la electricidad y el magnetismo, en los que todo o casi todo escapaba a la aprehensión directa de los órganos sensoriales.

No puedo hablar, porque encontraría muchas dificultades para ello y porque además sería bastante inútil para mi proyecto, no puedo hablar, digo, sobre cómo la mecánica se lanzó a conquistar poco a poco y a penetrar esos diversos capítulos. En primer lugar se anexionó la acústica interpretando las sensaciones sonoras con ayuda de las vibraciones. Después, constituyó una mecánica celeste, mediante la aplicación a los astros de las leyes humanas del movimiento —leyes del movimiento que el cerebro de nuestros antepasados obtuvo de su propio esfuerzo muscular—. Más tarde, la mecánica extendió sus leyes y sus métodos a todo el terreno de la teoría del calor y a todo el campo de los fluidos. Quedaba, sin duda, la óptica, el magnetismo y la electricidad, pero se consideraba que se podía ya anunciar su conquista. Y por adelantado se celebraba el triunfo universal e indiscutible de la física cartesiana, geometría del mundo; se abrigaban inmensas esperanzas, se anunciaba, se veía esbozarse, se predecía, siem-

pre sobre el mismo plano, la triunfal reducción de lo psíquico a lo físico. Y nosotros, los historiadores, estábamos a gusto en este universo científico en que todo parecía señalado por cifras conocidas, cuando, bruscamente, se hizo la revolución. Una revolución en dos tiempos: en primer lugar, la imprevista revelación de que la electricidad, el magnetismo e incluso la óptica se resistían a la anexión anunciada y celebrada por adelantado. Y después — sobre la base de la oposición formal que contra la mecánica, edificada por Newton a partir de las observaciones de Copérnico, constituía la electrodinámica fundada por Maxwell a partir de las experiencias de Ampère y Faraday — se realizó esa prodigiosa síntesis que trastocando las nociones primordiales de "tiempo", "extensión" y "masa" abarcó por completo a la física y unió, en gavillas de leyes, los factores que había separado la antigua concepción.

* * *

Entretanto, una revolución análoga se operaba en el campo de la vida — una revolución engendrada por la microbiología —. De la observación se derivaba la noción de organismos compuestos por un número inmenso de células del orden de la milésima parte de milímetro. Y mientras que los organismos vivos observados a simple vista aparecían cada vez más como sistemas fisicoquímicos, los organismos que revelaba la microbiología eran organismos sobre los cuales la acción de las leyes mecánicas, el peso, etc., parecía despreciable. Escapaban a las opiniones de las teorías explicativas que habían nacido en los tiempos en que también los organismos, por lo menos los organismos elementales, parecían regidos por leyes de la mecánica clásica. En cambio, los organismos que captaba la microbiología eran organismos sin resistencia propia, en los que hay más vacíos

que llenos y que, en su mayor parte, no son más que espacios recorridos por campos de fuerza. De esta manera, el hombre cambiaba bruscamente de mundo. Ante él, por una parte, organismos como su propio cuerpo, visibles a simple vista, palpables con la mano; organismos con grandes mecanismos a los cuales —pensemos en la circulación sanguínea, por ejemplo— eran y seguían siendo aplicables las leyes de la mecánica clásica basadas en la geometría euclidiana. Pero ante él tenía igualmente los millones y millones de células de que está formado ese organismo. Células de una magnitud o de una pequeñez tal que no podemos representárnoslas. Y lo que ocurría al nivel celular desmentía claramente lo que pasaba al nivel de nuestras percepciones sensoriales. Estos últimos organismos que captábamos de golpe, los organismos que nos revelan los trabajos recientes, superaban, por decirlo así, y chocaban con nuestro "buen sentido". Y los vacíos de que estaban tejidos nos habituaban también, en el campo de la biología, a la noción de discontinuo, que, por otra parte, se había introducido en la física con la teoría de los *quanta;* centuplicando los estragos ya causados en nuestras concepciones científicas por la teoría de la relatividad, la teoría de los *quanta* parecía volver a cuestionar la noción tradicional, la antigua idea de causalidad, y al mismo tiempo, en consecuencia, la teoría del determinismo, el fundamento indiscutible de toda ciencia positiva, el pilar inquebrantable de la vieja historia clásica.

De un solo golpe se hundía toda una concepción del mundo, toda la construcción de una representación del mundo abstracta, adecuada y sintética, elaborada por generaciones de científicos a lo largo de siglos sucesivos. Bruscamente nuestros conocimientos superaban a nuestra razón. Lo concreto rebasaba los marcos de lo abstracto. El intento de explicación del mundo por la mecánica newtoniana o racional terminaba con un fracaso brutal. Se hacía necesario sustituir las antiguas

teorías por otras nuevas. Se hacía necesario revisar todas las nociones científicas con las que se había vivido hasta entonces.

* * *

Sería demasiado largo indicar aquí en detalle lo que fue esta revisión. Señalemos que nada escapó a ella. Ni la concepción del hecho científico, ni la concepción de ley científica, ni la de azar. Ni tampoco la concepción total o de conjunto de las ciencias particulares y de la ciencia. Ciencias que Augusto Comte presentaba antaño como jerarquizadas en una clasificación cuyo doble defecto aparecía bruscamente. Defecto que consistía en desconocer la profunda unidad del trabajo científico y en transformar abusivamente el estado de hecho en estado de derecho; y que conducía, por ejemplo, a situar en la cumbre de las ciencias una geometría y una mecánica orgullosas, que se complacían con la imagen de su perfección y proponían sus leyes a las otras ciencias — sus leyes verdaderas, sus leyes abstractas, absolutas, universales y necesarias — como modelos y, por decirlo así, como un ideal. Las ciencias eran campos de dislocación, magmas. Todos los descubrimientos se hacían, no en el seno de cada una de ellas, en su corazón, sino en los bordes, en los márgenes, en las fronteras, allí donde se penetran entre sí. Eso sucedía con las ciencias particulares. Pero la ciencia por su parte se aproximaba al arte y, en general, podía decirse de ella lo que decía Berthelot de la química orgánica fundada en la síntesis, en 1860, en el momento de la euforia de los primeros triunfos. Proclamaba Berthelot: "La química crea su objeto". Y añadía: "Esta facultad creadora, semejante a la del arte, la distingue esencialmente de las ciencias naturales e históricas". Porque estas otras ciencias, precisaba: "tienen un objeto dado de antemano e independiente de la voluntad y de la acción del cien-

tífico; no disponen de su objeto", mientras que la nueva química "tiene la capacidad de formar una multitud de seres artificiales, semejantes a los seres naturales y que participan de todas sus propiedades". La distinción se hacía caduca en un momento en que, cada vez más, lo que aparecía a los científicos como el término mismo del esfuerzo científico no era el conocimiento sino la comprensión. Distinción caduca en un momento en que, precisamente, nuestros sabios definen cada vez más la ciencia como una creación, nos la representan "construyendo su objeto" y advierten en ella, en todo momento, la intervención del científico, de su voluntad y de su actividad.

Tal es el clima de la ciencia hoy. Un clima que no tiene nada en común con el de la ciencia de antaño, con el de la ciencia de cuando yo tenía veinte años. Esta ciencia y los postulados sobre los cuales reposaba han sido destruidos, criticados, superados. Hace años que los científicos han renunciado a ellos y los han sustituido por otros. Me planteo, por tanto, una pregunta, una simple y única pregunta: ¿Vamos a continuar siendo los historiadores los únicos que reconocen como válidos aquellos postulados? Y, por otra parte ¿de qué serviría esta reconquista si es cierto que todo el material de nociones científicas que utilizamos lo hemos tomado prestado precisamente de los hombres que hace decenas de años cultivaban las ciencias en el sentido napoleónico de la palabra, las ciencias del mundo físico y de la naturaleza? ¿No es posible sustituir las viejas nociones caducas por nociones nuevas, más exactas, más cercanas? Y al menos, ya que las ciencias de hace cincuenta años no son más que recuerdos y fantasmas ¿no es posible renunciar de una vez a apoyarnos sobre las "ciencias" de hace cincuenta años para apuntalar y justificar nuestras teorías? Ése es el problema. Y responder, significaría resolver la crisis de la historia. Si es cierto que las ciencias son todas solidarias, la res-

puesta se conoce por adelantado. Es inútil proclamarla solemnemente.

* * *

Ése es el gran drama que se desarrolla ante nosotros. Uno de los grandes dramas, porque hay muchos otros que se ligan y se desligan bajo nuestra mirada sin que les prestemos un minuto de atención. Si tuviera tiempo, ¡cómo me hubiera gustado esbozar ante vosotros, a título de referencia y comparación, lo que puede denominarse la Tragedia del Progreso! Cómo me hubiera gustado mostraros a los creadores, a los animadores de las sólidas sociedades burguesas del siglo XIX fundamentando sobre la razón los comienzos de su poderío, sosteniendo este poderío con la ayuda de una filosofía claramente racionalista —y después, hacia finales del siglo XIX, cuando se anuncian las dificultades sobre el reparto del mundo, cuando las masas se organizan y reclaman cada vez más imperiosamente un nivel de vida más elevado—, cambiando de camisa, echando a la razón por la borda y, en el momento mismo en que dedican sus vidas a las técnicas, a esas aplicaciones de la ciencia que antiguamente sus padres exaltaban bajo el mismo nombre de progreso —esas aplicaciones de la ciencia que ya no les servían, sino que les esclavizaban—, dejando de creer precisamente en la ciencia y en el progreso cuya derrota proclamaban... Contradicción patética pero que se resuelve, teniendo presente que debido a que esos hombres dejaron de creer en el valor humano de la ciencia pudieron ser esclavizados por sus técnicas. Cuando no existe un fin mayor que empuja a los hombres hacia los límites de su horizonte, los medios pasan a ser fines y convierten en esclavos a los hombres libres.

Gran lección para nosotros, historiadores. La historia es la ciencia del hombre. No lo olvidemos nunca.

Ciencia del perpetuo cambio de las sociedades humanas, de su perpetuo y necesario reajuste a nuevas condiciones de existencia material, política, moral, religiosa, intelectual. Ciencia de ese acuerdo que se negocia, de la armonía que, perpetua y espontáneamente, se establece en todas las épocas entre las diversas y sincrónicas condiciones de existencia de los hombres: condiciones materiales, condiciones técnicas, condiciones espirituales. Por ahí es por donde la historia descubre la vida. Por eso deja de ser maestra de siervos y de perseguir un sueño mortífero en todos los sentidos de la palabra: imponer a los vivos la ley dictada, pretenciosamente, por los muertos de ayer. Y porque tengo la suerte de saber que en esta sala hay jóvenes decididos a consagrar su vida a la investigación histórica, les digo con plena consciencia: para hacer historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida. Con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad. Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, y sociólogos, y psicólogos; no hay que cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico a una velocidad vertiginosa. Pero hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente, lo que ocurre en el mar enfurecido. Cuando el barco esté amenazado no seáis como Panurgo,* que se ensució de varonil miedo, ni tampoco como el pobre Pantagruel, que se contentó con elevar los ojos al cielo, abrazado al palo mayor, e implorar. Hay que arremangarse, como el hermano Juan.* Y ayudar a los marineros en la maniobra.

¿Es eso todo? No. Eso apenas es nada si tenéis que continuar separando la acción del pensamiento, la vida como historiador de la vida como hombre. Entre la

* Personajes de *Gargantúa y Pantagruel*, de F. Rabelais. *(N. del T.)*

acción y el pensamiento no hay ningún tabique, ninguna barrera. Es preciso que la historia deje de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de sustancia. Es preciso que penetréis en el viejo palacio silencioso donde la historia duerme, animados por la lucha, cubiertos de polvo del combate y de la coagulada sangre del monstruo vencido, y que, abriendo las ventanas de par en par con la sala llena de luz y restablecido el sonido, despertéis con vuestra propia vida, con vuestra vida caliente y joven, la vida helada de la Princesa dormida...

No serán intervenciones exteriores las que restablecerán la unidad del mundo —de un mundo desgarrado, roto, sangrante y que pide ayuda—. Corresponde a cada cual rehacer el mundo en sí mismo, a través del magnífico acuerdo entre su pensamiento profundo y su acción desinteresada, a través de ese don total que es el único que puede liberar nuestras conciencias de la muda interrogación que yo recordaba al comenzar, el único que ante la gran pregunta "¿tengo yo derecho?" nos permitirá, con toda la seguridad recobrada, responder: sí.

Perdonad el rumbo que han tomado estas observaciones. Hablo, ante todo, para los historiadores. Y si están dispuestos a pensar que hablarles así no es hablar como historiador, les conjuro a reflexionar antes de formular tal crítica. Porque es mortal. En la historia pasa como en cualquier otra disciplina. Necesita buenos obreros y buenos aparejadores, capaces de ejecutar correctamente los trabajos de acuerdo con planos de otros. Necesita también algunos buenos ingenieros. Y éstos deben ver las cosas desde un poco más arriba que el pie de la pared. Éstos deben tener la posibilidad de trazar planos, vastos planos, amplios planos, en cuya realización puedan trabajar después con provecho los buenos obreros y los buenos aparejadores. Para trazar planos, vastos planos, amplios planos, hacen falta espíritus vastos

y amplios. Se precisa una visión clara de las cosas. Es necesario trabajar de acuerdo con todo el movimiento de su tiempo. Hay que tener horror de lo pequeño, de lo mezquino, de lo pobre, de lo atrasado. En una palabra: hay que saber pensar.

Eso es lo que, por desgracia, falta a los historiadores, sepamos reconocerlo, desde hace medio siglo. Y eso es lo que no debe faltarles ya. De lo contrario, a la pregunta "¿hay que hacer historia?" yo os diría muy claro: responded que no. No perdáis vuestra vida. No tenéis este derecho. Por lo demás, una visión clara y amplia de las relaciones que unen a la historia con las demás ciencias no es un impedimento para captar los problemas concretos y plantearlos de forma positiva y práctica. ¡Al contrario! Eso es lo que intentaré poner de manifiesto la próxima vez. Y si acaso los historiadores toman más gusto e interés por esas lecciones que por su introducción, les pediría que pensaran, simplemente, que todo sirve. Y que una buena cultura general es para el arquitecto quizá más útil que una buena práctica de los secretos de la albañilería.

Eso es lo que yo quería deciros hoy sin afectación. Y dar las gracias porque lo habéis escuchado sin fatiga.

DE CARA AL VIENTO

MANIFIESTO DE LOS NUEVOS "ANNALES"

Desde 1929, los *Annales* han ido apareciendo continuamente.

Ni un solo año, fueran las que fuesen las calamidades que se cernían sobre Francia y el mundo, los *Annales* desertaron de su doble tarea científica y educacional.

Los *Annales* continúan. En un clima nuevo, con fórmulas nuevas. Y un nuevo título.

* * *

"¡Qué gusto por el cambio! Primero se llamaron *Annales d'Histoire Économique et Sociale*. Después *Annales d'Histoire Sociale*. Más tarde *Mélanges d'Histoire Sociale*. Y ahora *ANNALES* sin más. Con el largo subtítulo siguiente: *Économies, Sociétés, Civilisations.*"

Podríamos responder que esos cambios fueron en parte fortuitos. Pero ¿para qué excusarnos? Bloch y yo quisimos, en 1929, unos *Annales* vivientes. Y yo espero que los que por largo tiempo aún prolonguen nuestro esfuerzo prolongarán también nuestro deseo. Porque vivir es cambiar.

Sentimos gran admiración —y es para admirar— ante esas grandes revistas que se instalan en una parcela del saber con la conciencia tranquila, con la indiferente

placidez de una pirámide de Egipto. Allí están. Y allí se quedan. De lejos dan la impresión de una imagen majestuosa. Pero de cerca son tumbas. En el centro de su masa, las pirámides tienen cautivo a un muerto ilustre y momificado. ¡Viva el cemento y el vidrio transparente! Cuando su unión no responde ya a las nuevas necesidades, se le echa abajo sin pena ni remordimiento. Se reconstruye. Se vuelve a empezar. Es otro impulso: la fuerza en expansión de esas grandes ciudades de América que cada diez años reedifican sus avenidas y echan nueva piel.

Los *Annales* cambian, porque a su alrededor todo cambia: los hombres y las cosas. En una palabra: el mundo. El mundo del 38 no era ya el del 29. ¿Qué decir del mundo del 42 o del 46? ¿Qué decir que sea justo y eficaz?

Porque, comúnmente, vamos orquestando el tema romántico de las ruinas. Vamos descontando las centrales eléctricas, los viaductos y los puentes, los barrios de las ciudades y los pueblos olvidados. Y añadimos con los ojos abiertos por la inquietud, en voz baja: "Y la bomba atómica... ¡El mundo está arruinado!" ¿Arruinado? Hay algo distinto y más grave que las ruinas: la prodigiosa aceleración de la velocidad que acerca violentamente los continentes, está aboliendo los océanos, suprime los desiertos y pone en brusco contacto grupos humanos cargados de electricidades contrarias, los más obstinados hasta ahora en "conservar las distancias" en moral como en física: contacto brusco, cortocircuito...

Por eso es por lo que, en esencia, nuestro mundo está destruido. Es vital darse cuenta. Quien sólo tiene ojos para las ruinas se consuela pronto: "Paciencia... Al cabo de uno, dos, diez años, todo se habrá restaurado. Todas las estaciones de metro volverán a estar abiertas. Se habrán arreglado las carreteras. Y habrá plátanos en todas las fruterías". — Falsa seguridad.

Asimismo, hay una cierta forma de pensar sobre la

velocidad que nos perturba también peligrosamente: "¡Bah! Problema de cambios. Ya se ha resuelto en el ámbito de las fronteras nacionales. Se trabaja para resolverlo a nivel continental. Se resolverá, claro está, a nivel de todo el planeta. Cuestión de tiempo, de estudio, de material. Principalmente de material..." Es la ilusión del ingeniero. Y también del político, rodeado de funcionarios a quienes se ha tenido que enseñar álgebra para que sepan manejar a los hombres.

Es cierto que hay problemas técnicos. Y problemas económicos. Pero el problema que cuenta para el futuro de la humanidad es el problema humano. Problema que en 1932, al volver de una visita a la Exposición Colonial donde había visto manifestarse, irresistible, la nueva osadía, yo planteaba en los términos siguientes: "El historiador vuelve a bajar a la ciudad, meditando sobre todos los desarreglos que se producen en la historia, las variaciones alternadas de las distancias entre razas, entre pueblos: unas, las distancias materiales, se hacen cada día más pequeñas; otras, las distancias morales, son enormes, quizás infranqueables". — Ahí reside el drama. El drama de la civilización. En 1932 se anunciaba. En 1946 está en juego.

"Nosotras, civilizaciones, sabemos ahora perfectamente que somos mortales." Esta frase, que Valéry escribió a finales de los años veinte, tuvo una gran resonancia. Para el historiador, por lo demás, no era una voz completamente nueva: el viejo Ballanche (para no citar más que un ejemplo) ya había dicho textualmente lo mismo en 1817. En uno y otro caso, reflexión de siniestrados. Claro que Ballanche podía tener tal opinión porque era ciudadano de una Europa prestigiosa y que se sentía y se proclamaba la tierra civilizada por excelencia, a pesar de las risitas burlonas de Fourier. Pero ¿y Valéry? Ya en tiempos de los *Regards sur le monde actuel* el problema no es tanto saber si *nuestra* civilización, que seguimos llamando *la* civilización, va

a morir. Morir es una palabra noble, preñada de tranquilidad majestuosa y natural serenidad. El problema no es ni siquiera saber si nuestra civilización va a perecer asesinada. Es saber qué civilización se establecerá mañana en este nuevo mundo que ya se está elaborando en el fondo del crisol.

Porque *una* civilización puede morir; pero *la* civilización no muere. Es un instinto de los hombres, una propiedad de los hombres superarse, tomar su voluntad como trampolín para saltar siempre más alto. Sólo que, hasta el presente, ha sido en el marco estricto de los grupos limitados donde los hombres realizaban los mayores esfuerzos. Así es cómo producían civilizaciones de grupos, de tribus, de naciones, incluso de continentes o porciones de continentes: civilizaciones parceladas. Sin ninguna duda, mañana, por primera vez y salvo catástrofe, los hombres presentarán, si no inmediatamente una civilización mundial, la civilización de los terrestres extendida por la ecumene, sí, al menos, una o dos civilizaciones intercontinentales, que, alimentadas por varias civilizaciones locales, se prepararán, enfrentándose, para absorberse recíprocamente.

¿Cuáles serán las etapas de este inmenso proceso? ¿Cuáles serán los primeros éxitos parciales? ¿A qué niveles sucesivos se establecerán? ¿Qué representarán en la obra total las aportaciones de los no europeos? ¿Qué ocurrirá con nuestra civilización en esas civilizaciones a escala mundial que la sustituirán? Secreto del futuro. Que uno quisiera prever y, si no saber, adivinar...

"Todo eso son locuras. Y en la pluma de un historiador..." — Ya, ¿y de qué pluma quisierais que viniesen esas observaciones de historia? Porque, al fin y al cabo, por favor, ¿qué ocurrió en Europa en los siglos VI, VII, VIII, IX y X? ¿Qué ocurrió ya, sino una batalla de civilizaciones en medio de convulsiones sin nombre, derrumbamientos, destrucciones, incendios intermiten-

tes pero prolongados, con remisiones y repeticiones? Una recíproca digestión de civilizaciones: bárbaros contra romanos, nórdicos contra mediterráneos, asiáticos contra europeos. En cuyo término está, fresca y joven, la civilización cristiana de la Edad Media. Todavía ayer, nosotros vivíamos únicamente esta gran innovación. Entonces ¿no son pasos atrás mis "predicciones" de historiador?

* * *

Un hecho es cierto ya desde ahora: vivir, para nosotros y para nuestros hijos, será mañana, es hoy ya, adaptarse a un mundo perpetuamente resbaladizo.

Ha comenzado una gran tarea. Tarea que no se detendrá, sea cual fuere la duración de las paradas y las treguas. Liquidad vuestros "seguros de vida", compañías de seguros. Ya ha pasado el tiempo en que los padres ponían en vuestras huchas varios centenares de escudos asegurando a sus hijos, para recuperarlos con intereses veinte años más tarde. Desarrollad vuestros "seguros contra incendios", modernizándolos. Y también los "seguros contra robos"...

Sí. Vamos a estar muy amenazados. Gemir no sirve para nada. Es preciso acomodarse. Y ante todo no perderse. Hacer balance cada día. Situarse en el tiempo y en el espacio.

El espacio, que también denominamos universo: esa bolita de materia perdida, entre otros tantos millones, en un rincón de la Vía Láctea y que empieza ya a no ser suficiente para nuestros sueños de exploradores. Por vez primera tomamos conciencia de su pequeñez. ¡Medida en toesas era tan grande! En kilómetros, ya no tanto. A la velocidad de un avión ya no es nada. Uno sube al avión por la mañana en Karachi y toma el té al día siguiente en Londres a las 4 de la tarde. ¿Es casualidad que desde hace diez años, cansados de un planeta sin incógnitas, soñemos con cohetes, excur-

siones al infinito, en dirección a esa pálida luna que un día acabaremos por alcanzar?...

Sí, bruscamente, nuestro humilde planeta nos parece pequeño, mezquino, sin misterio... Planeta en el que, sin embargo, hemos de pasar nuestra existencia, de grado o por fuerza, blancos, negros o amarillos. La Casa de los Hombres, con su "Reglamento" al pie de la escalera: a cualquier infracción, la muerte...

Casa de cien pisos, casa de mil habitaciones. De todos los colores, de todas las dimensiones, con todas las clases de muebles. Pero hay que conocerse unos a otros porque ahora — a unos pasos en el pasillo o a un par de rellanos en el ascensor — el amarillo entra en casa del blanco y el blanco en casa del negro, metralleta en mano y con el saco tirolés a la espalda, lleno de buenas cosas que comer: son los dos aspectos más recientes del internacionalismo.

La primera tarea del europeo de 1946 es aprender a conocer la disposición de este universo, el contenido de sus compartimientos, llenos de mercancías y también de fuerzas de las que hay que levantar inventario, pero, siempre, sólo desde el punto de vista del hombre. ¿Y la segunda tarea? Situarse en relación no solamente a las sociedades que vivieron antes de nuestro nacimiento en nuestra propia vivienda, sino en relación a todas las que en las otras viviendas de la Casa de los Hombres precedieron a los actuales huéspedes, ordenaron las habitaciones, dejaron algunos muebles a sus herederos, mantuvieron ciertas relaciones con nuestros antepasados. El Espacio es la primera coordenada, La segunda, el Tiempo. Tomemos prestada la fórmula de Gustave Monod, reformador de nuestra enseñanza secundaria: el hombre culto en 1946 es "el capacitado para captar su situación de hombre en el tiempo y en el espacio a la vez. El que es capaz de relacionar con otras civilizaciones aquella de la que es actor y testigo. El hombre que con el conocimiento de un cierto núme-

ro de acontecimientos esenciales ha adquirido, desde la escuela y mediante la escuela renovada, una especie de experiencia sobre la muerte y la vida de las civilizaciones..."

En definitiva, hablar de Espacio es hablar de geografía. Y hablar del Tiempo es hablar de la historia.

• • •

Otras soluciones, ciertamente, tienen sus defensores.

"Mirad al vecino", diremos. De él viene el peligro. Incluso si no os quiere mal, se ha establecido tal codo a codo entre los hombres — blancos, negros, amarillos — que todo movimiento de unos repercute inmediatamente en los otros. Un codearse. Lo que no quiere decir fraternidad. Porque, ¡qué extraños e inquietantes vecinos hay a nuestro alrededor! Son hombres, ya está dicho todo.

Yo digo: sí, el humanista dice que son hombres. Y vosotros decís: miradles. Y yo respondo, con Sócrates: "Miraos a vosotros mismos. Tomad conciencia del Hombre que hay en vosotros; del Hombre semejante al Hombre, a través de los siglos y las civilizaciones. Siempre el mismo, con sus virtudes, sus cualidades, sus excelencias. Y del que sólo cambian las formas externas, las apariencias. Despreciad al hombre circunstancial, sin grandeza ni constancia. Id rectos al Hombre eterno. Trabaja, niño, en liberarle en ti mismo. Acaba de esculpirle, adulto, en ti mismo. Fuerte, orgulloso, sólido, capaz de resistir ante las presiones del exterior, sin dejarse aplastar..."

¿El Hombre eterno? Pero en esta bella academia, ejecutada de acuerdo con las reglas (elegir diez bellos modelos; tomar los hombros de uno, las piernas de otro, etcétera), ¿no conduce todo nuestro esfuerzo propio, jóvenes "ciencias del Hombre" (psicología, ecología humana, etnografía, folklore, sociología, y la historia na-

turalmente) — todo, incluso la cirugía de Leriche, que cada día se considera más humana, más directamente preocupada por el ser humano —, no conduce, repito, a oponer cada vez más a los hombres?

¿No hablaban de buen grado los geógrafos de hace treinta años del "Hombre" y de sus obras sobre la tierra? ¿No les hemos obligado a no hablar más que de grupos humanos y de sus prodigiosos esfuerzos de adaptación mediante los cuales se explica el éxito terrestre de seres tan débilmente armados por la naturaleza, tan frágiles, tan vulnerables y que, sin embargo, se encuentran tanto en el círculo polar como en el Ecuador, en Groenlandia o en el Congo, en todas partes, o casi exactamente en todas las de la superficie del globo? ¿No reside todo nuestro deseo en captarlos trabajando, en ese perseverante y magnífico esfuerzo que los grupos humanos siguen realizando desde que existen sobre la tierra para insertarse en los ambientes más hostiles y dislocándolos, disgregándolos, aprovechando las menores fisuras, conseguir un espacio cada vez más grande, trazarse un papel, es decir, vivir, en la plenitud humana de esa hermosa palabra?

"Miraos a vosotros mismos." Pero cuando nos autopenetramos, cuando nos observamos a nosotros mismos en profundidad, nos sorprendemos al encontrar no los lineamientos de una academia tan perfecta como sea posible en su abstracta desnudez, sino las numerosas huellas de nuestros antepasados: una sorprendente colección de testimonios de edades antiguas, de antiguas creencias, de viejas formas de pensar y sentir que cada cual hereda el día de su nacimiento, sin saberlo. Y que nuestros historiadores descubren hasta en la conciencia de Pericles, de Fidias, de Platón — al precio de un sacrilegio que siempre reprueban nuestros humanistas de estricta observancia —. Porque, en el fondo, hallazgos tales no nos gustan mucho; nos humillan. Nos rebajan ante nuestra propia mirada. Pero, al fin y al cabo, los

hechos están ahí. Y a veces, bajo el golpe de una violenta emoción, individual o, con más frecuencia, colectiva, ¿no resurge bruscamente el viejo fondo heredado, el viejo fondo salvaje, provocando pánicos, animando con furor sagrado a toda una multitud, introduciéndose en nosotros hasta el punto de "alienarnos"? Mirémonos a nosotros mismos. ¡Cuántos hallazgos para la arqueología de los pensamientos humanos hay en los estratos sucesivos de esos aluviones que llenan el fondo de nuestras conciencias! Legado de nuestros antepasados. Pero aceptarlo a título de inventario es imposible. La muerte nos sigue, aun estando vivos.

* * *

Entonces, a la tarea, rápido, historiadores. Basta de discusiones. El tiempo pasa, el tiempo presiona. Quizás os gustaría que se os dejara respirar el tiempo necesario para que cada cual barra delante de su puerta. Seguro que se trata de eso. El mundo os empuja, el mundo os sopla al rostro su aliento de fiebre. No, no se os dejará tranquilos. Ni los ingleses, ni los americanos, ni los rusos, ni los libaneses, ni los sirios, ni los árabes, ni los cabileños, ni los mozos de cuerda de Dakar, ni los boys de Saigón. ¡Tranquilos! ¡Pero si estáis cogidos entre la masa! Prensados, empujados, atropellados por gentes que no han aprendido buenos modales, esos buenos modales vuestros de los que estáis tan orgullosos. (Aunque ya se sabe en lo que se convierten vuestros buenos modales a la menor ocasión.) Los vecinos os pisan los talones: "Quítate de ahí, quiero ponerme yo". ¿Qué hacer? Poner un gesto altivo: "Pero caballero..." El caballero de la Cabila y el caballero tonkinés se burlarán un buen rato —y luego os darán un empellón realmente fraternal—. Y entonces ¿qué? ¿Tanques, cañones, aviones? Pero ellos también tienen. Vosotros mismos se los vendéis. Y además, son demasia-

dos, demasiados, demasiados... ¿Espolvorear con bombas atómicas todo el universo, metódicamente, kilómetro por kilómetro? ¿Bombardeo de precisión? Hermoso progreso, pero se conocen medios más baratos para suicidarse...

El mundo de ayer terminó. Terminó para siempre. Si nosotros, franceses, tenemos una posibilidad de salvarnos es comprendiendo más rápido y mejor que los otros esta evidente verdad. Dejando los restos del naufragio. Al agua, os digo, y nadad rápido. Trabajemos en hacer de la solidaridad de hecho que desde ahora une a los náufragos — y que mañana unirá a todos los hombres — una solidaridad de trabajo, de intercambio, de libre cooperación. Hemos perdido todos o casi todos nuestros bienes materiales. Pero nada hemos perdido si nos queda el espíritu. Expliquemos el mundo al mundo.

Por la historia. Pero ¿qué historia? ¿La que "cuenta" la vida de María Estuardo? ¿La que proyecta "toda la luz" sobre el caballero de Eon y sus faldas? ¿La que durante cincuenta años estudia los dos últimos segmentos del cuarto par de patas? Perdón, me confundo.

¡Pues bien, no! No tenemos tiempo. Demasiados historiadores, bien formados y conscientes (eso es lo peor), demasiados historiadores se dejan influir por las pobres lecciones de los vencidos del 70. ¡Trabajan bien, claro! Hacen historia de la misma manera que tapizaban sus abuelas. Al puntillo. Son aplicados. Pero si se les pregunta el porqué de todo ese trabajo, lo mejor que saben responder, con una sonrisa infantil, es la cándida frase del viejo Ranke: "Para saber exactamente cómo pasó". Con todo detalle, naturalmente.

* * *

No tenemos tiempo, ni tampoco derecho. ¡Con qué ansiedad me interrogaba sobre mi deber hace veintiséis años, en 1920, al subir por vez primera al estrado de mi

cátedra en la universidad de Estrasburgo liberada! Yo había sobrevivido, pero tenía presente los cementerios donde dormían, sin sosiego, los muertos de dos generaciones cortadas en flor.

¿Tenía yo, como historiador, derecho a rehacer la historia, a consagrar a la historia mi tiempo, mi actividad, todas las fuerzas que me quedaban, mientras que tantas otras necesidades requerían con urgencia la colaboración de los ciudadanos? ¿Tenía yo, como profesor, derecho a predicar con el ejemplo, a comprometer conmigo a jóvenes en el camino que yo seguía? ¿Con qué redoblada angustia debemos interrogarnos hoy, todos, en una situación mucho más dramática?

Para responder con claridad. Así es como yo contesto aquí, sin vacilar: "Hacer historia, sí. En la medida, precisamente, en que la historia es capaz, *la única capaz*, de permitirnos vivir con reflejos distintos de los del miedo, en un mundo en situación de inestabilidad definitiva; con reflejos distintos de los del miedo que se experimenta en los descensos sin rumbo a las cuevas, cuando todo el esfuerzo humano queda reducido a sostener, a apuntalar durante algunas horas los techos hundidos, la techumbre en ruinas, por encima de nuestras cabezas vacilantes".

Hablo de la historia. De la historia que no liga a los hombres. De la historia que no obliga a nadie. Pero sin la cual no se hace nada sólido. Quien quiera levantar el Sacré-Cœur en lo alto de Montmartre debe realizar primero un sondeo a través del otero hasta el nivel del Sena. Arenas, margas, yesos, calizas: se puede construir con conocimiento de causa cuando se sabe lo que sostiene el agrietado suelo de la superficie. Claro está que la geología no obliga al arquitecto a hacer estilo neobizantino antes que neogótico. Sea cual fuere el estilo que finalmente se adopte, la geología le permite cimentar sólidamente su edificio, sin que se hunda al año siguiente. Lo mismo ocurre con la historia. Comprende y hace

comprender. No es una lección que hay que aprender, devotamente, cada mañana, sino, realmente, una condición permanente de atmósfera. Eso es lo que siempre ha sido, aquí, para Marc Bloch y para mí. Lo que será mañana para todos los amigos que me ayudaron en mi trabajo. La historia responde a las preguntas que el hombre de hoy se plantea necesariamente. Explicación de situaciones complicadas en cuyo ambiente el hombre se debatirá menos ciegamente si conoce su origen. Recuerdo de soluciones que fueron propias del pasado — y que, en consecuencia, no podrán ser en ningún caso las del presente —. Pero entender bien en qué se diferencia el pasado del presente, ¿no es una gran escuela de flexibilidad para el hombre alimentado por la historia?

* * *

"Así es que subordina usted la majestad de una ciencia a las exigencias de lo que nuestros periodistas llaman actualidad..." Yo no subordino nada en absoluto. No confundo — es necesario asegurarlo — a los historiadores con esas amables señoritas a las que los abonados de la telefónica, marcando las letras S. V.P., pueden preguntar sobre la edad de sus contemporáneos célebres o sobre los distintivos de los diversos grados en el ejército peruano. Pero tampoco creo que deba subsumir bajo el concepto de Eternidad al Fulgence Tapir del viejo Anatole France. Pido a los historiadores que cuando van al trabajo no se pongan a él como Magendie: Magendie, el maestro de Claude Bernard, el precursor de la fisiología, al que tanto le gustaba vagar, con las manos en los bolsillos, entre hechos raros y curiosos y entre los restos, como el trapero, según decía. Yo les pido que trabajen como Claude Bernard, con una buena hipótesis de trabajo en la cabeza. Que no se hagan nunca coleccionistas de hechos, a lo que salga, como antaño

uno se hacía buscador de libros en los andenes. Y que nos proporcionen una historia no automática, sino problemática.

De esta manera operarán sobre su época. Y permitirán a sus contemporáneos, a sus conciudadanos comprender mejor los dramas de que van a ser, de que ya son, todos juntos, actores y espectadores. Así es cómo aportarán los más ricos elementos de solución a los problemas que turban a los hombres de su tiempo.

Método histórico, método filológico, método crítico: bellos útiles de precisión. Honran a sus inventores y a las generaciones de usuarios que los recibieron de sus antepasados, perfeccionándolos al utilizarlos. Pero no es suficiente para ser historiador con saber manejarlos y con el gusto por su utilización. Sólo es digno de este hermoso nombre quien se lanza completamente a la vida, con la sensación de que sumergiéndose en ella, bañándose en ella, penetrándose en ella de humanidad presente, despliega sus fuerzas de investigación, su potencia de resurrección del pasado. De un pasado que detenta y que restituye, en intercambio, el secreto sentido de los destinos humanos.

LA VIDA, ESA CONTINUA PREGUNTA

No se trata aquí, en absoluto, de concluir. Concluir es detenerse. Trazar una línea. ¿Después de qué párrafo, de qué capítulo? Evoco todo lo que mis ojos leyeron y vieron, todo lo que mis oídos oyeron y escucharon desde que yo tenía dieciséis años. Evoco las sucesivas transformaciones de un espíritu modificado en dos o tres ocasiones, incluso en su trasfondo, por revoluciones artísticas y literarias. ¿Por qué dar preferencia a una u otra? ¿cómo trazar la raya que significa "fin"?

Heme aquí a los diecisiete años — 1896 — en vísperas de llegar a París desde mi provincia de Nantes. Yo, mí, pronombres cómodos; aquí sólo significan mis contemporáneos, los hombres que nacieron entre 1875 y 1880. ¿Cuál era nuestro bagaje por esas fechas? Sólo para reconstruirlo necesito hacer un esfuerzo. Y todo lo que yo, hombre entre los cincuenta y los sesenta años, voy a decir resultará muy extraño a los lectores de treinta.

¿Literatura? Fuera del instituto, a los clásicos reconocidos añadíamos los románticos, Michelet, Flaubert (las novelas y la correspondencia), un poco de Renan a veces. Vigny tenía sus fanáticos; Leconte de Lisle, sus fieles. Autores "modernos", pero confesables: como signo cierto de adopción, en la biblioteca de nuestros padres tenían derecho a encuadernación en media pasta — o por lo menos en cartón fino —. Otras lecturas nuestras presentaban más dificultades, de ahí que las hicié-

ramos en los volúmenes encuadernados en rústica — los "tres cincuenta"* blancos, rojos o amarillos de Vanier, Calmann o Charpentier —. Por lo demás, en el mismo momento en que intentábamos liberarnos de ella, nuestra demasiado buena formación del instituto continuaba dictándonos nuestros juicios. Por eso, en Francia, nos gustaban sobre todo las ironías al estilo de Jérôme Coignard o la erudición maliciosa de *La Reine Pédauque;* por eso, más que el anarquismo sutil de las tres novelas ideológicas de Barrès, nos gustaba *Le Sang, la Volupté et la Mort* que pintaba con colores románticos una España más que semiretórica. Sin embargo, comenzábamos a saborear a Verlaine con mucha emoción, pero con cierta resistencia. En cuanto a nuestra época, *Les nuits, les ennuis et les âmes de nos plus notoires contemporaines* (¿cómo resistir al placer de citar ese título, tan perfectamente fechado, de un librito de Ernest la Jeunesse?), *Les nuits,* digo, y algunos otros, nos revelaban el sentido de adjetivos de moda: "decadente" y "fin de siglo". Algunos de nosotros se aventuraban incluso en los Goncourt. Otros, incluso en Huysmans. Y todos leíamos a Maupassant a escondidas. Un poco a Daudet. Y mucho a Zola.

¿Música? Algunos conciertos clásicos. De Beethoven, de Schumann. Casi nunca de Berlioz. Entre una reposición de *Roméo* y el triunfo de *Werther* o de *Hérodiade,* el Teatro Municipal nos revelaba en desorden *Samson et Dalila, Sigurd,* o *L'attaque du moulin:* novedades todas que fueron muy discutidas. Tras las cuales, perezosamente, se deslizaban *Lohengrin* y *Tannhäuser.*

De pintura y escultura no gran cosa. Por suerte a mí me gustaba un Rodin — el *Claude Lorrain* encaramado, en el parque de la Pépinière, con su silueta patosa, sus pesadas botas y su rostro deslumbrado, sobre un pedestal que arrastraban con furioso impulso los ca-

* Libros que se vendían a 3,50 F. *(N. del T.)*

ballos de Apolo —. Pero a pesar de la muy despierta curiosidad ninguno de nosotros había visto a los dieciséis años un Manet, un Monet o un Renoir. ¿Conocíamos solamente los nombres de los réprobos — no tanto, de los ignorados —? Los de los grandes hombres del Salón, sí. Con la requerida deferencia contemplábamos, cada año, en el *Figaro-Salon* de Albert Wolf, los Bonnat, los Benjamin Constant, los Jean-Paul Laurens — a veces un Besnard, tan audaz, o un Henri Martin, tan revolucionario —. Por lo demás, en el país del hierro, dedicábamos nuestros ardores a maldecir la industria. Claro que teníamos ojos para admirar por la noche el resplandor de las coladas o el extraño paisaje que, al surgir de la bruma, componen por la mañana las fábricas con sus siluetas metálicas. Pero los dogmas ahogaban nuestras impresiones. De la misma manera que nos impedían identificar con el arte todo lo que no fuera arquitectura, pintura, escultura o grabado. También es verdad que en aquellos tiempos las fábricas parecían leprosos, los altos hornos eran mezquinos, los puentes metálicos no tenían amplitud. Y la fotografía (por no citar más artes) justificaba de sobra los anatemas de Flaubert: no era más que un medio para fabricar esos álbums cuyos broches se abrían para admirar el miriñaque de la tía María o el polisón de la prima Juana.

En todo eso, una novedad — una sola —. Pero que no interesaba más que al "arte decorativo". Se nos lanzaba al mundo cuidadosamente provistos de categorías estancas: había el Arte que era la Belleza y la Industria que era la Fealdad; asimismo, a las artes "puras", inútiles y prestigiosas se oponían las artes "aplicadas", manchadas de utilidad y, por tanto, inferiores. Sin embargo, era en el campo de estas últimas donde algo nacía: el arte silvestre y floral de Emile Gallé que pasaba ya de sus vasijas llenas de misterio a sus improvisados muebles — a todas la bandejas de madera en marquetería que cubría con los despojos

de un otoño dorado —. Debidamente estilizada, esa flora sinuosa empezaba a invadir el zócalo de los monumentos públicos y la fachada de los hoteles burgueses. El "modern style" se constituía de lirios, parravirgen, hojas de plátano y de castaño. Cada tarde asistíamos a su génesis en los escaparates de Majorelle. Mesas de té y baúles, vasijas pintadas y vidrieras, maderas de butacas y tapicerías — el decorado entero de nuestra vida se abismaba en una orgía de flores de madera esculpida y ramajes en bronce.

• • •

De repente, París, 1896-1902. Luchas y crisis — políticas, morales y estéticas —. Todo a la vez. En esos años turbulentos, como pequeños provincianos que descubrían la ciudad, combatíamos por nuestras verdades, por nuestras razones de existencia — y también para hacernos con otros ojos, con otros oídos, una manera nueva de sentir el mundo. Para alcanzar gozos desconocidos.

Un domingo por la tarde en el Châtelet. Una pechera blanca ligeramente aplastada, una barba nestoriana, un hombre obeso que se inclina: es Edouard Colonne, maldito por la platea por crimen de wagnerismo — frenéticamente aclamado por nosotros, los del tercer piso, con todas las manos en acción y los clamores rebosando las gargantas —. Tras lo cual, durante horas, a lo largo de los muelles y las calles, mientras los entendidos discutían tema y leitmotiv, los silenciosos, todavía maravillados oían a su corazón saltar dentro del pecho.

Otro domingo: el Palacio de la Industria. Por batallones, por regimientos, por cuerpos de ejército, las puertas grandes abiertas "les" vomitan: en la nave todos, jocosos y reposados, se abalanzan, se excitan por adelantado ante el prometido placer. Y cuando llegan

al pie del zócalo sobre el cual, con la cabeza atrás, huraño y desdeñoso en su sayal, el *Balzac* de Rodin no les desafía, sino que les rechaza, escupen sus ironías y sus risas obscenas.

Entretanto, la sala Caillebotte en el Luxemburgo —y, sobre todo, en la Exposición de 1900, la *Centennale de l'Art français*— revelaba ante nuestros ojos deslumbrados por tanta claridad el impresionismo y su cortejo. Pero ¿es que Francia era la casa universal de la pintura y no se nos decía? Revuelta y pinchazo formidable en nuestros espíritus. Todos entraban en nosotros: Monet, Renoir, Pissarro, Sisley, Cézanne, Manet, Degas y, después, Rodin. Entraban en nosotros fraternalmente. Nos ocupaban. El resto se acabó, desaparecían: ya no iríamos nunca más a los Salones oficiales a reverenciar a los virtuosos del falso dibujo y del claroscuro pedagógico. Conocíamos ya a nuestros verdaderos dioses. Y nos daban un alma nueva.

A nosotros, biólogos, historiadores, filósofos, médicos o filólogos, que no tuvimos nunca tiralíneas, ni arcos de violín, herramientas de escultor ni pinceles. Indudablemente, apenas analizábamos en aquel momento. Amábamos, poseíamos. No hacíamos la teoría de nuestros amores ni de nuestros bruscos disgustos. No queríamos ver el choque, el conflicto, la oposición evidente que hay entre la serenidad voluntaria de un Cézanne, absorto en sus preocupaciones sobre la composición exacta y la salud y el gozo de un Renoir, tan virgen en intenciones literarias como un Rabelais —y, por otra parte, el romanticismo germánico de Wagner o los gritos, los gemidos, las llamadas desesperadas que surgen de una pareja enlazada de Rodin; entre la dureza de Manet, la crueldad de Degas, las visiones de Monet, las fiestas en el agua viva de Sisley. Nuestro corazón, dilatado bruscamente, era lo bastante grande como para contenerlos a todos.

A ellos y a los que se presentaban ya para rempla-

zarlos. Tan generosa era la savia en aquellos años fecundos. Un día en la sala Druet descubrimos después de sus paisajes los desnudos de Marquet. O bien, en la sala de Bernheim, en la plaza de la Madeleine, los retratos de Bonnard, los interiores de Vuillard, las églogas de Roussel. La robustez plenaria de los Renoir, en la sala Durand-Ruel. Y casi en todas partes, los dibujos de Rodin. ¿Todo impunemente? Es decir, ¿bien encerrado en un casillero reservado con la etiqueta de "placeres de arte y literatura"? Si contestamos no a semejante pregunta no es porque hubiéramos leído tratados de estética. Pero hemos sentido cómo se operaba en nosotros, gracias a esos "obreros" y su arte, la metamorfosis que realmente nos ha hecho ver lo que seguimos siendo treinta años más tarde.

* * *

¿A qué vienen esos recuerdos? Parece como si divagara, contara por gusto simplemente nuestros años jóvenes... En realidad ¿es posible que yo esté plenamente en la *Encyclopédie française, tomes XVI et XVII, Arts et littératures, fin*?

Algo había entrado en nosotros. Tan fuerte, tan luminoso que bruscamente todo nos parecía desplazado por ello. Era necesario restablecer los lazos rotos, recrear un orden necesario. Enlazar. Y en primer término el propio adorno de nuestra vida. Así pues ¿váis a colgar un Renoir o un Monet en un salón Félix-Faure, afeado por muebles de perfiles redondeados y curvas blandas, recargado de chucherías heteróclitas y contorneadas, pesados tapices oscuros con profusión de inutilidades agresivas? Así pues ¿váis a insertar las líneas de un Cézanne en un marco *modern style*? Ya Loos desde Viena nos predicaba la guerra contra el ornamento. Y mejor todavía nos lo enseñaban en la práctica los cuadros de los hijos de Courbet y Delacroix.

Pero enlazar ¿qué?, ¿nuestra literatura? Claro está que si nos hubiéramos planteado el problema en términos abstractos hubiésemos tenido muchas dificultades para resolverlo. Lo he dicho ya y nosotros lo sentíamos confusamente: de todas esas telas, de todos esos mármoles y esos bronces que habíamos conquistado no se derivaba una lección única. De un Rodin, de un Degas, de un Renoir y de un Monet contemplados en una misma mañana antes de una audición de *Tristan* —o de *Pelléas*— nadie hubiera sabido deducir que el romanticismo había desaparecido, que el naturalismo estaba enterrado, ni que acababa de vencer un lirismo espontáneo en singular combate con un áspero realismo. Pero, paralelamente, en literatura no habíamos renunciado a todo lo que nos gustaba "antes". Y en lo que entonces acogíamos con el mayor de los impulsos apenas estábamos dispuestos a discernir esa unidad de inspiración que, en realidad, sólo florece en los manuales. Tampoco se trataba de establecer una relación de discurso académico entre "nuestros" pintores por una parte y por otra (cito apresuradamente, en esbozo, obras muy distintas) digamos, por ejemplo, las *Histoires naturelles* de Jules Renard (por lo demás ilustradas por Bonnard) y su *Poil de Carotte;* los Charles-Louis Philippe desde *Bubu* hasta *Charles Blanchard;* los Octave Mirbeau; los Pierre Hamp de *La peine des hommes* o Colette y *La vagabonde*. Es cierto, sin embargo, que en el origen de ciertos repudios, de ciertos disgustos, de ciertas imposibilidades (por ejemplo, el teatro de los Boulevards y sus dramas burgueses), existió para nosotros y para tantos otros la toma de posesión, alrededor del año 1900, y la adopción apasionada de esa cosita desconocida y despreciable en la civilización occidental que es la pintura francesa, la de los maestros que nacieron aproximadamente entre 1830 y 1840.

¿Hay que ir más lejos?, ¿hay que hablar de moral

o de filosofía para "enlazarlas" también? Nos opondríamos a establecer lazos demasiado precisos, ciertamente, entre el impresionismo y ciertas actitudes filosóficas que entonces seducían a tantos jóvenes espíritus. Y lo mismo vale para la relación entre nuestros fogosos apetitos de justicia, nuestras apasionadas necesidades de ver claro y, por ejemplo, la observación de Monet a Renoir, a Sisley y a Bazille aquel día del año 1862 en que ante un modelo viviente, Gleyre les ordenaba pensar en la antigüedad: "Larguémonos de aquí, el lugar es malsano, falta sinceridad..." Aunque quede menos claro que en la inversión de los términos del problema nosotros opondríamos no solamente el problema previo, sino datos positivos y una pregunta precisa. ¿Bergson y el bergsonismo? Y ¿por qué situar a los pintores, que obraron bien antes que él y sin él, en el decorado frágil del filósofo, antes que la filosofía transitoria en el palacio eterno de la pintura?

* * *

Era necesario enlazar. Y enlazamos. Por eliminación y selección. Y también mirando antiguas cosas con ojos muy nuevos. Era el tiempo en que algunos de nosotros se apresuraban a adquirir la edición Calmann — tipos y papel malos — de los *Paseos por Roma* y de las *Memorias de un turista,* tal como las había legado el pobre Colomb a una posteridad que por lo demás no tenía demasiado interés en adoptarlas... Ya en esos años de fiebre estábamos dispuestos para acoger a Proust. Y a Valéry. Si entraron en nosotros — y en la medida en que entraron — fue porque eran introducidos por los que nos transformaron y contra los cuales reaccionaban ellos mismos. Como es el caso de Wagner, en definitiva, que entre nosotros dio audiencia a Debussy. Y Debussy a Ravel, a Strawinsky, a Florent

Schmitt. Y éstos a... Pero no sigamos. Había quien decía: "Yo quizá viva en 1900, pero mi compañero, aquel que véis allí, vive en 1890; y aquel otro de allá, en 1880". La verdad es que todos vivíamos en 1935 y también en 1920 y, en cualquier caso, en 1912.

Resumamos con una palabra. No hay nada mejor que las conquistas de la ciencia para desembocar a veces a lo que se ha denominado verdaderas "mutaciones" del intelecto humano: transformaciones rápidas y tan profundas que en algunos años las mismas nociones cuya conquista ha costado grandes esfuerzos a los primeros genios científicos de una época se hacen evidentes y fáciles incluso para los escolares. Hay eso que se puede y se debe llamar las conquistas del arte, cuyos resultados constituyen también una "mutación", al incorporarse en algunos años a la visión común del universo. Y no solamente a la de los artistas o a la de los aficionados al arte, o incluso a esa "élite" de la que ayer hablaba un excelente historiador del arte, denunciando como "uno de los múltiples efectos de la democracia que suprime las élites" la incomprensión total, furiosa de los franceses de 1860 a 1900 ante Courbet, Manet, Rodin y tantos otros: se trataba, sin embargo, salvo excepciones, de las "élites" que llenaban sus salones con los uniformes carísimos de Meissonnier, de quien no hay ni huella en la reciente *Histoire de la peinture en France* de nuestro autor; y de los combates de Detaille y de los retratos cotizados de Chartran y de los cromos en colores de tantos académicos recargados, la cita de un solo nombre de los cuales haría enrojecer a un hombre culto de hoy. Revoluciones artísticas. Hay que reconocer en ellas uno de los fermentos más activos de la historia humana cuando tienen la potencia y la amplitud de aquella que se realizó ante nuestros ojos humanos, cuyos veinte años sonaron en los relojes de 1900.

* * *

¿Se ve acaso a dónde apunta todo eso? En primer lugar (sería inútil volver ahora sobre ello) a acabar de demostrar que no es deseable ni posible conclusión alguna en los volúmenes XVI y XVII de la *Encyclopédie*. Porque ni siquiera nosotros, los cincuentenarios de hoy, hemos bajado el telón sobre nuestras conquistas de 1900 y 1910. Porque al volver de la guerra (y hablo aquí de la guerra sólo como una referencia cronológica, no como una causa o como "la" causa de todo) hemos conocido, hemos gustado otros pintores, otros escultores, otros músicos, otra arquitectura enmarcada en otros decorados. Y además otras artes: el hombre colaborando en la fotografía, en el trabajo bruto de la luz; el hombre registrando el movimiento para recrearlo a su gusto. Todo eso, en un mundo completamente transformado y renovado por un prodigioso conjunto de descubrimientos científicos que conducen a la telegrafía sin hilos, a la aviación, al fonógrafo, a la radio —y mañana a la televisión, etc.—. Todo eso es tan importante y profundo que ayer Henri Wallon nos advertía de que al cabo de pocos años esos inventos de una universalidad prodigiosa han empezado a operar sobre nuestros organismos, a modificar nuestras percepciones, a transformar una humanidad que desde hace siglos y siglos era casi inmóvil en su constitución.

Pero hay otra cosa. Si en el plan total de la *Encyclopédie* he concedido desde el principio un espacio tan amplio a las artes y la literatura; si junto a los dos volúmenes necesariamente asignados a la física moderna, la revolución de las revoluciones, he querido que hubiera dos volúmenes, dos gruesos volúmenes dedicados a "hacer comprender" lo que representa el arte para nuestra civilización y nuestras vidas; si después de intentar, por razones de comodidad en

un determinado momento, reducir esos dos volúmenes a uno solo, he tenido que renunciar inmediatamente para volver al proyecto primitivo; si todo eso ha sido así, no se debe en absoluto a una fantasía gratuita. Se debe a que, en mi propia experiencia, en mis recuerdos, en mi conciencia de haber "sido hecho", encontraba la noción viva de que el arte no se inscribe, o no se inscribe más que accesoriamente al precio de una deformación, entre esos "ocios y diversiones" que serán tratados en el tomo XIV de la *Encyclopédie.* Su puesto real lo he señalado desde el principio (Pierre Abraham ha tenido a bien recordarlo en el umbral del tomo XVI). Se sitúa entre los más eficaces medios para conocer y comprender de que dispone la humanidad. Por lo menos ahora — y sin prejuzgar lo que será mañana.

Hay que hablar de lo que el arte pueda y deba ser... en un momento en que los científicos abren las perspectivas conocidas ante nuestros ojos, mitad embelesados mitad deslumbrados; en un momento en que los científicos nos muestran cómo la investigación experimental y la investigación matemática se enlazan para captar mejor el universo en las mallas de la red humana — para encerrarlo mejor en potentes construcciones, hechas de esas nociones abstractas y de esas formas que la razón saca de las cosas ya conocidas —. El matemático, explorador de regiones sin límites de que habla Jean Perrin; prospector de ese cerebro humano "en el que duermen en la noche innumerables posibilidades que la conciencia podría no animar nunca", el matemático, digo, saca de objetos conocidos sus infinitas cadenas de seres racionales. Hasta el día en que, completamente elaborado el contenido de las realidades, exija a los trabajadores de la experimentación una nueva cosecha de hechos, elementos necesarios para futuras construcciones.

Ciclo sin fin, engranaje un poco terrorífico, entre

cuyos dientes muchas cosas frágiles, tiernamente vivas y a las que tenemos cariño, sin duda pueden verse machacadas sin compasión, si el arte, precisamente, no interviene aquí como contrapeso. O como un haz de luz. El arte no es la antítesis de la ciencia. El arte no debe ignorarla o combatirla, sino apoyarse en ella cada vez más y tomar los datos de ésta como objeto de su trabajo propio. No solamente para enriquecer sus posibilidades, dotarse de nuevos medios, abrirse a tierras nuevas, sino también, y principalmente, para presentar a ciertos hombres, que únicamente podrían aceptarla del arte, la interpretación general de las cosas que la ciencia propone y el arte sugiere. El arte — o los artistas.

Es sano prever un relevo del arte en este ciclo de dos investigaciones que se suplen mutuamente y conjugan sus alternativos esfuerzos. ¿Una tercera investigación, más superficial que en profundidad? ¿Así lo creéis? ¡Qué importa la profundidad! Yo me inclino sobre el océano y vosotros me decís: "Aquí, tres mil metros de fondo". Tres mil o trescientos, lo mismo da. Lo que importa es saber hasta dónde llegará la claridad. Lo que cuenta es hacer bajar la luz a más distancia, más abajo, siempre más abajo. Hacer retroceder a la oscuridad. Y, en consecuencia, ser profundo. Quiero decir: aclarar lo oscuro. El arte puede iluminarlo.

LAS INVESTIGACIONES COLECTIVAS Y EL PORVENIR DE LA HISTORIA

Investigaciones colectivas. La fórmula o, si se quiere, el programa no tiene por qué sorprender o chocar al biólogo o al fisiólogo; ni tampoco al psicólogo; ni incluso, ya más cerca de nosotros, al geógrafo "humano", al antropólogo que corrientemente trabaja a partir de "encuestas". Es un hecho, en cambio, que tal fórmula aplicada a la historia sorprende y choca a la mayor parte de los que se dicen historiadores, hoy, en un país como Francia. Para explicar ese hecho hay que empezar por comprenderlo.

Puede invocarse la tradición. Cuando yo nací para la historia —en el preciso momento en que nacía también el siglo XX— no era, ciertamente, moda en la firme Clío el trabajo colectivo. Todavía ocurrían casos increíbles de viejos "archivistas" que escondían legajos "descubiertos" por ellos y los hacían desaparecer durante años para asegurarse su eventual uso. De vez en cuando estallaba un caso de "prioridad" absolutamente ridículo; o bien se asistía, un poco emocionado, a la carrera de velocidad de dos historiadores que trabajaban sobre el mismo tema y que, lanzados a todo vapor (metáfora de un tiempo en que se ignoraba el automóvil), trataban de adelantarse uno a otro triunfalmente. Individualismo pueril. No era la histo-

ria, una ciencia a promover, lo que importaba. Era el historiador, un libro a firmar. Vanidades de autor.

No soy lo bastante ingenuo como para dejar de pensar que ese estado de ánimo — un poco atenuado, sin duda — sigue existiendo todavía. Pero es un efecto y no ya una causa. Procede de fuertes convicciones antagónicas en buena lógica, pero que a pesar de ello acaban por unirse. En unos, convicción de que la historia "no es una ciencia". En otros, la convicción de que al ser la historia una ciencia, prohíbe al historiador, "naturalmente", toda elección de elementos, cualquier interposición de ideas (en forma de hipótesis o incluso de teorías) entre la simple elección de documentos y su presentación al lector. No intentaremos discutir detalladamente esas contradictorias concepciones. La persistencia de su éxito en los ambientes históricos sólo se explica por el total desconocimiento de la solidaridad que une, de grado o por fuerza, todas las disciplinas científicas entre sí, y, por otra parte, por la ignorancia absoluta y serena de la evolución, o de la revolución, que en nuestros días se ha producido en las ideas de cuerpos enteros de científicos sobre lo que se ha convenido en llamar objetividad científica.

* * *

Hay que decirlo de una vez y brevemente: no, la ciencia no se hace en una torre de marfil gracias a la íntima y secreta operación de científicos espiritualizados que viven una vida de intelectualidad pura, fuera del tiempo y del espacio.

La ciencia — y entiendo por tal la sociedad de las ciencias — se hace gracias a hombres que se sumergen en el ambiente de su época; y eso vale para los matemáticos, los físicos, los biólogos... y los historiadores; y es así no sólo porque opera sobre todos de la misma forma, sino también porque actualiza la rela-

ción de sus actividades científicas con el conjunto de las demás actividades que se realizan en la misma época.[1]

En otros términos: la ciencia no es un imperio en el imperio. No se separa del medio social en el cual se elabora. Sufre la presión de éste, la imposición de múltiples contingencias que pesan sobre su desarrollo. Por esa razón, entre paréntesis, la historia de la ciencia está muy lejos de constituir un lúgubre y polvoriento conservatorio de teorías muertas y explicaciones caducas; al contrario, representa un capítulo vivo de la historia general del pensamiento humano: señala, en definitiva, la adaptación del espíritu a las cosas y la toma de posesión del medio por el hombre.

De ahí se sigue que la historia no puede quedar al margen de las transformaciones de la ciencia, teniendo en cuenta que las ciencias de la naturaleza han sufrido los efectos de una verdadera revolución ideológica en las dos últimas décadas; que han visto cómo se hundía, gracias a una serie de rápidos y sorprendentes progresos de la física, toda la construcción teórica elaborada por generaciones de sabios en los siglos XVII, XVIII y XIX; que el intento de explicar el mundo mediante la mecánica "racional" ha terminado en fracaso al romper lo concreto los marcos de lo abstracto; que se ha hecho necesario proceder a una revisión de conjunto de todas las nociones científicas con las cuales se había vivido hasta ahora; que, finalmente, a esta revisión no ha escapado nada de lo que es

1. Sobre todo esto, ver además de las recensiones de las *Semaines Internationales de Synthèse* – principalmente las exposiciones sobre el tema "Ciencia y Ley" (quinta semana, París, Alcan, 1934, en 12) el interesante volumen colectivo titulado *A la lumière du marxisme* (París, E.S.I., 1935, en 8.°) y mis reflexiones sobre ese tema: "Un débat de méthode: Techniques, Sciences et Marxisme" (*Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 1935, páginas 615-623).

esencial: ni la concepción del hecho científico, ni la de la ley; ni la de la necesidad; ni la de la contingencia; ni siquiera la concepción de las propias ciencias y de la ciencia misma... de la ciencia que construye su objeto con la constante y grave intervención de los científicos. Quiéralo o no, la historia está implicada en todo esto. La historia se hace risible cuando se obstina en referirse a todo un bagaje de ideas que tienen un siglo de antigüedad y son rechazadas hoy por los científicos de quienes no hace mucho tiempo la historia las tomó prestadas. Y si es verdad que todas las ciencias son solidarias, la historia se hace risible por nada, por mero gusto.

* * *

Ahora bien, ¿qué nos enseñan esas ciencias solidarias cuyo ejemplo debe pesar sobre la historia? Muchas cosas, pero principalmente esto: que todo hecho científico es "inventado" y no simplemente dado al "sabio". Que la vieja distinción entre observación, fotografía de lo real, y experimentación, intervención en lo real, debe ser revisada por completo. Que la observación no proporciona en ningún caso datos sin más. Que la observación es una construcción. Como son construcción los mismos "puntos de vista" que se utilizan para tal o cual verificación o demostración de la teoría. Que, en consecuencia, es inoperante la tan frecuentemente repetida objeción de que "el historiador no tiene derecho a elegir los hechos"; porque, en realidad, el científico, en cualquier disciplina, elige siempre y porque, además, toda historia es ya elección desde el momento en que existe el azar que destruyó cierto testimonio, cierta huella del pasado o tal conjunto determinado de documentos, salvaguardando otros. Y por último, que anclarse en tantos viejos prejuicios sobre el verdadero valor del trabajo científico conduce, en el propio

seno de la historia, a la absurda e ingenua creencia de que es obra pía reunir hechos "para nada", por gusto, esperando que llegue un espíritu capaz de dominarlos. Y en lo que se refiere a las relaciones entre la historia y las ciencias próximas conduce a la teoría, tan cara a los sociólogos de antaño (y tan propicia, además, para sus ambiciones), de que el historiador es el albañil obligado a tirar de la carretilla y a pulir la cantería que el sociólogo-arquitecto vendrá luego a ensamblar...

Hay que desterrar de una vez para siempre el ingenuo realismo de un Ranke imaginándose que podría conocer los hechos en sí mismos "como han ocurrido". Tanto la "realidad histórica" como la realidad física se perciben a través de las formas de nuestro espíritu. La vieja distinción, el tradicional esquema de trabajo histórico (establecer los hechos para operar con ellos) debe ser sustituido por otro que tenga en cuenta tanto la técnica de hoy como la práctica de mañana, tal como ya se anuncia. Historiador, no razonemos como el lógico deseoso de elevarse progresivamente, jerárquicamente, de lo simple a lo compuesto y reconstruir, peldaño por peldaño, la escalera que lleva de la tarea más simple a la más alta. El orden que aquí se impone es el orden genético. Y desde este punto de vista lo que aquí importa es la existencia, la confección y la perpetua puesta al día de programas de investigación ampliamente meditados y de gran alcance.[2]

* * *

¿Así es que en la base de la historia debe haber "teorías"? La palabra no tiene nada que pueda hacerme retroceder. ¿De quién eran si no esas opiniones

2. Ver *supra, De 1892 a 1933: Examen de conciencia de una historia y un historiador*, página 15.

subversivas que yo leía no hace mucho tiempo: "una teoría es una construcción del espíritu que, respondiendo a nuestra natural e imperiosa necesidad de comprender, está destinada a proporcionarnos una explicación de los hechos. En este sentido, la teoría es la expresión misma de la ciencia... cuyo objeto último no es el descubrimiento de leyes, sino la comprensión de los fenómenos"? ¿Quién era ese sospechoso metafísico? Un biólogo, Anthony, citado por otro biólogo, Fraipont.[3] Terminaron, se han invertido los tiempos que evocaba últimamente Louis Lapicque[4] y la excitación de trapero de ronda que describía Magendie: "Me paseo por ahí dentro como un trapero y a cada paso encuentro algo interesante que meter en el saco". "Por ahí dentro" era el dédalo de un cuerpo viviente. Todavía hoy, para muchos historiadores, "por ahí dentro" es el dédalo de una historia viviente... Pero a la opinión de Magendie, Lapicque oponía la de Dastre. Hay que saber retenerla para nuestra causa, historiadores; la ciencia nos cubre: "Cuando no se sabe lo que se busca tampoco se sabe lo que se encuentra".

¿Por qué iba a ser imbecilidad y locura para el historiador lo que es válido, sabiduría y razón para el biólogo? ¿Cómo va a aceptar lanzarse por más tiempo a la ventura, sin brújula, aisladamente, y sin implorar a más dios que el azar, el hombre que trata de trabajar en la más compleja de todas las disciplinas como es la actividad histórica de los hombres? Este hombre, todavía actualmente, en el campo de la historia, sin importarle quién se instala ni dónde, sin importarle los materiales que emplea ni en qué dirección trabaja, construye a su aire — más pequeño o más grande — su

3. Ch. Fraipont, *Adaptations et mutations*, París, Hermann, 1932, en 8.º.

4. "L'orientation actuelle de la physiologie" (*R. Philosophique*, 1930, n.º 9-10).

trozo de pared. Tras lo cual, frotándose las manos, exclama: "Mi parte para el futuro palacio". Pero no. Ni siquiera es una parte. Cuando se quiera construir el palacio se mandará venir al arquitecto, que trazará su plano. Y lo primero que hará será echar por tierra todos los palmos de pared disparatados para que no obstruyan el terreno. Empecemos, también nosotros, por el comienzo: por los planos de arquitecto.[5]

Plan de coordinación, esencialmente. Y de cooperación. Por eso recomendamos las "investigaciones colectivas" que nunca perdimos de vista. Ya han pasado los tiempos del universalismo. En todas partes, en todas las disciplinas. Se nos dice: "Giard fue el último naturalista completo". Se nos dice: "Sylvain Lévi fue el último indianista completo". Sea. ¿Cuál es la lección a sacar?, ¿que muerto Alejandro se divide su imperio? Es decir: ¿que llegarán hombres que serán maestros solamente de una de las partes del inmenso imperio que un Sylvain Lévi podía aún poseer y regir enteramente? Pero ¿es ésa la única conclusión? Yo, por mi parte, veo otra.

Restringir el campo de acción del científico es aumentar la plaga de la "especialización". Es hacerla irremediable. ¿Y si se dejara al sucesor de Alejandro reinar sobre todo el imperio, pero imponiéndole la colaboración de cinco o seis hombres —un general, un diplomático, un financiero, un constructor— y con

5. Permítaseme recordar, no sin orgullo, que la *Encyclopédie française* tal como yo la he concebido – *Enciclopedia de problemas* y no de *referencias* – representa la mayor tentativa que se ha hecho hasta el día de hoy en país alguno para aproximar mutuamente y ponerlos en contacto con el público culto no a vulgarizadores de talento, sino a los propios creadores, a los "inventores" de la ciencia, en todos sus campos: hombres, que situados a la cabeza de las investigaciones matemática, física, biológica, etc., sacan sus ideas no de tratados o manuales, sino de su lucha continuada y cotidiana contra lo desconocido en lo que cada día conquistan un poco más.

la función de organizar la coordinación, regular las tareas y definir los trabajos?

Traspasemos el ejemplo a nuestra disciplina: ¿qué pasaría si el historiador, en lugar de construirse por sí mismo todo el reloj — primero sus propios útiles, después fabricar las piezas y, por último, unirlas y hacerlas funcionar — se contentara con este último papel? Si una vez razonablemente elegido el tema a estudiar, delimitado con cuidado, señalado lo que tiene más importancia que se llegue a establecer (pues hay que renunciar a la pueril idea de que todo es igualmente interesante para todos), si una vez realizado todo esto, el historiador organizara las investigaciones de un equipo del que formarían parte, pongamos por caso (pensando en ciertas posibles y deseables encuestas de historia de las técnicas) un técnico propiamente dicho; un químico al corriente de la historia de su ciencia; un economista de espíritu concreto — reservándose para el historiador, el dificilísimo papel que representa proyectar los cuestionarios previos; comparar las respuestas proporcionadas; derivar de ellas los elementos de solución; ordenar los indispensables suplementos de la encuesta y, principalmente, señalar las relaciones entre el problema planteado y el conjunto de los problemas históricos del momento en que se formula —; si una vez elegido este largo camino que, al fin y a la postre, será mucho más corto que los viejos y sinuosos caminos de antaño, consiguiera hacer de la historia una "ciencia de problemas a plantear" si no a resolver siempre con certeza y a la primera ocasión, creo que el papel del historiador sería singularmente más claro que el de un vago fabricante de libros "personales"; creo que nadie se preguntaría ya si la historia es una ciencia o un arte; creo que se dejaría de calificar de historiador a cualquier sabio autor de sabios libros sobre *Luis XV y las mujeres* o *El veneno de los Borgia* o que, en caso contrario, el historiador, dejando a esas excelentes

personas, con los premios académicos fundados para ellos, el mismo nombre que desacreditan, se desbautizaría sin vacilar para no ser víctima por más tiempo de una confusión descortés y, en definitiva, demasiado absurda.

Si se quiere acelerar la llegada de esos tiempos —y vale la pena— lo primero que hay que hacer es atender el consejo de los demás. Enriquecerse con las realizaciones ya hechas. Apoyarse sobre los que, en sus disciplinas, han organizado la "investigación colectiva".

CONTRA LA SIMPLE HISTORIA DIPLOMÁTICA

¿HISTORIA O POLÍTICA?

DOS MEDITACIONES: 1930, 1945

I

La *Histoire diplomatique de l'Europe (1871-1914)* que un grupo de calificados historiadores franceses dirigidos por Henri Hauser publicó en Presses Universitaires (1929), no pertenece propiamente a la problemática de una revista como la nuestra. Sin embargo, no poner de relieve un instrumento de trabajo tan cómodo sería cometer una injusticia y además renunciar al planteamiento de una cuestión no desprovista de interés.

Observando superficialmente el libro, se duda de que un autor tan versado en estudios de historia económica como es personalmente Henri Hauser no haya tenido escrúpulo en olvidar que una nueva diplomacia remplaza progresivamente "la política de cortes y gabinetes", y que hay que dar una importancia cada vez mayor tanto a los movimientos de la opinión pública como a los intereses de los grupos. "Un conflicto obrero entre nacionales que defienden su *standard of life* y peones extranjeros que aceptan salarios de hambre es suficiente — escribe en una vigorosa introducción — para lanzar a dos naciones una contra otra." Basta abrir los periódicos u hojear las revistas: tratados de comercio, negociaciones aduaneras, empresas de reorganización financiera o de equipo industrial, créditos bancarios solicitados y concedidos como contrapartida de facilidades económicas o políticas; tal es, se com-

prende sin dificultad, el pan cotidiano de una diplomacia que debe soportar, bien a su pesar, con la acción del medio, el control permanente y directo de los parlamentos populares. Evidentemente esta preponderancia de la economía sobre la política no es de ayer. Numerosas guerras antiguas fueron, si se va al fondo de las cosas, guerras por la sal, por las especias o por el harén. Si alguien lo sabe éste es el autor de un excelente librito sobre los *Origines historiques des problèmes économiques actuels,* que con mucho gusto destacamos y alabamos cuando se publicó. Pero además desde hace medio siglo esta preponderancia se ha hecho cada vez más visible. Tomemos uno o dos ejemplos entre los más evidentes: la compra por Disraeli de las acciones del jedive Ismaíl fue un factor esencial de la política inglesa en Egipto a partir de 1875; el ferrocarril de Hérat estuvo a punto de desencadenar el conflicto, anunciado a menudo, entre rusos e ingleses; la Triple Alianza no se concibe si no es pensado en la apertura del Gotardo; en fin, los problemas de minerales, de combustibles, de mercados comerciales y de créditos industriales han pesado sin duda en las determinaciones de los hombres y de los países que tomaron parte en la guerra de 1914.

Ahora bien, estos hechos, muy claramente circunstanciales o, como a veces se dice, "eventuales", están poco calificados para representar, a causa de su mismo estallido, esta oscura pero constante presión de la economía sobre la política, que es, entre otros varios de igual importancia, uno de los factores determinantes de la conducta de unos estados frente a otros; estos hechos particulares y en cierta medida anecdóticos los realzan, si se presenta el caso, los redactores de la *Histoire diplomatique de l'Europe;* pero con demasiada reserva y brevedad. No obstante se preocupan de dar a la luz pública las fuerzas escondidas, los resortes secretos que hacen actuar y moverse a las masas hu-

manas. Les basta que duerman en secretas profundidades. Son "las capas subyacentes de la historia", como dice Hauser en su introducción. Atrincherados detrás de un criterio simplista, el de utilizar sólo documentos diplomáticos propiamente dichos: los de las compilaciones oficiales, sean azules, grises, amarillos o rojos; los de las grandes colecciones nacionales, la alemana y la inglesa a falta de la francesa, demasiado reciente; añadamos la correspondencia y las memorias de los protagonistas y de los testigos de los acontecimientos; sólo se preocupan de la corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática... ¿Debemos criticarles? A ellos no. A los hombres, tampoco. A una tradición, quizás.

En la misma cubierta de los dos volúmenes de la *Histoire diplomatique* se puede leer esta fórmula: *Manuel de politique européenne.* ¿Diré que no la aprecio? Es mejor comprobar, desde un principio, que demuestra una cierta orientación, que pone de manifiesto una determinada concepción, legítima si se quiere, pero un poco especial. La misma que conocidos libros, no hace mucho publicados bajo la rúbrica de *Manuels historiques de politique étrangère,* exhibieron en Francia, desde 1892, e hicieron triunfar poco a poco en el campo de la enseñanza. *Desgraciadamente* la hicieron triunfar: lo escribo como lo pienso desde hace mucho tiempo, y no porque considere como malos libros, técnicamente hablando, a estos manuales, sino porque contribuyeron más que otros a sustituir en los cerebros de varias generaciones de estudiantes (muchos de los cuales se han convertido después en profesores) la noción pragmática [1] de una "política histórica" por la

1. ¿Hay que decir que conscientemente pragmática? Cf. Émile Bourgeois, *Manuel historique de politique étrangère,* t. I, "Avertissement", p. 7 (julio 1892): "Antaño, cuando los pueblos entregaban su destino en manos de las familias reales, se conducía a los hijos de estas familias, varones y hembras, a los archivos del estado para pre-

noción desinteresada de una historia "de las relaciones". Me refiero a una historia que se limita a comprender y hacer comprender en lo posible (decimos, en la medida en que no es imposible) los motivos reales, profundos y múltiples de estos grandes movimientos de masa que tan pronto conducen a las colectividades nacionales a unirse y a colaborar pacíficamente como las lanzan unas contra otras, animadas por pasiones violentas y mortíferas.

Ahora bien, es de sentido común que no hay que buscar estos motivos solamente en el humor, la psicología y los caprichos individuales de los "grandes", ni en el juego contradictorio de diplomacias rivales. Son geográficos, económicos, sociales e intelectuales, religiosos y psicológicos. Y entiendo que el historiador, cuanto más se ahonda en el pasado —me refiero al de los estados europeos modernos—, más se ve obligado a dar relieve a los factores personales de políticas que los textos presentan siempre como dirigidas por soberanos más o menos absolutos, o por ministros aún más absolutistas que sus señores. También comprendo que hay que dar un puesto de acuerdo con su papel a lo que podríamos denominar la diplomacia técnica. Entiendo, en fin, que no es inútil el trabajo que al precio de dificultades a veces extremas y de un esfuerzo crítico siempre arduo consigue fechar, no por semanas ni por días, sino por horas o minutos, las gestiones diplomáticas cuya influencia ha podido ser decisiva para un determinado acontecimiento. Entiendo todo esto, e igualmente lo que podría responderse uti-

---

pararles, por el estudio del derecho público y el conocimiento de los intereses tradicionales del estado, para la tarea que les aguardaba. En tods partes, hoy en que la nación ha recobrado su soberanía, es a ella a la que corresponde dar a sus hijos estas lecciones." ¿Las mismas, inspiradas por el mismo espíritu, fundadas en las mismas consideraciones derivadas de los mismos principios? Este es todo el problema, y la obra que citamos lo ha resuelto sin haberlo planteado.

lizando argumentos no contrarios, sino complementarios; y no quisiera disminuir ni un ápice el significado de titular un libro *Manuel historique de politique étrangère* o, más elípticamente, *Manuel de politique européenne*, que, quiérase o no, está por encima de la historia viviente de los estados "de carne y hueso", de estados que "informan" países hechos de tierras y aguas, de bosques y montañas, pero tambien de hombres que llevan determinados géneros de vida, habituados a determinadas maneras de pensar, de sentir, de creer, el todo combinado en proporciones tan variables que produce para cada país una fisonomía individual. Es hacer fluctuar por encima de estas realidades la perpetua abstracción de una política "extranjera", de una política "exterior", de una "gran política" si se prefiere (puede elegirse la fórmula), hasta de una política "europea", alimentándose en el cielo diplomático no de segundas intenciones como la Quimera del bueno de Rabelais, sino de caprichos reales, de vahos imperiales o de "grandes designios" ministeriales.

Y si se objeta: "Pero este divorcio entre los intereses reales de las naciones y la gran política de los gobernantes, al que usted se refiere existe realmente muy a menudo", contestaré que entonces las obras que, por definición, silencian este hecho de importancia capital, las obras que parecen presentar sistemas abstractos de diplomacias, consideradas en sí mismas como seres abstractos, a la manera de transposiciones de los sentimientos unánimes, las ideas, las voluntades y los intereses de los grupos nacionales en nombre de los cuales hablan, escriben y actúan estos diplomáticos, estas obras dejan de lado el verdadero problema, el único problema que vale la pena tener en cuenta. Y esto observando el problema sólo en su aspecto puramente científico. Si lo observáramos desde otro punto de vista, si nos fuera necesario, como a determinados auto-

res, hablar de formación profesional o de educación cívica, es fácil adivinar lo que tendríamos que decir. Enmascarar tales divorcios sería un grave error; por no emplear más duras palabras.

* * *

Concluyamos y resumamos en pocas palabras estas observaciones incluidas libremente en una obra de la cual estimamos la imparcialidad, el cuidado y la consciencia.

Se expulsó casi por completo del campo de los estudios serios y se le relegó a las soledades glaciales donde "vegetan" los sueños escolásticos a este *homo œconomicus* al que sonríen con complaciencia muchos economistas bienintencionados. Cuando se habrá eliminado totalmente de ese mismo campo al *homo diplomaticus,* con sus cortesías protocolarias, sus fórmulas de saludo sabiamente graduadas y su horrorosa barbarie que sus afectadas cortesías no acaban de disfrazar, desde un punto de vista puramente científico (el único que aquí nos interesa, el único que debe interesar a los historiadores), se habrá asegurado no sólo el triunfo de la razón clarividente sobre una rutina paralizadora, sino que, además, desde un punto de vista práctico, se habrá realizado una buena acción, bien se trate de preparar para su futuro cometido a diplomáticos incipientes, o simplemente de ilustrar a ciudadanos libres.

Nuestros bisabuelos conocieron una política inspirada en la Sagrada Escritura. ¿Puede enseñarse a nuestros contemporáneos una política inspirada en la historia diplomática, en el sentido estricto de la palabra? Voy a repetir, y a replicar. Lo que sé, sin lugar a dudas, es que esta política y la historia son dos cosas diferentes: me refiero a la historia que no aísla arbitra-

riamente la voluntad o las veleidades de los dirigentes de los intereses fundamentales de los súbditos; la historia que no sabe ni lo que es una diplomacia en sí, ni una política desligada de la economía, ni una economía que no refleje, con la acción de poderosos factores físicos y naturales, el juego no menos ardoroso de estas fuerzas espirituales o psicológicas que uno ve (o siente) correr en medio de todas las manifestaciones de la actividad humana "infatigable y estridente" como el fuego entre los brezales.

II

Quince años después, aparecía un libro en la pequeña colección de Armand Colin. Su título: *La paix armée (1871-1914)*. Me incomoda un tanto hacer su crítica, porque éste es un libro hecho a consciencia por un buen universitario, habituado a un trabajo honesto y que se ha documentado en las mejores fuentes.

Sin embargo, expone un problema de tal gravedad que es necesario examinarlo sin apriorismos.

No nos detengamos en el título. *Paix armée* es un sistema, en el sentido estricto y restringido de la palabra, que podría merecer un estudio. Pero no es de este estudio de lo que se trata aquí, sino de un resumido compendio de toda la historia de las relaciones diplomáticas que cubren el período que va de 1871 a 1914: el que generalmente se conoce por "período de la paz armada". Lo que, confesémoslo, no quiere decir gran cosa. Ya que la paz posterior a 1920 no fue menos "armada" que la paz anterior a 1920. Y no veo que la paz posterior a 1946 sea muy "desarmada". Lo importante es que este libro claro, dispuesto en la forma didáctica a la moda en títulos, subtítulos, párrafos y apartados, se sitúa con bastante exactitud en las an-

típodas de lo que, para nuestros *Annales,* constituye el buen libro de historia contemporánea.

Geografía, nada. No se aprecia influencia en el autor, por poca que fuera, ni de los trabajos de la escuela geográfica francesa, ni de los trabajos geopolíticos alemanes. Y, sin embargo, no está mal preservar su virtud cuando uno se encuentra en contacto con estas sirenas germánicas, que por otra parte nunca aportan demasiado. No obstante hace falta saber que existen cuando se publica en 1945 un libro terminado en 1940 sobre estos problemas de relaciones internacionales, que no se desarrollan en otro mundo. Hay que señalar que el sentido geográfico, que Jacques Ancel atestigua en su trabajo y por el cual intentaba renovar la historia de las relaciones diplomáticas, es extraño a nuestro autor.

Economía, nada. Oh, sí, una palabra aquí, otra allá, alguna palabra accesoria: la economía a remolque... ¿No es por intereses económicos que, cada vez más, el mundo toma partido y las potencias ejecutan su juego?

"¿Cuál es el sujeto?", preguntan los profesores de gramática cuando hacen explicar a los principiantes una frase de César. A. Roubaud, y con él todos los sostenedores de esta vieja y nefasta "historia diplomática" responden: "la diplomacia". ¡No! La diplomacia no es el sujeto. Y los diplomáticos no son los epítetos del sujeto. El sujeto es el mundo de 1871 a 1914.

El mundo. No digo Europa. El mundo, sus descubrimientos, sus triunfos, sus pasiones. Ya que el mundo se hizo durante los años en que se enumeran los conflictos diplomáticos. Me refiero a un determinado régimen de vida, hasta entonces localizado en algunos países, e incluso en estos países confinado en determinadas regiones, en ciertos medios, un régimen de vida que repentinamente se universalizó; todos los hombres de todos los países usan de todos los productos humanos, tanto si son productos intelectuales como materiales: el objetivo se ha definido, liberado. Y esto implica

cambio, cambio, más cambio... Por consiguiente, el sujeto es el mundo, sus pasiones, sus apetitos, sus astucias, ¿incluyendo la diplomacia? Sí, como un medio entre otros, uno de los medios que emplea este mundo salvaje, desordenado, vehemente, apasionado, recorrido por fuerzas tan enormes que amenazan escapar, a cada momento, de las manos de los que las manejan con prudencia; uno de los medios que emplea este mundo, cuyos grandes motores se denominan los capitales, el crédito, la industria, los organismos de venta y de cambio, para saciar sus pasiones, satisfacer sus apetitos, manifestar sus astucias. Uno de los medios. Hay otros: la fuerza abierta y brutal de los ejércitos, la fuerza solapada y roedora de la corrupción y de la propaganda.

Cerrar los ojos a todo esto; anunciaros tranquilamente que "las razones complejas de los acontecimientos y en particular los móviles que han impulsado a los gobernantes permanecen sumidos en tinieblas que, tal vez, no serán jamás disipadas"; hipnotizarse y querer hipnotizar al lector con estos "móviles de los gobernantes", que no son más que anécdotas; hacer como si las verdaderas causas, las profundas causas, las causas universales, cegadoras y determinadas, no existieran — me refiero a las grandes revoluciones de la técnica industrial, hijas asimismo de las grandes revoluciones de la técnica científica y generadoras de las grandes revoluciones de la economía mundial —, es hacer una apuesta, una mala apuesta.

Cuando nuestro autor, erigido en defensor de la diplomacia secreta, evoca con ternura a los técnicos dotados del sentido de la realidad, que trabajan bajo el control de ministros responsables, "al abrigo de las pasiones y de las utopías", uno cree soñar. ¿"Al abrigo de las pasiones y de las utopías"? Como si fuera la hora de Laval, de X, Y, Z (no citemos nombres tristes), "bajo cuyo control" imparcial, "objetivo" y desinteresado trabajaron tan bien esos deliciosos técnicos No vamos

a continuar. Este juego apacible anterior a 1940, este pequeño juego que nos llevó, a nosotros, a nuestros diplomáticos y a nuestra diplomacia, allá donde nos llevó, este pequeño juego ha durado demasiado. Antes de 1940, pudo decirse, alzando los hombros: pecado contra el espíritu. Después de 1940 se debe decir: pecado contra Francia. No queremos más. Gritaremos tan alto y tan fuerte como haga falta. Y repetiremos, repetiremos sin cesar la frase de Marc Bloch: *La derrota de Francia ha sido, ante todo, una derrota de la inteligencia y del carácter.*

Desde 1850, Francia, que dominaba, dirigía, orientaba las revoluciones en el mundo, palpaba la realidad sin darse cuenta (o cuando se apercibía de ello, sólo lo hacía para ufanarse). La revolución material había nacido, y los franceses, atrincherados detrás de su vieja filosofía de la moderación, de la cordura, de la prudencia continuaban haciendo política, sólo política y siempre política. "¡Abajo la Monarquía, viva la República! ¡Abajo la República, viva el Imperio! ¡Abajo el Imperio, viva la República! ¡Abajo la República, viva el Rey!" Este rey fue mariscal. Resumen un poco abreviado, pero exacto, de la historia de los pensamientos y de las preocupaciones francesas desde 1848. Pensamientos y preocupaciones más o menos unánimes.

Sin embargo, la civilización mecánica se esparcía sobre el mundo a través de oleadas sucesivas cada vez más furiosas. ¿Qué hacer? Saltar a su barca, empuñar los remos con mano viril, ponerse a la cabeza del movimiento. Por lo menos, a la cabeza espiritual. Al buscar a Francia se terminó por encontrarla. La pequeña y brava Francia, tan cuerda, tan razonable, tan modesta en sus viejos hábitos de otros tiempos, sentada en el jardín de su encantadora casa ancestral, con los dedos metidos en los oídos para no oír nada, leyendo y releyendo sus viejos clásicos. Los maestros de la moderación francesa. ¿De la moderación o de la mediocridad?

Sí, es sorprendente. Y mortal. Francia escogió. Escogió la catástrofe. Y esta elección nadie la entiende. Se busca a Francia allí donde debería estar y no se la encuentra. Juega con las viejas muñecas de su abuela sabiamente, santamente, estúpidamente.

¡Basta! Es necesario que esto termine. Es preciso que los franceses —y en primer lugar los que adoctrinan a los otros— miren las cosas de frente. ¿Quién, pues, conduce el mundo? ¿Los diplomáticos? ¿Los políticos? ¿O bien estas dos élites cuya actuación nos muestra Chappey en su reciente libro: aquí los técnicos del espíritu, escritores, artistas, moralistas; allí los técnicos de la materia, fabricantes y negociantes, aliados a pesar de las pullas que a veces pueden lanzarse, para divertirse, aliados, unidos para gobernar el mundo desde hace varias décadas?

• • •

"Los partidarios del materialismo histórico intentan siempre incrementar la influencia de los factores económicos en los conflictos internacionales, en detrimento de los factores políticos y morales", escribe campechanamente A. Roubaud, en la página 212 de su libro. Pero, ¡santo cielo!, ¿qué viene a hacer aquí el "materialismo histórico"? Y ¿qué significa este titubeo cándido: "Sin duda ... ¿Pero en fin"? El mundo es el mundo. No obstante, decidnos: antes de la guerra de 1914 no era lo que llegó a ser de 1920 a 1940. Pero tampoco era de 1871 a 1914 lo que había sido de 1848 a 1870. ¿Por qué? ¿Por razones políticas? ¿Morales? ¡No!, por razones económicas. Esto salta a la vista.

Y lo repito: decirlo en 1945 no es servir a la inteligencia y a la historia. Para un francés es servir a Francia.

POR LA SÍNTESIS CONTRA LA HISTORIA-CUADRO

UNA HISTORIA DE LA RUSIA MODERNA

¿POLÍTICA EN PRIMER LUGAR?

En un breve prefacio, Ch. Seignobos presenta al público francés una *Histoire de Russie* en tres gruesos volúmenes [1] que concibió y dirigió con Ch. Eisenmann y, sobre todo, con Pablo Miliukov, conocido historiador de la civilización y el pensamiento histórico rusos. Obra colectiva de hombres habituados al trabajo histórico y que, con más o menos delicadeza con el régimen actual de su patria, quisieron ofrecer a sus lectores franceses un saber y una competencia incuestionables.

Hay que aplaudir la iniciativa tomada por los directores. En Francia, sólo teníamos como *Histoire de Russie* el manual de A. Rambaud que aunque representó una novedad en su tiempo hoy está ya superado. Con gran esperanza, pues, uno se precipita sobre los tres gruesos volúmenes que la Librairie Leroux publicó sucesivamente y con rapidez. Y luego... No quiero decir que nos hayamos decepcionado. Serían palabras demasiado fuertes. Pero pronto llega a ser evidente para el lector que esta gran tentativa no proporcionará todos los servicios que se esperaban. Tanto que, a veces, uno se siente tentado a creer que los tipógrafos se equivoca-

1. París. Ernest Leroux, 1932, 3 vols. en 8.° de XX-438, 439-828, 829-1416 páginas. El título reza así: *Histoire de la Russie, des origines à 1918*. En realidad, todo el período contemporáneo desde la muerte de Alejandro II está resumido en pocas páginas.

ron al imprimir 1932 sobre la cubierta e instintivamente pensarían en 1902. ¿Por qué?

En primer lugar, la *Histoire de Russie* propiamente dicha empieza en la página 81 con el artículo de Miakotine que introduce en la historia de la Europa oriental, alrededor del siglo VII, a las tribus eslavas. Página 81, el siglo VII; página 150, ya Iván el Terrible (1533-1584); página 267, ¡Pedro el Grande! Recapitulemos: una historia de 1.416 páginas, en tres volúmenes; 200 páginas para diez siglos (siglos VII a XVII) contra 1416 páginas para dos siglos y medio (1682-1932)... Así, cuando se lee en la página XI la frasecita de Ch. Seignobos asegurando con serenidad "se ha mantenido un equilibrio juicioso tanto entre los períodos sucesivos como entre las materias de diferente naturaleza", por más que se sepa que el prologuista cultiva la ironía, no deja uno de pensar que está viendo visiones...

Y lo peor es que Ch. Seignobos lo justifica. Pues si nos hubiera dicho: "¡Perdonadnos! los tiempos son duros, los editores son terribles, se han metido en la cabeza que la historia del mundo (la que es rentable) empieza en 1900, ¿qué quiere que hagamos contra esto?"; o incluso: "Estamos desprovistos de colaboradores para estos períodos que exigen verdaderos especialistas, excusadnos..." Nos habríamos lamentado porque se nos privaría de lo que más nos interesaba, de lo que tenemos una necesidad más perentoria.[2] Pero en fin, nos hubiéramos inclinado ante la fuerza mayor. Pero, ¡nada de esto! Ch. Seignobos defiende su postura. No nos dice nada, explica categóricamente, porque no hay nada que decir: "falta de documentos" en primer lugar y "falta de acontecimientos" en segundo lugar... ¡Ah!,

2. Que se reabra la pequeña obra maestra de Henri Pirenne sobre las ciudades de la edad media, y se encontrará en ella, sólo releyendo las páginas, algunos ejemplos de la utilidad de la historia de Rusia para la comprensión de un capítulo de la historia europea medieval...

y no se hable más del asunto; permitid deciros que, si esto es un método, es un método detestable.

"Nada de acontecimientos". Entonces, ¿nos invitáis a identificar, así, simplemente, "historia" y "acontecimiento"? Y, majestuosamente sentados sobre este inmenso fárrago de papeles de aserrín azulados (y al cabo de diez años blanqueados) con la anilina con que impregnáis vuestros documentos, proclamáis: "La historia de diez siglos es incognoscible" ¡Perdón! Es de lo más fácil de conocer. Todos los que se ocupan de ella lo saben, todos los que se las ingenian no para transcribir del documento, sino para reconstituir el pasado con todo un juego de disciplinas convergentes apoyándose, apuntalándose, supliéndose mutuamente; y vuestro deber de historiador es precisamente sostener este esfuerzo, describirlo, promoverlo el máximo posible. No se puede justificar una pereza real y una limitación de horizontes deplorable que proclama con gesto desdeñoso: "No hay nada que hacer..."

Todo esto se refiere al equilibrio entre períodos. Pero, ¿y la dosificación de "materias" como se dice en farmacología? Hay que decir que no es mejor. ¡Política en primer lugar! Sólo hay un Maurras que lo diga... Nuestros historiadores hacen más que decirlo, lo aplican. Es todo un sistema. Incluso, posiblemente, un contrasistema. Una vez más Ch. Seignobos entona el himno en honor de la historia-cuadro, que es la historia-manual. ¡He ahí a un hombre al que los años no afectan! Los autores, nos explica el prefacio (p. x), "han deseado presentar un cuadro histórico de todos los aspectos de la vida rusa: régimen político interior y política exterior; movimiento de la población y organización de la sociedad; agricultura, industria y comercio; letras y arte, ciencias y enseñanza". Y más adelante este programa: "Presentar separada y sucesivamente los grupos de hecho de diferente naturaleza, política, social, económica, intelectual". Es lo que acostumbro llamar "el

sistema de la cómoda", de la vieja cómoda de caoba, gloria de los pequeños mobiliarios burgueses. ¡Tan bien arreglada, y en un orden tan bello! Cajón de arriba, la política: "la interior" a la derecha, "la exterior" a la izquierda, sin confusión. Segundo cajón: en el rincón de la derecha, "el movimiento de la población"; en el rincón de la izquierda, "la organización de la sociedad". (¿Por quién? Imagino por el poder político, que desde el cajón de arriba, n.º I, lo domina, rige y gobierna todo, como le viene en gana.) Es una concepción, como lo es también situar "la economía" después de "la sociedad"; pero no es nueva. Cuando yo era un jovencito que iba tanteando como podía apareció, en la *Historie de France* llamada de Lavisse, el *Seizième siècle* de Henri Lemonnier. Recuerdo siempre mi emoción candorosa (¡tenía 20 años!) cuando descubrí con horror que el autor trataba, con toda sencillez, de las "clases" sociales antes de hablarnos de la vida económica... Han pasado treinta y cinco años desde entonces, ¿y medimos el progreso viendo que después de haber metido, triunfalmente, la organización de la sociedad en el segundo cajón, la *Histoire de Russie* coloca en el tercero... a los fenómenos económicos? No, sino que sitúa en él la Agricultura, la Industria y el Comercio que seguirán a las Letras y a las Artes. ¡Oh, comicio agrícola de Yonville! Solamente, en Yonville, el comercio iba en cabeza; en la *Histoire de Russie* nos lo ponen a la cola. ¿No es natural, tratándose de un país en el que, imagino, debió consistir primeramente... en vender, tanto en el interior como en el extranjero, los productos de una agricultura que trabaja tempranamente para la exportación, y de una industria que sigue sus huellas? Historia-cuadro, éstos son tus golpes...

De hecho no tenemos una *Histoire de Russie*. Tenemos un *Manuel d'histoire politique de la Russie de 1682 à 1932*, con una introducción de cerca de 200 páginas a la cabeza, que aporta un *Rückblick* sobre la Rusia de

Pedro el Grande. Dentro de estos límites todo funciona. Y hay que estar contento con lo que se nos da. Es evidente que, en el marco tradicional de los reinados, los colaboradores de Pablo Miliukov y este mismo han sabido componer un relato muy preciso y suficientemente nutrido de "acontecimientos" de la historia rusa: acontecimientos políticos, con excursos más o menos breves en los acontecimientos económicos, sociales, literarios y artísticos en la medida en que son dirigidos por la acción política de los gobiernos. Pero...

Pero eso no es todo: tenéis delante de vosotros a Rusia. Yo no la conozco *de visu,* como decía el otro, no la estudié especialmente nunca. Sin embargo, me imagino que Rusia, la inmensa Rusia rural y campesina, feudal y ortodoxa, tradicional y revolucionaria ¿es algo bastante poderoso? Ahora bien, abro la *Histoire de Russie:* zares grotescos, escapados de *Ubu Rey,* tragedias de palacio, ministros concusionarios, burócratas papagayos, ukases y prikases a discreción. Pero la vida dura, original y profunda de este país, la vida del bosque y de la estepa; el flujo y el reflujo de las poblaciones trashumantes, la gran marea que por encima de Ural se extiende hasta el Extremo Oriente siberiano; y la vida potente de los ríos, los pescadores, los barqueros, el tránsito; y la práctica agrícola de los campesinos, sus instrumentos, su técnica, la rotación de los cultivos, el pastoreo; la explotación forestal y el papel del bosque en la vida rusa; el funcionamiento del gran dominio; la fortuna terrateniente de la nobleza y su forma de vida; el nacimiento de las ciudades, su origen, su desarrollo, sus instituciones, sus caracteres; las grandes ferias rusas; la lenta constitución de lo que llamamos burguesía, ¿pero hubo jamás una burguesía en Rusia?, la toma de consciencia por todo este mundo de una Rusia que evoca en ellos representaciones precisas, pero ¿en qué orden: étnico, territorial, político? El papel de la fe ortodoxa en la vida colectiva rusa y, si ha lugar (si no

ha lugar decidlo), en formación individual de las consciencias; las cuestiones lingüísticas; las oposiciones regionales y sus principios. ¿Qué sé yo? Sobre todo esto que se coloca frente a mí, como un interrogante, sobre todo esto que para mí es la historia misma de Rusia: casi nada, en las 1400 páginas. ¿Soy un anormal, un fenómeno de feria, un monstruo? Pero ¿y Mme. de Krudner y sus relaciones con Alejandro, y la zarina que era hija de un tabernero, y la otra que amaba hombres hermosos, y todo ese fárrago anecdótico? No, esto no es historia.

La historia es lo que no encuentro en esta *Histoire de Russie*, que por tanto nace muerta.

Hay que mentir por delicado que sea. Carece de suficientes aperturas sobre el presente y el futuro rusos.

Un breve capítulo expone lo que pasó en la U.R.S.S. después de octubre-noviembre de 1917. Hay un cierto esfuerzo por la objetividad. Además meritoria porque estas páginas están firmadas por Miliukov. Pero, ¿era indicado pedir estas páginas precisamente a Miliukov que fue actor en la tragedia? ¿De qué se trataba? De hacer comprender. Ni más, ni menos. Ahora bien, pese a todos los esfuerzos no hay verdadera comprensión allí donde falta una simpatía necesaria y fatal.

Si queremos saber lo que verdaderamente anima a los hombres que, desde hace dieciséis años, tienen la ruda carga de pilotar el navío de la U.R.S.S. sobre las olas terriblemente agitadas —los hombres que se colocan a barlovento, disparan andanadas, dudan, chocan y a veces se destruyen entre ellos, pero paran el golpe y después de todo amasan con hermosa potencia la pasta humana—, lo preguntremos a diez observadores franceses, ingleses, americanos u otros, que han visto y hacen ver, que por otra parte se contradicen (¡por suerte!) en muchos puntos, pero se ponen de acuerdo en otros. Y todos dejan una impresión de vida, de fuerza, de acción tensa y de voluntad creadora que, hay que

decirlo,, satisface al espíritu: ya que en fin explicar la historia de la nada, ¿es una apuesta? No se pida a la *Histoire de Russie* nada de todo esto, que es, lo repito una vez más, lo que llamo historia; no se le pida, insisto más que un relato de los acontecimientos políticos, vistos por uno de sus actores.

UN ESTUDIO SOBRE EL ESPÍRITU POLÍTICO DE LA REFORMA

Recibí un grueso libro, recientemente publicado por Picard, con la petición de dar cuenta de él en esta revista.[1] Heme aquí muy apurado, pues es la obra de un espíritu curioso, deseoso de comprender y al cual la historia de las ideas interesa por sí misma. Por otra parte, la obra revela un trabajo considerable, unas lecturas serias y extensas, unas reflexiones y unas meditaciones prolongadas. No obstante, en honor a la verdad, siento tener que comentarlo aquí.

M. de Lagarde hizo imprimir un volumen de 486 páginas. Parece mucho. Hay que pensar, no obstante, en lo que pretende abarcar. He aquí la introducción: trata del "pensamiento político de la Edad Media"; no es un objetivo pequeño. Y ahora el capítulo I: "El punto de vista político de la Reforma", y M. de Lagarde pasa revista, uno detrás de otro, al pensamiento político de Lutero, de Zuinglio, de Calvino, al de los campesinos alemanes que se rebelaron en 1525 (les llama, no sé por qué, Rustauds, por el nombre que se les dio en Lorena), no se olvida ni del pensamiento político de los anabaptistas, ni del de los monarcómanos; ¿de qué escalofriarse? Después de esto acomete la teoría del dere-

1. Georges DE LAGARDE, *Recherches sur l'esprit politique de la Réforme*, París, Picard, 1926, en 8.º.

cho de los protestantes, su concepción del estado, su noción de la soberanía. Luego intenta determinar el lugar que ocupan las ideas individualistas en la filosofía y la eclesiología de los reformadores. Y, de nuevo, desfilan algunos pequeños problemas: libre examen, libertad cristiana, sacerdocio universal... ¿Puede comprenderse el sentimiento de malestar que experimento al cerrar este libro? Su tema es de los que, según los gustos y los talentos, se trata en 200 páginas, sin notas, cuando se ha reflexionado sobre él veinte años. O bien, en seis volúmenes de 500 páginas, cuando se le ha dedicado toda una vida.

No se trata sólo de que M. de Lagarde, a pesar de toda su buena voluntad, no pueda ofrecernos más que consideraciones superficiales sobre tantas cuestiones que cada una de ellas asustaría por su amplitud a un historiador. Se trata, para mí, de una cuestión de método. Este libro está construido sobre un determinado número de libros, seleccionados, naturalmente, y muy a conciencia, pero de modo arbitrario, de los kilómetros de estanterías de estas bibliotecas formidables: la luterana, la zuingliana, la calviniana, por no hablar de otras. Una vez hubo leído estos libros les aplicó los recursos de una inteligencia clara, lúcida y leal. Como lo dice en una formulación muy limpia: "Agrupando los materiales antiguos, intenté comprender". Es allí donde se albergó la dificultad.

¿Comprender? Se puede comprender tomando directamente de los libros las ideas políticas de los reformadores, comparándolas, poniendo de relieve las posibles combinaciones, sus contradicciones no manifiestas, sus probables consecuencias. Pero no es a esto a lo que un historiador llama comprender. Para él, comprender no es clarificar, simplificar, reducir a un esquema lógico perfectamente claro, trazar una proyección elegante y abstracta. Comprender es complicar. Es enriquecer en profundidad. Es ensanchar por todos los lados. Es vivificar.

Circunscribir en el cerebro de Lutero (¿pero Lutero es sólo un cerebro?), en el cerebro de Zuinglio, en el de Calvino (y la misma cuestión prejudicial se presenta aquí también), de un tajo de bisturí muy incisivo el compartimiento de las "ideas políticas", llevárselo después, separándolo de todo lo que le rodeaba, de todo lo que le encuadraba, cortando las arterias y los nervios que le daban vida, y luego, describir esta cosa muerta como si la vida no se hubiera retirado, no será nunca un método al que se adhiera un historiador, aunque, desde hace años, se venga aplicando esta técnica con el mayor éxito académico por hombres a los que se considera (y que se consideran) como maestros. Pero al leer sus escritos, en los cuales se inspiró M. de Lagarde, se siente un malestar que confirma la idea de que uno es "historiador"... Desde este momento se ve de dónde procede mi embarazo al rendir cuenta del libro de M. de Lagarde.

Ábrase, por ejemplo, por la primera página. Contiene el sumario de la introducción. Y este sumario empieza así: "Las tres fuentes del pensamiento político de la Edad Media: la filosofía escolástica y la teología, el derecho romano y los jurisconsultos, los canonistas". ¡Y qué! ¿son éstas las fuentes del pensamiento político de la Edad Media, las únicas, y no hay otras? ¿Este pensamiento sólo se nutría de libros, o mejor, de manuscritos, de tradiciones librescas y de especulaciones doctrinales? ¿Los hombres de esta época, emparedados en bibliotecas herméticamente cerradas a los sonidos exteriores, sólo se inspiraban en estas "tradiciones", en la enseñanza de los jurisconsultos romanos y en la tradición? Sé que M. de Lagarde añade: "colaboración de las ideas y de los hechos". Sé que indica, página 13, que "más aún que en las universidades, fue en los campos de batalla y en las cancillerías donde se produjo el nacimiento del estado". Pero hay otras muchas cosas

más que los campos de batalla y que las cancillerías a tener en cuenta si se quiere "comprender".

Y paralelamente: ¿Lutero, Zuinglio, Calvino, los anabaptistas, los campesinos, los monarcómanos, todos al mismo tiempo, todos en el mismo costal, si me atrevo a decir, todos ellos son representantes de esa abstracción personificada, *la* Reforma? Leo, por ejemplo, el pequeño resumen de historia de las páginas 114-115: "el mundo reformado" dislocado y desprovisto de orientación de 1530, porque Lutero está absorbido por la organización de la Iglesia de Sajonia, Zuinglio es derrotado en Cappel y Estrasburgo ocupado por doctores divergentes; y luego bruscamente, cuando "la Reforma se desmenuzaba", surgía Calvino: "Con Calvino se abre una nueva fase de su historia... La Reforma se reemprende y se organiza alrededor de una doctrina más intelectual. Se deseca, pero al mismo tiempo se fortifica. Rompe con el espíritu del luteranismo indeciso y difuso", etc. Temo no comprender ya. ¿Qué? ¿Calvino fue el sepulturero del luteranismo?, ¿fue él, "con su mano latina", quien amortajó al bebedor de cerveza de Wittemberg? ¡Qué imaginación! Pero visiblemente M. de Lagarde no se preocupa, en su libro, de rebuscar los orígenes profundos, por otra parte heterogéneos, de la Reforma francesa, de la Reforma alemana, de la Reforma de Zurich, para emplear etnias que no son más satisfactorias que las denominaciones de personas. No creo que se cite el nombre de Lefèvre d'Étaples a lo largo de todo el libro. *La* Reforma, para el autor, parece ser una invención de Lutero, del alemán Lutero, al que admiró el suizo Zuinglio; cuando estos dos protagonistas se vieron afectados por desgracias que amenazaban dislocar a la Reforma, la única, la exclusiva, entonces apareció Juan Calvino, que la salvó por un tiempo, al latinizarla. ¡He ahí, pues, una muy extraña concepción para 1926! ¿Dónde está, a lo largo de todo el libro, la preocupación por los medios tan diferentes

en que se han movido los hombres, muy diferentes en si mismos por su nacimiento, su origen social, su formación, su nacionalidad, sus experiencias vividas, incluso por su época, como un Lutero, un Zuinglio, un Calvino...? Y ¿cómo "comprenderles", a estos hombres, si se les abstrae de esta forma de todo lo que les explica, de todo lo que nos da cuenta, a la vez, de sus profundas semejanzas y de sus radicales diferencias?

Al comentar en una nota (p. 114) un texto muy conocido de Florimond de Raemond, M. de Lagarde nos dice que "Estrasburgo era el refugio de *todos los adeptos* franceses del luteranismo". Somos nosotros los que señalamos esta curiosa fórmula. Uno no se extraña de encontrarla bajo la pluma de Josse Clichtoue o de nuestro maestro Beda: era una guerra noble. Pero aquí, ¿en este libro? Todos los adeptos... es mucho. O bastante poco. Ya que, después de todo, ¿cuáles fueron los refugiados franceses de Estrasburgo, los que cuentan? Lefèvre d'Étaples, Gérard Roussel, Guillaume Farel, Juan Calvino. ¿A cuál de estos cuatro hombres, tan diferenciados del resto, se aplicaría correctamente la fórmula de M. de Lagarde: "adeptos franceses al luteranismo"? Se comprende ahora, imagino, la naturaleza de las reservas, prejudiciales en algún sentido, que nos inspira el libro de M. de Lagarde. Reservas de instinto para un historiador dedicado a cultivar en él el gusto y el sentido de diferencias específicas tan fecundas. Se me dirá que he insistido excesivamente sobre un libro cuya concepción más que su ejecución levanta críticas, pero críticas que no tienen nada de especial para el autor. Quizás. Pero hay tanto ardor y buena voluntad en este grueso volumen que uno se irrita al ver desperdiciar fuerzas que, concentradas sobre un objeto muy delimitado, elegido sin demasiada ambición ni timidez, habrían podido producir excelentes efectos.

En cuanto a discutir las tesis del autor, acabo de explicar por qué no me siento inclinado a admitirlas.

No soy amante de las controversias. Me esfuerzo por ser historiador. Y no incrimino las intenciones de M. de Lagarde, sino, lo repito una vez más su método. Son treinta años que he dedicado al estudio del siglo xvi. Sobre todo los temas, tan numerosos, tan enormes, tan prodigiosamente variados que aborda una y otra vez con una hermosa intrepidez M. de Lagarde, apresurado por correr de Gerson a Grocio sobre las huellas de Figgis: ¡no estoy falto de ideas! ¡Es tan relativamente fácil tener ideas! Pero, ¿estoy seguro de "comprender"? No alimento una ilusión tan burda.

Ideas que son sólo ideas, que tal vez sea agradable contrastar con las de un interlocutor atento, cuando se está en vena de discusión; el verdadero peligro reside en hacerse trampa a sí mismo, aun cuando se apoyen estas ideas — según recetas conocidas y facilonas — en algunas de esas citas que nada dicen porque lo dicen todo, y que arrancadas de su medio aparecen desarraigadas, como si las hubieran vaciado de su savia. El individualismo no es "el eje de la revuelta de los reformadores" afirma, con campechanía, M. de Lagarde. Esta proposición me parece tan verdadera, y del mismo género de verdad que su proposición diametralmente opuesta. *Flatus vocis.* Se trata de comprender. No digo solamente que hay que definir lo que se entiende por individualismo, sino comprender a los hombres de la Reforma. Y si se comprende en profundidad a un Lutero y a un Calvino, si se comprende lo que era la fe y la intensidad del sentimiento religioso que les quemaba, si se restituyen tras las frases que profirieron, los sentimientos que les han movido, las ideas que los determinaron; ¡de qué forma estas controversias, estos choques de ideas, estos dilemas triunfantes, todo el arsenal de una dialéctica jurídico-escolástica caduca en el mismo momento en que se cree en plena prosperidad, de qué forma todo ello, en verdad, parece ocioso. Escribir que "todo el mensaje ostentoso de libertad" de los

reformadores "se reducía, en definitiva, a sacudirse del yugo romano para encontrar otro amo" es demostrar la poca preocupación que se ha tenido de penetrar en la intimidad de la consciencia luterana. Es cometer exactamente el mismo desprecio que M. de Lagarde echa en cara a los ingenuos que toman a Lutero por "el padre del libre examen y de la razón moderna".

De hecho, para interesarme por este choque de fórmulas que llama la atención de M. de Lagarde, sería preciso que me despojara de todos mis hábitos espirituales. O que sintiéndome conducido por uno de esos guías que sólo se encuentran una o dos veces en la vida y que se siguen con deleite, pero no sin un secreto temor, esté tentado a sacrificar temporalmente mis escrúpulos de historiador a mis alegrías de literato.

NI HISTORIA DE TESIS NI HISTORIA-MANUAL

ENTRE BENDA Y SEIGNOBOS

Si uno se para a reflexionar, ha de considerar como un hecho curioso esa especie de timidez con la que, en Francia y durante medio siglo, historiadores de valía han huido, no digamos ante los "grandes temas" —la fórmula tiene inoportunas resonancias académicas— pero sí ante temas amplios (si se prefiere), ante aquellos temas que desbordan el estrecho marco de la monografía.

No vamos a emprender ahora la búsqueda en detalle de las causas de esta carencia. Para descubrirlas haría falta emprender la historia de la historia en Francia durante ese medio siglo. Revelaremos simplemente uno de los signos sorprendentes de la citada renuncia: la ausencia de historias de Francia en el sentido tradicional de la palabra.

Ausencia individual y también colectiva. Es cierto que el último intento en este sentido, el de Lavisse, alcanzó un éxito de librería y consiguió suscitar una auténtica obra maestra —el *Tableau géographique* de Vidal de la Blache—; pero también es verdad que produjo una obra sin unidad de concepción, sin vida, una colección de volúmenes cuya ambición se limitó a proporcionar a los candidatos nociones utilitarias. Y únicamente nociones de ese tipo. De manera que hay que considerar como un abuso que se indujera al público propiamente dicho a comprar esos volúmenes. Volúme-

nes que responden desacertadamente a las verdaderas curiosidades pragmáticas y son incapaces de suscitar curiosidades nuevas, así como de ampliar el horizonte de lectores cultos poniéndoles en contacto con el trabajo que llevan a cabo los mejores productores, silenciosamente, lejos de los lugares donde se habla demasiado.

Da gusto oír exclamar a los historiadores al respecto: "¡Se nos ignora! ¡se nos tiene al margen!", mientras los editores atiborran a un público ávido de que se le engañe con "vidas novelescas", "indiscreciones de la historia", "interioridades" y "revelaciones" adulteradas. Verdaderamente. Pero, en principio, vuestras críticas contra todo ese fárrago no parecen tener fundamento. Errores, decís: el problema no es ése. Pequeños y gruesos libros que tanto os irritan son admirablemente exactos en cuanto a datos y fechas; por tanto, ¿cómo podría desarmar a los críticos esta corrección? Hay que reprochar a esos libros que mantengan entre el público la ilusión de que son "libros de historia" y que la historia es, precisamente, lo que esos libros contienen: ilusión que comparten incluso sanos espíritus.[1] Y para que vuestros reproches tengan efectividad, debéis hacer historia vosotros mismos, verdadera historia, no encerrados en las bibliotecas y con veinte especialistas, sino ante el público, en público. Se os pregunta por el pasado inteligible, por la humanidad viva y verdadera: dejad de ofrecernos mementos escolares.

Tengo ante mí dos pequeños volúmenes con formato de novela.[2] Obras de un ensayista que intenta descubrir

1. ¿Habrá que recordar los ruidosos ataques de Paul Valéry (*Regards sur le monde actuel*, 1831) digamos contra la historia? Valen contra lo que el gran público llama historia, pero ¿es eso la historia? En este punto radica el verdadero problema.

2. Julien Benda, *Esquisse d'une histoire des Français dans leur volonté d'être une nation*, París, Gallimard, 1932, 271 págs. en 16.°. Charles Seignobos, *Histoire sincère de la nation française, essai d'une histoire de l'évolution du peuple français*, París, Rieder, XII-520 págs.

por su cuenta nuevos caminos y de un renombrado profesional de la pedagogía histórica. Ambos nos ofrecen una historia de Francia, con algunas semanas de intervalo. Con los escrúpulos, claro, que traducen las palabras *Esbozo* en uno y *Ensayo* en otro; pero, en cualquier caso, puede leerse en grandes letras negras o rojas: *Historia de los franceses* e *Historia de la nación francesa*. ¿Deberíamos interrumpir la prescripción? Veámoslo, sin prejuicios.

I

El ensayista es Julien Benda. No hay que recordar su afición por los combates ideológicos. Esta vez el analista un tanto triste de *Fin de l'Eternel* se dirige a los historiadores. Como otros, les reprocha sus silencios y entre tantos temas que callan les señala uno de cierta envergadura.

¿Cómo se ha ido formando a través de los siglos una gran nación —y en especial, esta nación francesa con más de veinte siglos ya de desarrollo histórico—? No se trata solamente del problema del patriotismo sobre el cual seguimos sin tener más que declamaciones o indicaciones mal entramadas. Se trata del problema fundamental de la nación afrontado a toda costa y con un vigoroso impulso. ¿Quién forjó la nación en el yunque de los siglos? ¿Sus jefes y sus reyes como se dice a menudo? ¿O la totalidad de sus miembros, formando cuerpos y grupos, animados por una oscura, pero potente voluntad colectiva? "La formación actual de los franceses como nación —responde el señor Benda— es el resultado de *una voluntad* que tuvieron, y que tuvieron tempranamente (pág. 16), y no, como enseña una cierta escuela, de una serie de transformaciones efectuadas por ellos, como mecánicamente, bajo la presión de fuerzas externas y al margen (al menos durante

siglos) de cualquier tendencia, incluso inconsciente, hacia el organismo que nos presentan".

Ya se ve la amplitud de la proposición y todo lo que en ella se encierra. Pero J. Benda no tiene la pretensión de volver a trazar los hechos en detalle. Él no es historiador y lo dice agudamente. ¿Su proyecto? Inquietar a los historiadores; obligarles a hacer el trabajo que él esboza y, principalmente, hacerles comprender su necesidad. Habría una forma absurda y desleal de criticar su libro: desmontarlo página por página, con la aspereza del pequeño comerciante de historia que teme la competencia legítima, que es la siguiente: recoger su esbozo, trazo por trazo, aprobar, criticar, corregir, modificar... Pero eso representaría esbozar por cuenta propia una "historia de los franceses". Nos limitaremos al examen de métodos e ideas al que nos invita el propio autor. Cree él que su tesis (pág. 32), encontrará dos clases de opositores: aquellos para quienes la historia es sólo obra de individuos; y los que declararán: "Vale para los tiempos modernos; pero para la Edad Media y la Alta Edad Media y los orígenes: no y mil veces no". Perdón, pero yo pido que se me inscriba en una tercera categoría.

Yo no soy de esos para quienes la historia "es sólo obra de individuos". En mi opinión, la historia es obra de los individuos y de los grupos, para decirlo de una manera muy general. El individuo histórico — lo he explicado en otro lugar —,[3] el *personaje histórico* más exactamente, se desarrolla en y por el grupo. Hay momentos en que se separa del grupo y le muestra caminos nuevos. Pero para llevar a cabo su obra — la de un fer-

3. *L'individualité en histoire, le personnage historique* (Troisième Semaine internationale de Synthèse), París, Alcan, 1933, en 16.°, pp. 123-138. Recuerdo también todo lo que se ha aportado al problema de las relaciones entre el personaje histórico y la colectividad en historia, en *Un destin, Martin Luther* (París, Rieder, 1928, en 16.°; 3.ª edición, París, P.U.F., 1951, en 8.°).

mento que hace crecer la pasta humana — es necesario que el individuo se sumerja de nuevo en el grupo, lo más rápidamente posible, que se reincorpore al grupo; y en ese caso hablamos de repliegue o retroceso utilizando el lenguaje cotidiano. Repliegue que el temporalmente evadido efectúa por sí mismo, por medio de sus discípulos o a través de su doctrina que la masa, tras un rechazo más o menos largo, seguido a veces de una aparente aceptación literal, sólo asimila, por último, después de haberla modificado, repensado a su modo y hecho todo lo asimilable que es posible, precisamente, para la masa...

Y soy todavía menos de los que os dicen con ingenuidad: todo lo que vive y cuenta en la historia de la humanidad data del "comienzo de los tiempos modernos". Creo haber entendido un poco nuestro siglo XVI. Pienso que si he podido dar una representación plausible en algunos puntos sobre el siglo XVI ha sido porque siempre he reaccionado con todas mis fuerzas contra la idea pueril de que era "un comienzo".

Mi actitud es simple. Quisiera pensar que es la actitud propia del historiador. Ante mí hay una tesis. Una tesis metafísica, se precisa.[4] Me importa poco. Por mi parte, sólo veo en ella una hipótesis de trabajo. Y me pongo a la tarea con mis útiles y mi técnica de tra-

4. "Esa voluntad de una colección de hombres que yo asimilo a una voluntad individual, la cual trasciende las voluntades de sus partes... es fundamentalmente un producto del poder de abstracción de mi espíritu, una noción de orden metafísico. Existe necesariamente en todo hombre que habla de la historia de Francia, de la voluntad secular de Francia... aunque los que emplean ese lenguaje profesan a veces el mayor desprecio hacia las nociones abstractas y pretenden 'no conocer más que los hechos'. El único valor de este escrito es quizá que siendo metafísico en él, sabemos que los somos" (Benda, pág. 39). Señalemos simplemente, de pasada, que entre las dos fórmulas "la historia de Francia" y "la voluntad secular de Francia" hay una cesura. Las dos no plantean problemas idénticos.

bajo. *¿Por* o *contra* qué? Eso son palabras mayores. El problema es el siguiente: ¿Bajo qué condiciones, históricamente hablando, y en qué condiciones puede considerarse que una hipótesis responde a una realidad?

• • •

"Yo creo —dice usted— que la voluntad de formar una nación existió en Francia no solamente en los tiempos modernos, en los siglos modernos, sino mucho antes". "Su creencia" y la "incredulidad" de sus contradictores no tienen importancia. Muéstrenos *cómo* pudo o no pudo ocurrir y le seguiremos.

"Yo no tengo más prueba —alega usted— (página 34) que el contento que, según los historiadores, parecen haber manifestado los franceses cada vez que se realizaba una de las condiciones por mediación de las cuales se forma poco a poco una nación: unificación territorial, progreso de la autoridad central, evitar las confiscaciones del extranjero". Me paro en seco ante esa última palabra: el extranjero. Según eso, ¿hay que pensar que "el extranjero" sería una noción constante a través de toda la historia de un país como Francia? Además de la "confiscación extranjera", J. Benda menciona (pág. 16) "la resolución que toma el extranjero de arrebatar sus tierras a los franceses". ¿Cómo podían representarse en realidad los franceses de la distintas épocas esta confiscación? "Esta fórmula puede traducir, tal cual, con el cortejo de ideas políticas y jurídicas que necesariamente la acompañan en nuestros espíritus, las maneras de ver y de sentir tanto de los contemporáneos de Clodoveo como de los soldados del año II, de los súbditos de Carlomagno, como de los *poilus* de 1914? Y las otras fórmulas, tan claras para nosotros, *unificación territorial y progreso de la autoridad central,* ¿no enmascaran, en una historia de Francia desde los orígenes hasta nuestros días, la ausencia de otras fórmulas,

las únicas inteligibles para generaciones enteras de esos franceses que "han hecho a Francia": sumisión a los señores naturales, respeto religioso a la persona sagrada del rey, parejos sentimientos sobre costumbres, hablas, concurrencias, devociones, etc?

Analice una vez más. Trace exactamente sus cuadros de ausencias y presencias. No está usted ante la Esfinge. No será devorado si no encuentra la palabra. Pero su trabajo será vano, su estocada no encontrará más que el agua clara, si nos pide a los historiadores que resolvamos problemas históricos a base de afirmaciones lógicas —o incluso, mediante llamamientos a los antiguos fondos de una "psicología de la nación" que se supone inmutable a través de veinte siglos y no mediante el estudio de las reacciones particulares de los hombres de épocas diversas, analizadas en sí mismas. Reacciones humanas, se entiende, y el hombre sigue siendo hombre. Reacciones de grupo en los que frecuentemente encontramos antepasados, que, en consecuencia, son parientes próximos nuestros en el tiempo. Pero en el tiempo, y *mutatis mutandis:* lo que hay que "cambiar" es enorme y ese amplio margen entre pasado y presente es precisamente nuestro campo, el terreno en que se debe investigar y actuar.

Usted escribe "nación". Pero ¿qué significa nación?, ¿de cuándo data la palabra?, ¿qué sinónimos la han acompañado?, ¿cómo distinguir entre ellos? Y ante todo ¿qué realidades han ido acumulando los franceses sucesivamente detrás de esas palabras? Desde el momento en que no se dice ni se intenta decir eso, para un historiador es como si no se hubiera dicho *nada*. Lo que usted ha hecho es solamente reforzar la tendencia a tomar las palabras más claras hoy para los hombres de hoy como confortables y seguros vehículos con que remontar el curso de los siglos, sin necesidad de cambiar nunca de sitio o de medio de transporte. Entiendo perfectamente que son constantes históricas. Y

no opongo el "atomismo" al "continuismo". Pero existen dos formas de sacar a la luz las constantes históricas: una, la metafísica; la de Bossuet, si se quiere, ya que Benda cita a Bossuet.[5] Otra, la histórica. Y no desconocemos una constante cuando investigamos lo que para un hombre del siglo XIII o XIV puede ser el equivalente de las ideas, sentimientos, reacciones de toda clase que significa para nosotros, hombres de 1933, la fórmula "resistencia a la confiscación extranjera", o también "a la resolución del extranjero en el sentido de ocupar las tierras de los franceses". Rehusamos, simplemente, poner un anacronismo en la base de una continuidad. Rechazamos la solución fácil que se da al verdadero problema: cómo se han expresado voluntades elementales en el seno de un mismo agregado humano, bajo qué formas sucesivas en el curso de las edades, a través de qué conjuntos dinámicos de sentimientos e ideas —voluntades que no se trata de pasear, vestidas con modernos oropeles, a lo largo de toda la historia cambiante de las edades desaparecidas.

* * *

En resumen: ¿cómo hemos de considerar los hombres del oficio ese libro lleno de curiosidades inteligentes, redactado por un obispo de fuera y dirigido, en parte, a los clérigos de la historia?

En primer lugar, como un documento sobre la situación del espíritu de un cierto público cultivado. Julien Benda "no admite" (p. 8) la objeción de que un gran historiador "precisamente a causa del inmenso número de hechos de todas clases que conoce, no aceptará nunca reducirlos a una idea simple". Y no concibe que

5. "El *continuismo* sistemático de Bossuet no es quizás un error tan grande como el atomismo no menos sistemático de Stendhal (obra citada, pág. 45).

"un gran espíritu científico" pueda renunciar deliberadamente a expresar su filosofía de científico, cuando tenga los medios para ello; no cree que un gran historiador "haga traición" si expresa su filosofía de la historia "con lo que ésta comporta necesariamente de arbitrario y poético". No hay que examinar minuciosamente esas fórmulas. Retengamos sólo su sentido general. Ellas justifican lo que escribíamos al comenzar este artículo.

Pero el libro de Benda es además otra cosa: una invitación a reflexionar sobre la frecuente y grave intervención en la historia de un cierto tipo de factores históricos "que los historiadores no tienen lo suficientemente en cuenta" (pág. 42). Por ejemplo, las voluntades de grupos que "trascienden la voluntad de los miembros del grupo". Es cierto. Ahí radica un problema importante. Problema que yo mismo he planteado más de una vez: [6] quienes pretenden conocer únicamente "los hechos"; quienes no se dan cuenta de que una gran parte de los hechos que utilizan no les es "dada" en estado bruto, sino que se crea y se inventa de alguna manera mediante el trabajo de erudición, derivado de centenares y centenares de testimonios directos e indirectos; quienes no se preocupan más que de una manera perezosa de los hechos establecidos ya, esos historiadores que se declaran prudentes y que en realidad no expresan más que su limitación, se sitúan, ciertamente, fuera de las condiciones primordiales de su oficio.

"El problema de saber con qué sentimientos la población media de las distintas provincias acogió su unión a Francia es el tipo de problemas que la historia no trata, por el hecho de que su sujeto es una humanidad oscura y anónima". Hay que prestar atención a esas palabras de J. Benda (pág. 12 n. 1). En realidad, yo no creo que

6. Principalmente en el artículo *History* de la *Encyclopaedia of the Social Sciences,* artículo escrito en colaboración con Henri Berr.

si nuestras historias de la unificación son principalmente historias políticas, diplomáticas y militares eso se deba a que las masas, los hombres "oscuros y anónimos" sean particularmente difíciles de conocer en la intimidad de sus sentimientos.[7] ¿Hay que pensar que estamos más seguros cuando se trata de los grandes y que es necesario distinguir lo que puede moverles en un sentido o en otro —ambiciones territoriales, rencillas familiares, relaciones de clientela, herencias de lealtad o rebelión?

En realidad, los historiadores se callan porque los textos no les proporcionan respuestas completamente elaboradas. Porque están demasiado acostumbrados, no a sacar de los textos lo que éstos no les proporcionan de entrada, sino a tomar lo que les ofrecen y tal como se lo ofrecen. Si en los archivos de los departamentos hubiera expedientes constituidos administrativamente por los prefacios del tiempo de Felipe Augusto o por los procuradores generales del tiempo del Luis XI y que llevaran de manera visible la inscripción "estado de la opinión pública", hace tiempo que los historiadores hubieran tratado el problema con esa especie de solicitud indiferente con que aceptan los temas tal como se les ofrecen. Pero es muy cierto que los historiadores son, muy a menudo, pasivos ante los documentos y que el axioma de Fustel (la historia se hace con textos) acaba por revestir para ellos un sentido deletéreo, por predicar la pereza de espíritu y la pasividad.

La historia se hace, en primer término, con el sentido y el apasionamiento por la historia; con ese conjunto de aptitudes especiales que califica por sí solo para el buen ejercicio de un oficio intelectual. Y no deja de ser extraño que esas aptitudes se reconozcan cuando se trata de un matemático o de un filósofo,

7. Esa es sin embargo la opinión de Ch. Seignobos. Ver más adelante el esbozo de una discusión.

mientras que en nuestras universidades nunca se ha conseguido (si se hubiera pensado en ello) disuadir a un "no apto para la historia". ¿No es motivo de escándalo para muchos exigir, ante todo, "el don" del historiador?

Primero espíritu, después cultura. La historia no se hace sin un mínimo de conocimientos positivos perfectamente adaptados a las necesidades del historiador. Y tampoco —añado— sin un material del que nadie tiene derecho a dar preventivamente un inventario limitativo, porque precisamente una de las formas de elección de la actividad histórica consiste en multiplicar sus elementos, en descubrir que cuando no se tienen textos puede sacarse mucho provecho del estudio agudo de los nombres de los lugares, del examen comparado de ciertos grupos de palabras, o incluso de la forma en que estén repartidos distintos tipos de sepulturas, de la expansión de un modo de construcción, de los nombres de santos que llevan las iglesias, de ritos religiosos, de formas jurídicas, de ceremonias y costumbres y qué sé yo cuantas cosas más. Hay que ser ingenioso. Ser activo ante lo desconocido. El trabajo propio del historiador es suplir, sustituir y completar.

El historiador sólo tiene un objetivo. Saber es sólo un comienzo. Juzgar, no. Prever, aún menos. Se trata, efectivamente, de comprender y hacer comprender.

II

El libro del ensayista precedió en un año al libro del profesor. Al ver este último en los escaparates uno podría decirse: "Vaya, ¿se habrá conjurado la mala suerte? ¿Por fin un historiador con conocimiento de causa contesta a la pregunta de Julien Benda?" Se abre el volumen. Quisiera decir con toda sencillez por qué una vez leído algunos se vieron obligados a con-

fesar que se habían equivocado, que en lugar de una verdadera "historia" se trataba una vez más de un manual escolar muy hábilmente hecho por lo demás y convenientemente tradicionalista, que, en fin, el libro con que soñaban sigue estando por escribir. Con toda sencillez y sin la menor reserva mental por mi parte: por encima del libro, lo que yo ataco no es a un historiador, sino a una cierta concepción de la historia; una concepción que durante años, a través de sus funciones, su influencia personal y sus escritos, el señor Seignobos ha defendido con potentes medios;[8] una concepción que yo rechazo con todo mi ser y a la que considero responsable en parte de esa especie de descrédito, injusto y justificado a la vez, en que ha caído con mucha frecuencia la historia a los ojos de los "laicos". Una cierta historia, de la cual, precisamente, Seignobos ha venido a darnos en el libro que nos ocupa una nueva y significativa muestra.

Vamos, pues, a allanar dificultades y tratar rápidamente dos o tres cuestiones que uno no debe despreciar ni amplificar. Ya se adivina que se trata en primer lugar del título. Título desagradable —y pido perdón al autor y a su cómplice, Ch. V. Langlois, cuyo testimonio póstumo aquél invoca—. ¿Lanzó una moda el sabio profesor de la Sorbona? ¿Veremos mañana a Antoine Meillet anunciar, rivalizando con él, una *Exposición sincera de los caracteres generales de las lenguas germánicas* o a Georges Dumas anunciando un *Tratado sincero de las emociones*? Poseemos ya una *Geografía cordial de Europa*, pero no es obra de un geó-

8. Lo cual, entre paréntesis, hace bastante sorprendente sus recriminaciones contra "la versión de la historia de Francia recibida en la enseñanza" (pág. 12). Porque, al fin y al cabo, durante años los *manuales Seignobos* tuvieron en la enseñanza una gran audiencia y enorme posibilidad de introducir en el espíritu de los niños una versión satisfactoria — quiero decir que satisfaga a Seignobos.

grafo. Entre paréntesis, epíteto por epíteto, yo hubiera preferido que Seignobos intentara proporcionarnos una *Historia cordial de la nación francesa*. Pero no nos ha dejado alternativa. Y ya que él va a cosa hecha, por qué no decirle abiertamente: "¿Qué nos importa a nosotros su sinceridad?"

La sinceridad es un asunto entre su conciencia y usted mismo. Usted que habla de ciencia y de espíritu científico, abra uno de esos excelentes libros en que toda la finura de una sociedad pulida y cortés parece condensada en fórmulas exquisitas; abra los *Synonymes françois* del buen abate Girard, que yo nunca devuelvo sin agradecimiento a su lugar correspondiente en la biblioteca; podrá usted leer allí: "La sinceridad impide decir cosa distinta de lo que se piensa. Es una virtud".[9] Pero, precisamente, la historia no se preocupa de la "virtud" en quienes la hacen. Y usted desvía el problema. ¿Es un deber no decir cosa distinta de lo que se piensa? Quizá lo sea del hombre privado, pero ¿con respecto a quién y a qué?; con respecto a sí mismo; a sus "opiniones": en definitiva, con respecto a su Yo más personal y más claramente individualizado, a su Yo militante, enteramente comprometido en las pasiones del siglo, en los lazos del oficio, de la clase, del partido político, de la religión o de la incredulidad. Será usted "sincero", pero con respecto a usted mismo, a sus formas privadas de pensar y de sentir (Littré art. *Sincero:* "el que expresa con verdad lo que piensa, lo que siente"). En realidad, es el peor de los subjetivismos. Sea usted *verídico* frente a los documentos que utiliza, frente a los hechos con que trabaja, pero no sea *sincero* en el sentido en que Littré define, tras el abate Girard, la inoportuna palabra que usted emplea.

9. Utilizo la edición de París, 1780, aumentada por Beauzée (dos volúmenes en 12.°); el artículo *Sinceridad* (comparado con *Franqueza, Candidez, Ingenuidad*) se encuentra en el tomo primero, pág. 386 (artículo 341).

Ése es el mayor servicio que se puede prestar a una historia del espíritu científico.

• • •

Historia "sincera" y por tanto "intrépida": la pendiente de las virtudes es deslizante. Escuchemos lo que dice Ch. Seignobos en el prólogo: hablará "sin reticencias, sin deferencia alguna hacia las opiniones recibidas, sin consideración hacia los convencionalismos oficiales, sin respeto por los personajes célebres y las autoridades establecidas". La gran promesa. ¿Resultado de tanta audacia? Tres o cuatro ingeniosidades en 520 páginas.

Aquí tenemos a Vercingetorix en el Mont-Auxois. Siempre alerta, Charles Seignobos trepa por el triste pedestal del vencido de Alesia y se dedica a tirarle audazmente de los bigotes (pág. 30). ¡Un héroe nacional! Para otros. ¿De qué nos sirve el invento de "patriotas retrospectivos"? No había "nación" en la Galia en tiempos de Vercingetorix: afirmación perentoria que, evidentemente, basta para echar por tierra las conclusiones contrarias de una *Historia insincera de la Galia* a la que, como todo el mundo sabe, consagró su vida Camille Jullian. Puesto que "los galos no formaron nunca una nación", Vercingetorix no pudo haber sido el héroe nacional de los galos. q.e.d.

No parece que en este punto Seignobos tenga una idea precisa de lo que debe entenderse por "nación"; naturalmente, tenía que sacar partido de esta precisión, como vamos a ver, a la hora de hacer el proyecto de su libro. No hay que preguntar tampoco lo que "de verdad" fue Vercingetorix. "Un jefe de Arvernos que había servido en el ejército romano", respondería Seignobos (pág. 30) y que al estallar un "levantamiento general" en la Galia (*general*, no *nacional*, está claro) acogió la petición de acaudillar "una liga en guerra

contra los invasores extranjeros". ¿Un comandante en jefe de las tropas interaliadas, en definitiva? Entonces califiquemos a Vercingetorix de "héroe polinacional de los galos" y no hablemos más. Los "patriotas retrospectivos" podrán ver en ello una promoción y la sinceridad de Seignobos se llenará de satisfacción.

Tenemos también el caso de Juana de Arco... Estaba previsto. ¿Encarnación del patriotismo? ¡Vamos, hombre! Eso son bobadas a lo Michelet, que no tenía método. (Lo que no impide que la única Juana de Arco inteligible con que contamos siga siendo hasta el presente la Juana de Arco de Michelet.) ¿Juana de Arco? Una partidista sin más (pág. 201). "Su lealtad se dirigía al rey de su partido más que al rey de la nación francesa." Lo que no es nuevo y sí simple; tan simple que apenas lo entiendo. Así es que si uno de los partidos, el borgoñón, hubiera aparecido como aliado del extranjero, ¿no hubiera sido precisamente ése el de Juana? Pero lo que yo no entiendo es, ante todo, eso de rey de un partido, rey de la nación. Lo que yo quisiera saber es qué representaba en aquella época el rey de Francia en la común opinión de los hombres. Ahí radica todo el problema.

Porque a un historiador no se le exige (salvo en los periódicos cuando se le hace una entrevista; pero en ese caso no se trata ya de historia) que responda con un sí o un no a la pregunta de si Vercingetorix y Juana de Arco merecen el título de "héroes nacionales". Se le exige que explique cada uno de esos personajes históricos. No es culpa mía si el profesor de historia me incita tras lo "metafísico" a pensar de nuevo en "resistencia ante el extranjero". Lo que yo quisiera saber es qué ideas y sentimientos, sin duda, radicalmente diferentes de nuestras actuales ideas y sentimientos, imprimía esta fórmula en el espíritu de los galos sublevados "generalmente" contra Roma. Y en consecuencia, ¿qué encarnaba el jefe común de esa

resistencia? Y también ¿qué había tras la lucha de los "Armagnacs" de los tiempos de Carlos VII "contra las bandas al servicio del rey de Inglaterra"? En definitiva, lo que yo pido al historiador es que me enseñe lo que animaba en la lucha a Juana y sus compañeros, lo que significaba para ellos el rey que combatían y el rey que defendían. Y si el historiador no puede satisfacer mi curiosidad, que diga por lo menos: "He investigado. Aquí están los problemas que me he planteado. No he descubierto nada; quizá mañana otro, con más suerte..."

Hay que dejar la puerta abierta siempre. Y poner las cosas en su sitio, no echarlo todo por tierra. Hacen falta programas para realizar encuestas y no ingeniosidades para molestar a X... o cantar las cuarenta a Y... La sinceridad es cosa de usted. Sentido histórico es lo que hace falta. Quiero decir, un esfuerzo constante, tenaz, desesperado para entrar y hacer entrar al lector en la propia piel de los hombres de antaño.

* * *

Dicho eso, ¿cuál fue exactamente la intención de Ch. Seignobos? ¿Qué ha querido proporcionarnos? *Historia de la nación francesa*, responde el título. Es precisamente lo que reclamaba Benda —Julien Benda cuya tesis se opone tan categóricamente a la tesis de Ch. Seignobos [10] y que no deja ninguna duda sobre lo

10. Recordemos su opinión: la nación no es el resultado de transformaciones "mecánicas" efectuadas bajo la presión de fuerzas externas. Pero Seignobos afirma en la primera frase de la primera página: "La evolución de una nación depende de las condiciones materiales en que ha vivido". Es cierto que la continuación desmiente inmediatamente esta afirmación de la gloria del "medio ambiente": porque además del medio existe "la raza"; porque el medio "no opera de la misma forma sobre todas las poblaciones"; porque "la naturaleza sólo produce sus efectos en

que entiende por nación —. Dice Seignobos: "He querido hacer un esbozo de historia de la evolución del pueblo francés". Por tanto ¿pueblo francés igual a nación francesa? ¿Es así, con seguridad? —"Mostrar en qué momento, en qué lugar y por qué motivos se crearon las costumbres, las instituciones, las condiciones de vida que, en mi opinión, constituyen el fundamento de la nación francesa…" ¿No estamos lejos del sentido que Benda da a la nación, en plena "historia de la sociedad" o de las sociedades que constituyeron los franceses de todas las condiciones, de todos los estados, de todas las culturas en épocas diversas, con el fuerte dirigiendo al débil, como dirían los fiscales? Pero incluso esto ¿es así, con seguridad? En cien pasajes, Seignobos pone de manifiesto una concepción muy mayoritaria de su "nación francesa". Es la masa la que le preocupa. En virtud de un razonamiento singular y que revela la más extraña concepción del papel de las ideas y de la forma en que éstas se propagan, Seignobos sacrifica las artes, las ciencias y las letras.[11] Ofre-

---

aquellos sitios donde los hombres consiguen hacérselos producir". Sabias reservas, pero entonces ¿por qué el trompetazo del principio y por qué ese resumen tan triste que sigue para gloria de los adelantos materiales del suelo francés?

11. Obra citada pág. X: "Pido perdón por haber relegado a un lugar secundario las letras, las artes, las ciencias; es muy cierto que su acción no pudo haber sido grande sobre la masa de la nación que apenas conocía su existencia". ¿Es cierto? Seignobos exagera, pero nuestro artículo es ya demasiado largo. Pues bien, sea: no cite usted ni a Buffon, ni a Lavoisier, ni a Lamarck, ni a Cuvier, ni a Claude Bernard, ni a Pasteur, ni… (me harían falta veinte líneas para enumerar todas las exclusiones en una historia en la que sólo se tienen en cuenta "los hechos más importantes por sus consecuencias"; pero entonces déjenos usted tranquilos con Baluze, Budé, Casaubon, etc.… Déjenos usted tranquilos con el salón de Mme. Geoffrin sobre el que me pregunto horrorizado si fue "más importante por sus consecuencias" que la obra científica, las ideas propagadas, los "géneros de vida" instituidos por hombres del temple de los que yo enumeraba hace un momento — Berthelot y su química por ejemplo.

ce, en cambio, los hechos de la vida cotidiana: ¿no constituyeron siempre "el interés principal de la vida de la enorme mayoría de los individuos"? Entonces ¿qué? Uno se pierde en todo eso. ¿Historia de la nación, del pueblo francés, del pueblo de Francia o de las masas populares? ¿Es un buen ejemplo esa zarabanda, desde el principio, en un libro destinado a la educación pública?

* * *

Al margen, hay también algunos puntos sorprendentes. Y que se multiplican desde el momento en que entramos en la Edad Media.

A Ch. Seignobos no le gusta la Edad Media. Está en su perfecto derecho de hombre privado, si no de historiador. La considera pueril y se compadece por su "ingenuidad"; el epíteto se repite hasta la obsesión en las veinte líneas que dedica a la religión de los hombres de la Edad Media (pág. 186): fe ingenua, trasposición ingenua; imaginación ingenua. En conclusión: cristianismo ingenuo. Me hace desconfiar. Cuando resolvemos la cuestión así, con una palabra, ¿no seremos nosotros los ingenuos? Pero dejémoslo. Hace tiempo, cuando salía de las lecciones de Fustel, el señor Seignobos se ocupó de la Edad Media en una tesis sobre el régimen feudal en Borgoña. Me pregunto si esto de ahora no es peor. Nunca se olvida lo que se ha creído saber por los alrededores de la treintena; y para tratar hoy las cuestiones que ocupaban a Seignobos hace cincuenta años ¿cuántas nociones recibidas en los años 80 y 90 no habría que olvidar?

Así pues, los cuatro capítulos que el autor dedica por orden de precedencia a los villanos, a los nobles, a los burgueses y a los clérigos, satisfactorios si se les data en 1895 o 1900, no están ya al día en 1933. En particular en lo que se refiere a las ciudades y a la

burguesía, los citados capítulos dejan ver demasiado que el autor no ha seguido el trabajo intenso (y muy vivo en sus sucesivas profundizaciones, retrocesos, contradicciones y ampliaciones) que se ha ido haciendo sobre estas cuestiones un poco en todas partes, pero, principalmente, en Bélgica con H. Pirenne y sus discípulos; en Francia mismo con Georges Espinas y algunos otros (a pesar de la abstención, denunciada frecuentemente, de nuestros historiadores universitarios). Ante todo, los prejuicios tan claros como "sinceros" de Seignobos le llevan a pintar a veces con extraños colores a sus héroes colectivos. Cuando, para tomar un ejemplo entre veinte, afirma que "el noble sólo se interesaba por sus tierras en cuanto que fuentes de ingresos", ese acceso de materialismo económico larvado ha de desconcertarnos por fuerza.[12] Y lo mismo cuando traza (pág. 177) el siguiente cuadro de "la vida en las ciudades" en el siglo XVIII: "La vida urbana difiere profundamente en esta época de la vida en el campo. El cerco que defiende a los habitantes contra el exterior les obliga a vivir apiñados en un espacio muy reducido... Apenas salen de él; el campo no tiene nada que les atraiga (?), está desprovisto de casas (?) y árboles para poder vigilar los alrededores; en el campo no tendrían seguridad; ni siquiera hay ninguna huella que muestre que iban a pasear al campo". ¿Se imagina Seignobos hasta qué punto este esbozo deja es-

12. El "noble", dice (y espero que no se trate de una de esas abstracciones personificadas, como "el francés" o "el alemán" ante las cuales, según nos cuentan sus alumnos, el maestro tenía fobia, el "noble" ¿deberíamos traducirlo, supongo, por "el señor"? Pero perpetuar de esta manera una confusión deplorable no es la forma de educar a su público. Y ante todo ¿en qué se apoya esa fórmula tan tajante? "El noble sólo se interesaba por su dominio en cuanto posición estratégica": la afirmación sería tan plausible – y tan gratuita – como la de Ch. Seignobos. Por una vez ¿no habrá el prudente profesor "colmado las lagunas... de sus conocimientos... mediante razonamientos fundados en generalizaciones imprudentes"?

tupefactos, incrédulos y desconcertados a los lectores que saben cómo, aun en el siglo XVI, ciudad y campo se penetraban íntimamente en lugar de volverse la espalda, y que se representan en esas ciudades ya relativamente "modernizadas" el continuo vaivén de las aves domésticas, de los perros, de los caballos, el paso de cerdos revolcándose en plena calle, la reunión cada mañana por el pastor comunal de los rebaños de la ciudad o del barrio y su retorno por la tarde a través de calles estrechas entre el ladrido de los perros y los mugidos de los animales? Para no hablar de la espera desde el amanecer, ante las puertas aún cerradas, de los vendimiadores con la azada al hombro, de los burgueses con sus aperos en la mano que, una vez despertado el centinela y bajado el puente levadizo, marchan hacia las viñas y los huertos mientras que los campesinos, en un movimiento inverso, llegan a la ciudad con sus haces, sus frutos, sus gavillas de paja.

¿Es un sueño mío que en aquellos tiempos en que el numerario, tan escaso, se extraviaba muy poco en las faltriqueras del común, el ideal de los pequeños burgueses era necesariamente, no aprovisionarse en los grandes almacenes (¡más bien escasos!) y gastarse en ellos el dinero que no tenían,[13] sino poseer, explotar o hacer

13. Ch. Seignobos dedica a los hechos monetarios algunas anotaciones esporádicas. Pero quedan al margen de su texto y de su espíritu. Seignobos no piensa económicamente. Desde el punto de vista doctrinal, sus intentos en este campo no han sido felices; en el terreno de los hechos ni siquiera se puede hablar de intentos. Mostramos al campesino medieval (sin ninguna otra especificación) como "encerrado en el horizonte de su pueblo, privado de cualquier posibilidad de cambiar su condición, sin dinero ni conocimiento para mejorar sus cultivos", es amontonar en dos o tres líneas una extraordinaria cantidad de anacronismos. ¿Estaba el campesino "encerrado"? ¿Es que Ch. Seignobos no encontró nunca en los textos ese prodigioso ejército de vagabundos, fugitivos, errantes, nómadas que corrían por los campos, frecuentaban los bosques, respondían al llamamiento de los que se dedicaban a las roturaciones y se

explotar los tres o cuatro jornales de tierra, lo más cerca posible de su pueblo, que les proporcionaban su trigo y su "bebida" y, si era posible, su cáñamo para la ropa? ¿He soñado yo que en la ciudad subsistían amplios espacios vacíos, los jardines, los cercados, los prados y las viñas? "El campo no tiene nada que les atraiga." Quizás estéticamente no; hay que vivir antes de contemplar y, como suele decirse, "la belleza no se come con cuchara". Pero lo que produce el campo atrae y mucho. "¿No iban al campo a pasearse?" Evidentemente. El camping no data precisamente del siglo XIII. Pero iban a "laborar" *(labourer),** en el viejo sentido de la palabra; y a negociar; y también a recoger, en abril, las majuelas y las violetas. ¿Quién puede considerar cerrados ante lo que denominamos el sentido de la naturaleza a esos hombres que modelaron, para delectación de sus contemporáneos y glorificación de un dios creador de bellezas naturales, las siluetas de guadañeros y segadores de los calendarios de piedra que existen en nuestras viejas iglesias? Y mientras tanto,

---

adentraban en esos terrenos forestales que constituían en el seno de un país como Francia enormes colonias de población. Entre otras mil, dedico a Ch. Seignobos esa frase que ponía yo ayer de manifiesto en la tesis de un geógrafo, M. DEFFONTAINES, sobre los hombres y sus trabajos en las comarcas del Garona medio. Concluía un largo estudio con esta fórmula: "Un país repoblado sin cesar". ¿Quién de nosotros que conozca una región de Francia no la haría suya? Desde luego, no voy a ser yo, hijo del Franco Condado y del Jura (el Jura, esa colonia poblada en el gozne de varios mundos). Y para colmo, en cuanto a añadir que el campesino, si hubiera tenido dinero y... los consejos del profesor departamental de Agricultura habría podido mejorar sus cultivos en el siglo XIII, mientras que antes se nos ha explicado más o menos precipitadamente (pág. 130) el sistema de las servidumbres agrarias (aunque parece claro que no se ha *realizado* en su espíritu, ¿representa eso una contribución a la extensión de ideas sanas y justas?).

* Juego de palabras de difícil traducción. *Labourer* significa a la vez "labrar" y "trabajar". *(N. del T.)*

meditando ante sus cofres cerrados con candados, los grandes mercaderes debían soñar en los señoríos que un día adquirirían…

¿Divorcio entre ciudad y campo? ¡El bello tema de historia comparada,[14] la hermosa ocasión perdida! Sería necesario poner el dedo en la llaga para creer en esa profunda diferencia que, desde este punto de vista, separa a un país como Alemania donde las ciudades, aislándose efectivamente y amurallándose celosamente, brillan poco en un campo llano, extraño por completo a las ciudades, debido a su estatus político, a su derecho, a su incultura, y que se venga haciéndolas impotentes, y un país como Francia donde los campos se urbanizaron tan pronto y asimilaron lo que pudieron del derecho urbano, creando esta civilización relativamente homogénea y coherente que fue desde los primeros momentos uno de los trazos distintivos de nuestro país.

No, la Edad Media, en verdad, no coincide con la visión de Charles Seignobos.

• • •

Además de las interrogaciones y las exclamaciones, ¿no debería haber también *sobresalientes* al margen? Con seguridad. Pero yo no los colocaría donde tantos críticos competentes —periodistas, políticos, moralistas y demás— nos han enseñado que conviene ponerles cortésmente.

14. A despecho de afirmaciones teóricas, Ch. Seignobos (y eso no nos sorprende en absoluto) no ha conseguido de ninguna manera zambullir de nuevo la historia francesa en la gran bañera de la historia occidental en la que hubiera habido que dar al público la impresión de que dicha historia se baña, tratándose de un libro de vulgarización y educación popular. Releamos el discurso de Pirenne sobre la historia comparada y la exposición de Marc Bloch sobre las condiciones de esta historia (*Revue de Synthèse Historique*, tomo XLVI, 1928).

"¡Oh maravilla, historia sin protagonistas! ¡Si buscáis a Mirabeau en el capítulo dedicado a la Revolución no le encontraréis. Tampoco está Danton; ni Carnot, Vergniaud, Desmoulins, Hébert...! ¡Qué magnífica osadía!" Grandiosidad aparte, es cierto. Pero antes de exclamar "milagro" recordemos que Seignobos hizo sus primeras armas bajo la enseñanza de Fustel. Y que ya el autor de *La Cité antique* enseñaba que el único agente de los fenómenos sociales es la multitud, aun cuando la democracia no haya acabado de acostumbrarse a saludar en él a uno de sus padres. Y uno puede cerrar las *Institutions de l'ancienne France* sin haber aprendido nada sobre Dagoberto, Carlomagno, Ludovico Pío o Carlos el Calvo. Ni siquiera su nombre.

Pero, ¿y la preocupación por los hechos de la vida cotidiana —hechos que Seignobos enumera, por lo demás, de una forma un tanto singular: alimentación, vestimenta, hábitat, y luego, costumbres familiares y... el derecho privado, en apéndice—? Ciertamente, habría mucho que hablar sobre la forma en que son no presentados sino enumerados por un autor que se diría deseoso de dejar cuidadosamente en la ignorancia a sus lectores sobre todo lo que preocupa a su alrededor a geógrafos, historiadores, economistas, folkloristas, juristas en pleno trabajo. "El campesino habitaba corrientemente una choza pequeña, húmeda, sombría... construida muy frecuentemente con listones (?) de madera y arcilla, etc." A eso es a lo que conducen (pág. 140) cincuenta años de estudios sobre el hábitat en Francia, todo lo que sabemos sobre la extrema variedad de las formas, de la disposición y del modo de construcción de las casas rústicas en las distintas partes del país, todo el complejo de apasionantes problemas que se plantean a este respecto... ¿Podría pintarse con otros colores al campesino y la choza en el momento del romanticismo deshonrado de Seignobos?

Continuemos: "El campesino se alimentaba princi-

palmente con gachas, pan negro, centeno, legumbres muy poco variadas, tocino y queso". Gachas, sí; pero ¿y las sopas? (de cocciones ácidas o dulces). Pan, sí; pero ¿y las simples galletas? Y además ¿gachas de qué? Me inquieta una frase: "legumbres muy poco variadas". Así es como queda enmascarado ese importante hecho de la historia de la alimentación como es la disminución constante del número de plantas alimenticias recolectadas en un mismo lugar. Un amplio esfuerzo de simplificación y mejoras ¿no condujo poco a poco al hombre a despreciar un número progresivamente creciente de las plantas a recoger, o de plantas cultivadas con menor valor; a reducir a una sola, el trigo candeal, la numerosa variedad de cereales panificables utilizados antiguamente; y finalmente, a remplazar las gachas de mijo y alforfón, las galletas y sopas de toda especie, todavía en pleno uso en Francia en el siglo XVIII, por una alimentación cuyas bases vegetales son el pan de trigo y la patata? Todo lo cual coincide con un movimiento inverso, cada vez más rápido: la creación de una amplia red de circulación mundial que lleva a la mesa, no solamente de los ciudadanos ricos, sino de los obreros y los campesinos, provisiones cada vez mayores de legumbres y frutas nuevas que llegan de las cuatro partes del mundo.

A fin de cuentas, retroceso, estabilización, ampliación, progreso cualitativo. Todo eso es lo que usted debería decirnos y esbozar su esquema. Y cuando usted señala la aparición de los ferrocarriles debería dedicar al menos una palabra a señalar que éstos condujeron progresivamente a los franceses a no vivir exclusivamente en los límites de su tierra. Y cuando usted habla de la Edad Media debería dedicar una palabra, una sola, a decir que la alimentación francesa no es uniforme y exclusivamente francesa; que los hechos capitales desbordan los límites de Francia —y que, frecuentemente también, no se extienden por toda Francia; que alimenticia y cu-

linariamente hablando, hay algo más que la Francia del aceite y de la mantequilla (¡cuántas cosas habría que decir sobre la mantequilla!); que en Francia existen regiones culinarias lo mismo que regiones lingüísticas… o regiones vegetales.

Dicho esto, añado: no, la preocupación por las cosas de la vida cotidiana en un historiador francés no data de 1933. El viejo Monteil (Amans-Alexis), para no remontarnos más lejos, exploraba ya estas tierras desconocidas cuando componía, a partir de 1827, su *Histoire des Français de divers états*. Y más próximo a nosotros y a nuestros métodos, el excelente Rambaud, cuando compilaba su *Histoire de la civilisation française*, de la que tanto aprendí yo cuando tenía catorce años.

* * *

Hechas estas reservas, en el libro de Seignobos hay cosas buenas. No grandes cosas. Quiero decir que no hay esas amplias hipótesis que, agrupando millares de pequeños hechos dispersos, los aclaran mediante su aproximación y suscitan todo un fecundo trabajo de verificaciones, destrucciones y reconstrucciones; o sea, la vida propia de una ciencia y de sus científicos. Hay, en cambio, pequeñas reflexiones incisivas, formadas en el cuño de un buen sentido, un tanto corto, vigoroso y cáustico en sus límites. La forma y el tono son a menudo más negativos que positivos y más descorazonadores que entusiastas: es el sino de Seignobos. Sus buenas hadas madrinas no le han querido indicar alegremente los caminos nuevos, ni excitar a los viajeros a la osadía, ni a los aventureros a los descubrimientos. Burlarse del entusiasmo; enseñar que al poner un pie delante de otro se corre un gran peligro (caer en un hoyo, hacerse un esguince, romperse la nariz…) y por último colocar postes de alerta a todo lo largo del camino real de los es-

tudios históricos (y especialmente en las encrucijadas y en las bifurcaciones): "¡Atención, peligro de muerte!" Todo eso, sí es su triunfo. Que no es demasiado.

Así pues, ahora podemos ir directos al hecho. Seignobos no escribió en absoluto un libro por el vano placer de gastar papel. O yo me equivoco totalmente sobre su intención, o se propuso crear un libro de educación popular susceptible de amplia difusión. ¿Hay que suponer que se trata al mismo tiempo que de un libro de educación, de un libro de iniciación a la historia, a sus métodos, a su espíritu, a su objeto? ¿Qué decir de la *Historia sincera*, considerada desde este doble punto de vista? Que es, en verdad, desconcertante. Y en primer lugar por su conformismo. Porque este libro es tradicional de cabo a rabo.[15]

Seignobos se ha inspirado para la concepción de su tema en el dominio público. A lo largo de todo su libro hace de Francia "algo ya hecho", un lecho predestinado que con todas las mantas providencialmente arropadas, desde la primera página de la *Historia sincera*, espera que el elegido se acueste en él. Y sin embargo, ¿he soñado yo que hace treinta años Vidal de la Blache en su *Tableau* planteó magistralmente el verdadero problema: investigar cómo y por qué regiones heterogéneas, a las que ningún decreto nominativo de la Providencia designaba para que se unieran en un determinado conjunto, acabaron, sin embargo, por formar ese conjunto, que, en sustancia, captamos por vez primera en los textos de César que designan a partir de sus "límites naturales" una Galia, prefiguración aproximativa de nuestra Francia?

Pero formar un conjunto tal es mucho y no es nada. Porque no sirve mas que si se mantiene. Podrían haberse constituido cien conjuntos diferentes, y temporalmen-

15. Indiquemos simplemente que, al ponerse a la venta, una faja prometía en cada ejemplar: "La Verdad contra la Tradición".

te se han formado otros tantos que no han sido duraderos y que nosotros despreciamos porque la historia sólo tiene en cuenta las conquistas ¿Cómo y por qué, a pesar de tantas "ofertas", como hubiera dicho Lavisse, a pesar de tantos intentos fracasados de naciones franco-inglesas, o franco-ibéricas, o franco-lombardas, o franco-renanas, entrevistas como posibles, o incluso a veces realizadas temporalmente en los hechos, cómo y por qué, repito, la formación de la Galia, después de muchas tormentas consiguió siempre reaparecer y reagrupar en torno a un germen (cuya noción fecunda no aparece en ninguna parte en el libro de Ch. Seignobos) los *membra disiecta* que los acontecimientos que nosotros calificamos de "azares" se habían disociado temporalmente del conjunto? En efecto, ¿no hubo en eso más que "la determinación mecánica de acontecimientos externos" o bien, por el contrario, deben tenerse en cuenta otros factores como los que J. Benda quería sacar a la luz? E incluso cuando hablamos de *franceses* desde el umbral de una llamada historia "de Francia" y cuando seguimos hablando de ellos a lo largo de esta historia, ¿tenemos razón? ¿No deberíamos preocuparnos por decir quiénes son esos franceses en cada época y por precisar a qué llamamos franceses en una determinada fecha, a quiénes excluimos de Francia y cuáles eran los sentimientos de los excluidos, de los franceses separados en los puntos importantes que estamos considerando?

Es cómodo escamotear un problema. Pero sigue existiendo la cuestión que hay que enunciar si quiere darse al público una lección real de *independencia de espíritu*. Es el problema que Vidal planteaba como gran geógrafo y Benda como apremiante metafísico. Y que Seignobos ha rehusado plantear como historiador. Porque la misma noción de problema le es tan extraña como repugnante la de hipótesis. Nueva fidelidad a las ideas de siempre.

La virtud cardinal del historiador es el sentido del movimiento. Negarse a tomar como postulado una especie de necesidad perpetua de las naciones y de las formaciones políticas cuya permanencia de derecho se supone a través de los siglos. Gusto por la vida que no es más que construcciones y demoliciones, reuniones y dislocaciones. Aun siendo antiguo, ¿no está lleno de buen sentido ese texto que recuerda tan bien al historiador la perpetua relatividad de su labor?: "Las sociedades perecen; de sus ruinas nacen sociedades nuevas; leyes, costumbres, usos, hábitos, principios incluso: todo ha cambiado... *Francia debe recomponer sus anales para relacionarlos con los progresos de la inteligencia*". ¿Es eso el espíritu mismo de la historia? Sí. Y definido por Chateaubriand.

Y EN TODO ESO ¿DÓNDE ESTÁ EL HOMBRE?

SOBRE UN MANUAL

Machacamos. Insistimos. Damos la impresión de estar irritados. ¿Contra hombres? Claro que no. Los hombres ejecutan con plena consciencia el programa que se les ha trazado y que ellos han aceptado. Hacen la historia que se les ha enseñado a considerar como historia. Pero esa historia para nosotros es inoperante. ¿Cuestión de método? ¿Cuestión de temperamento, también? En cualquier caso, conflicto claro, oposición abierta entre dos escuelas.

Pues bien, aquí tenemos otra vez uno de esos manuales que tan a menudo provocan nuestras reservas. El título es atractivo: *Démocraties et capitalisme*. ¡Cuántos problemas! ¡Cuántas reflexiones trágicas, en verdad, sobre esos dos tomos de extensión desconcertante! ¿Cuántas lecciones críticas y positivas podrían darse a los jóvenes e incluso a los viejos, si por casualidad, atraídos por las promesas de un bello título abrieran con ferviente curiosidad este grueso libro de aspecto simpático?

Abrámoslo, pues. Si no me equivoco es el penúltimo de los volúmenes que faltan para completar la colección *Peuples et Civilisations*.[1] Trata de Europa y

1. París, Presses Universitaires, 1941; 640 págs. en 8.° (Col. *Peuples et Civilisations*, vol. XVI).

del mundo entre 1848 y 1860. Y lo hace como un manual. Con prejuicios y olvidos igualmente singulares (en lo que respecta al objeto de nuestros propios estudios).

No es que pase por alto el lugar que corresponde a la economía. Describe la "revolución de los transportes" y los progresos de las técnicas industriales; anuncia el advenimiento del crédito; pero de la estructura social de los pueblos y de las naciones ni una palabra. Las cosas sí, por supuesto. ¿Los hombres?, ¿qué se les habría perdido en los talleres de Clío?

Así, pues, ni una palabra sobre la evolución de las burguesías en un período tan rico en hechos sociales. Nada sobre la evolución de las masas artesanales y obreras de la misma época. Nada sobre el conflicto vivo y carnal de las ideas que encarnan en los hombres y en sus pululantes y contradictorias agrupaciones. Cuenta, enumera, recensiona incansablemente. Una muestra, página 201: las "calderas de Belleville" y los "recalentadores Farcot" perfeccionados por la Sociedad Industrial de Mulhouse, y las turbinas de Tournaire, los "motores de aire caliente de Ericson, 1862, y de Franchot, 1853, de débil potencia" y "los motores de gas que, inventados en principio por Lebon, en 1801, alcanzaron aplicación industrial con el motor de Hugon, en 1858, y principalmente con la máquina horizontal de Lenoir, en 1860". Yo me pregunto qué pueden tener de inteligible esas letanías —un nombre, una máquina, una fecha; una máquina, un nombre, una fecha— para un lector cuyo cerebro no se reduzca por completo a una memoria mecánica. Enumeraciones. Pero ¿dónde se pone en claro el nuevo papel que asumen las máquinas en la vida de los hombres? Y ¿cuál es ese papel? Y ¿cuántas máquinas hay proporcionalmente? Y ¿qué rendimiento tienen? En definitiva, a pesar del título cuya belleza parece como si todo el contenido de la obra estuviera hecho para

traicionarla, no se trata de un libro de historia, sino de un manual, un manual más, todavía un manual. En el mal sentido de la palabra. Pero, en fin, ¿no hacen falta manuales? Aclaremos. Para los niños de las escuelas hacen falta libros clásicos. Los sabios autores que moviliza la colección *Peuples et Civilisations* no trabajan en absoluto para esta clientela. Para ella admito libros de lectura bien hechos y mementos precisos, con la condición de que todo lo que enseñen a los niños desemboque en la vida. Y si reúnen hechos, que sean pocos, pero bien escogidos, de importancia real, explicados a fondo, de verdad. Con la condición, ante todo, de que no busquen, sino que proscriban las fórmulas, las horrorosas fórmulas que se aprenden "de memoria" y dispensan para siempre a los perezosos el trabajo de juzgar por sí mismos, pesado trabajo ante el que la mayoría de los hombres retroceden obstinadamente... En cuanto a los jóvenes de 17, de 18, de 20 años que empiezan a estudiar en las facultades; y, con mayor razón, en cuanto a los hombres hechos y los profesores que preparan sus cursos, digo resueltamente: no. A cada cual lo suyo: hay ya algunos logros en la colección *Clio* (algunos, no todos; pero los modelos existen). Lo que incita o puede incitar a pensar, a buscar, a leer, eso sí. Pero manuales "cerrados" y cuya ambición se reduce a describir todas las cosas desde fuera, con el mayor número de detalles, vista la situación: no, no y mil veces no.

Y advertid que lo que es verdad para la economía no es menos verdad para el arte. El autor del libro encuentra ante él a Courbet. Cito textualmente: "Courbet, liberado de toda prudencia por su entusiasmo revolucionario realiza en 1846 los *Casseurs de pierres;* en 1850, el *Enterrement d'Ornans* (devolvámosle, puntillosos, su verdadero nombre: el *Enterrement* à *Ornans*); en 1851, las *Demoiselles de village;* en 1853, los *Lutteurs,* luego, en 1854, las *Cribleuses de blé* y el

Rencontre; en 1855, el *Atelier*". Courbet, liberado de toda prudencia... La fórmula es curiosa. Yo no creo, de verdad, que un Courbet se haya desembarazado del peso de sus obras por "imprudencia" o por "entusiasmo revolucionario". Pero dejémoslo. ¿Y los títulos y las fechas? Ya tenemos también a Courbet tratado de la misma manera que la máquina de vapor. Títulos, telas y fechas, fechas, telas y títulos. Mañana, el joven Durand, de Mende, que jamás vio un Courbet (ni tampoco un recalentador Farcot) y el joven Dupont, de Béziers, que está bien dotado para la historia (dotado de una memoria caballuna, se defiende mal en francés, en filosofía, en latín, en griego y ni se aclara en matemáticas, lo que irremediablemente le consagra a Clío, ese ganapán de quien nadie quiere saber nada), futuros "historiadores" ambos, leerán, releerán, repetirán en voz alta con furioso celo esos ocho títulos y esas ocho fechas; "et le sçauront si bien que, au coupelaud, le rendront par cueur, à revers". Perfección gargantuesca. Pero el joven Martin, de Castelnaudary, más astuto, se dedicará, quizás, a aprender en otro libro algunos títulos y algunas fechas suplementarias. Porque, al fin y al cabo, ¿por qué no esta otra lista courbética: "El *Portrait de Baudelaire* de 1845; el potente *Berlioz* de 1848; el *Homme à la ceinture de cuir* de 1849; el *Homme à la pipe de* 1850; *Après-Dîner à Ornans* de 1849; las *Baigneuses,* 1853; la *Roche de dix heures,* 1855; y *Hallali,* 1858"? Otras tantas obras maestras: ocho contra ocho. Y el cazurro de Martin, muy capaz (¡vaya si está dotado!) de contaminar las dos listas, pasará delante de los azorados Dupont y Durand y será el primero en conseguir su licenciatura, ¡cual Nuestro Maestro Janotus! Porque ¿no es la regla del juego decir todo lo que se sepa sobre hechos, nombres y fechas en diez líneas o en dos páginas o en diez, según el escantillón del examen?

Así es como se fabrican y se perpetúan esas gene-

raciones de historiadores sin ideas, sin pensamientos, sin exigencias intelectuales y que se nutre de nombres, títulos y fechas. Generaciones que repiten y repetirán, impávidas, perpetuamente, comenzando sus lecciones o, por desgracia, sus libros con esas fórmulas magníficas en las que se encierra la sabiduría y la filosofía de la Escuela: "El período que vamos a estudiar continúa al que le precede y anuncia el que le sigue. Período notable por lo que suprime, pero también por lo que establece", etcétera. ¿Exagero? Por desgracia, no hago más que citar (p. 1): "El período que se extiende de 1848 a 1860, aproximadamente, ha dejado su huella en la historia (?) no sólo por lo que destruyó, sino también por lo que empezó a construir... En este sentido, el movimiento de 1848 pertenece al período anterior y lo concluye. Pero es también un comienzo, está orientado el futuro". ¿Por qué no publicar una buena edición muda —quiero decir con las fechas y nombres en blanco— de esos textos y de algunos otros bajo la halagüeña rúbrica de *Ideas generales* (o incluso, si se prefiere, de *Filosofía de la historia*)? Cada cual podría llenar a su gusto los espacios en blanco. Ya estoy viendo al historiador de Ramsés II, Sesostris, empezando: "El período que se extiende desde... hasta aproximadamente... ha dejado su huella en la historia", etc.

Después de eso, cómo sorprenderse de la cólera y la ironía de tanta buena gente que al estudiar historia creen encontrar en libros de esta especie la satisfacción de sus curiosidades; hecha la experiencia, se irritan al ver que tantos esfuerzos, dinero y buen papel impreso no conducen más que a propagar esta filosofía —esta concepción de una historia papagáyica sin misterio y sin vida—; una historia donde no se siente ya (para decirlo con palabras de Paul Valéry, al que tengo que citar, adrede) "ese suspenso ante lo incierto en que consiste la gran sensación de las grandes vidas: la

de las naciones ante la batalla en que está en juego su destino; la de los ambiciosos cuando ven que la hora siguiente será la de la corona o la del cadalso; la del artista que va a descubrir su escultura o a dar la orden de que se quiten todos los puntales y apoyos que sostienen aún su edificio". ¡Y si sólo fuera esto!

Vuelvo a coger el libro. Ausencia total de hombres. Despreocupación absoluta por lo que fueron, su formación, su carácter, por su psicología. El ser humano que siente, que piensa, que sufre, que actúa, que goza… Eso aquí ni se usa. En tres o cuatro ocasiones se menciona la intervención de un tal Marx; o, en otras, los libros de un cierto Comte. ¿Para qué interesarse por los hombres que tenían estos nombres? Títulos, nombres, fechas, fechas, títulos, nombres: es la respuesta que sirve para todo. Alguna vez, sin embargo, una fórmula. Aquí están, enumerados, los últimos escritos de Augusto Comte: "El sentimiento vuelve a encontrar un lugar junto a la inteligencia, y el amor llega a guiar la acción". El *Amor guiando a la Acción y el Sentimiento volviendo a encontrar su lugar en el hogar de la Inteligencia:* dos hermosos temas para medallas, en verdad. Pero yo me digo que para Dupont y Durand, seducidos, hay muchas posibilidades de que esas palabras tan sorprendentes hagan durante toda su vida las veces de Augusto Comte —y retumben en el vacío de sus cerebros sin cultivar— en una nada de pensamientos y experiencias. Y esto es lo que me asusta. Porque toda pedagogía va lejos y la de la historia más lejos que otras, acaso…

En resumen: Ausencia de los individuos en tanto que tales. Imposible distinguir entre los cualquiera y los muy grandes. Acumulación de mediocridades sobre las cuales uno se pregunta qué tendrán que ver con la historia. Murger, Laprade, ¿quién más? Vamos, una vez más, y no será la última; una vez más, y sin citar personas (hay que decirlo), repitamos esas grandes co-

sas. Esas cosas que los manuales no dicen nunca y que, por tanto, hay que proclamar diez veces mejor que una: "El hombre, medida de la historia. Su única medida. Más aún: su razón de ser". En nuestras viejas casas del Franco Condado, cuando yo era joven, había siempre en el fondo de la alcoba de los viejos un DIOS SOLO, enmarcado en negro. Los *Annales* están muy dispuestos a mandar fabricar para uso de los historiadores tantos HOMBRES SOLOS como haga falta para su satisfacción personal. Vamos, ¿quién se apunta?

CONTRA EL ESPÍRITU DE ESPECIALIDAD

UNA CARTA DE 1933

MI QUERIDO AMIGO: lamento su decisión; lo lamento de veras. La *Encyclopédie* QUIERE agrupar, DEBE agrupar a los principales en todos los campos de la investigación francesa. Y los agrupará; ya lo está haciendo. Hubiera deseado mucho que usted no faltara a este llamamiento.

Me contesta usted tres cosas: *Trabajos ya comprometidos* —nada tengo que decir a eso—; *dificultad extrema y desproporción del esfuerzo:* demasiada tarea material para demasiado poca iniciativa individual. En este punto comienzan mis divergencias, porque, muy al contrario de lo que usted piensa, la parte de iniciativa e innovación me parece enorme en la obra que yo quisiera emprender. No se trata de hacer un *volumen de imágenes* con el pequeño comentario restringido que se lee en la parte inferior de todos los volúmenes llamados "comentados"; se trata de escribir bellas páginas de historia y de geografía apoyadas en representaciones comparadas y combinadas para complementarse y aclararse recíprocamente: *mapas, cuadros estadísticos* y *opiniones* propiamente dichas, reunidas en las mismas páginas con una inteligente e ingeniosa investigación, nuevos procedimientos de presentación y también de traducción (hacer variar las cifras de un cuadro estadístico, separando los "períodos" de otro modo, imagino, y poner de manifiesto las consecuen-

cias frente al mapa inmutable y la "fotografía-testimonio", etcétera). Es difícil, sí. Y no se trata de hacerlo *mecánicamente* (aun cuando no haya que desdeñar la ingeniosidad mecánica), sino *intelectualmente*. Tan difícil que no se llegará a la perfección al primer intento. Pero la *Encyclopédie* es una obra en perpetua *evolución* y que se completará, retocará y rehará *cada año*.

Finalmente, tercer argumento (y aquí las divergencias son evidentes). Me dice usted: "En todo eso ¿dónde está la geografía?" Mi querido amigo: la geografía está en *todas* partes y en *ninguna*. *Exactamente* como la *historia del arte*. Exactamente como el *derecho*. Exactamente como la *moral*. Exactamente como... No sigo. ¿Por qué? Porque no hago una *Encyclopédie des sciences*.

He rechazado con energía, con violencia incluso, ese punto de vista. Punto de vista que el año pasado me encontré, representado por un notable filósofo: nos había aportado una completa clasificación de las ciencias y pedía que, una tras otra, todas las ciencias que él había recensionado (y allí estaba la geografía, la moral, la lógica, la metafísica, el derecho, la estética, etc.) tuvieran en la *Encyclopédie* su pequeño o gran capítulo, en el que una vez más se expandieran las bellezas del espíritu de especialista. *No, no* y *no*.

Aquí reside también el quid de nuestra discusión. Estoy de acuerdo con todos aquellos que no dejan de repetirme en todo el día: "¡Sea usted duro! Ni una sola concesión al espíritu de especialidad, que es el espíritu de la muerte en el actual estado del trabajo humano". Estoy de acuerdo —me atrevo a decirle— conmigo mismo, cuya vida toda, cuya acción toda ha estado hasta el presente dirigida contra el espíritu de especialidad (vea, en último término, mis *Annales d'Histoire économique et sociale*). Y por ello he dicho: *no, ciencias no*, nada de esas combinaciones circuns-

tanciales y locales de elementos a menudo asociados arbitrariamente. Romper los cuadros abstractos, ir recto a los *problemas* que el hombre no especializado lleva en sí mismo, se plantea para sí mismo y para los otros al margen de cualquier preocupación escolar, al margen de todo "espíritu de botón", como se dice en la marina: tal es mi objetivo desde el principio, desde la primera nota redactada de prisa y corriendo en octubre de 1932 y que es el germen de la *Encyclopédie*. Es así como se hará sensible a todos la unidad del espíritu humano: esa unidad que oculta la abundante reproducción de las pequeñas disciplinas contentas de su autonomía y aferradas desesperadamente —también ellas— a una *autarquía* tan vana en el dominio intelectual como funesta en el campo económico. Hagamos unos y otros, cuando haya ocasión, tratados y manuales de nuestras respectivas ciencias: es una necesidad práctica. Pero sólo tendrán *valor humano* cuando estén animados por el amplio espíritu de unidad científica que, precisamente, la *Encyclopédie* quiere proporcionar y proporcionará.

Esto es un pensamiento de siempre. Y no traiciono ningún secreto diciéndole que si me he lanzado a la tarea de la *Encyclopédie* con todo el impulso que todavía me queda es porque en ello he visto el medio —que bruscamente y de la forma más imprevista se me proporcionaba— para servir las ideas que defiendo desde siempre y que, cada vez más, hacen suyas científicos que piensan sus ciencias en el marco de la ciencia. No, la geografía humana en cuanto tal no figura en la *Encyclopédie*. Repito su fórmula final y los votos que expresa, para traducir mejor mi pensamiento: no, mi querido amigo, la geografía humana no encontrará nunca "su casita *independiente* en el edificio enciclopédico". Ni tampoco la química, la botánica, etcétera. Eso sería la negación misma del programa, del proyecto de *Encyclopédie*. La *Encyclopédie* no es

una ciudad-jardín de las ciencias y las artes: cien pisitos aislados, cada uno con su portero, su calefacción central y el amo de casa con sus costumbres. Es la casa común de *todos* los científicos y de *todos* los artistas donde se intercambian mutuamente sus métodos, sus ideas, sus investigaciones y sus preocupaciones, con el reconocimiento de que son hermanos en la intención y el esfuerzo, que tienen los mismos objetivos y que del éxito o fracaso que uno tenga puede el otro sacar provecho y enseñanza.

Porque yo no pido a profesores eminentes que compongan manuales o tratados de anatomía, mineralogía o química —y que conste que no desprecio toda la potencia intelectual e ingeniosidad técnica que implica el arte de fabricar oxígeno o ácido sulfúrico, o piramidón. Yo hago otra cosa y con propósito deliberado, eso es todo— para fines que creo muy altos, muy útiles hoy, y que se pongan a mi alrededor para encontrarlos, sino *alguien*, hombre, que son maestros en su campo, reconocidos como tales y consagrados como tales en el mundo entero; pero hombres que están también ansiosos de echar abajo los tabiques y de hacer circular por encima de los pequeños despachos cerrados en que operan los especialistas, con todas las ventanas cerradas, la gran corriente de un espíritu común, de una vida general de la ciencia.

Me detengo aquí y es preciso que acabe porque eso que he dicho es el fondo mismo de mi pensamiento, al que me atengo por encima de todo. Por tanto, excuse usted la exaltación... Dé a sus alumnos el tratado que resumirá, que prolongará su experiencia y su esfuerzo fecundo en el marco de la disciplina a la que usted se dedica; usted sabe que yo seré el último en alegrarme cuando tenga en mis manos al fin ese libro que nos falta, pensado y redactado por usted. Pero eso es una cosa; la *Encyclopédie* es otra muy diferente y

también legítima. Hubiera deseado que usted pasara de un plano a otro, como los que me siguen, y que sirviera a la vez no a dos dioses celosamente antagónicos y rivales, sino al mismo dios bajo sus dos aspectos: el "local" y el "universal".

Sin más, etc.

CONTRA LOS JUECES SUPLENTES DEL VALLE DE JOSAFAT

I

CAMILLE DESMOULINS: ¿HISTORIA O REQUISITORIA?

Historiador, descubridor de santos. El santo, hoy, es Camille Desmoulins. El nicho que le ocultaba, su *Vieux Cordelier*.[1] El descubridor, Albert Mathiez.[2]

"*Le Vieux Cordelier* no fue un grito de dolor, sino la calculada astucia de un panfletario acorralado." Su verbo de "satírico picardo y parisino" es muy a menudo el de "un oscuro gacetillero escocés" (es decir, Gordon, autor del *Discurso sobre Tácito*, 1728, y sobre Salustio, repetidamente reimpresos en Inglaterra y varias veces traducidos al francés. A. Mathiez mantiene que Desmoulins utilizó copiosamente estas obras en algunos números del *Vieux Cordelier*). "Como un alumno perezoso, como el periodista obligado por la necesidad, Desmoulins coge y reúne precipitadamente fragmentos tomados de una obra de su biblioteca." "¿Qué pensar, entonces, del más grande de los dantonistas?"

1. Librairie Armand Colin (*Les Classiques de la Révolution*), 1936.

2. Quien no pudo acabar el trabajo. Su muerte prematura lo dejó al cuidado de uno de sus alumnos, Henri Calvet, que ha cumplido muy bien.

Esas pocas citas, que copio de la introducción, nos ponen en la pista sobre el "clima" de la publicación. Se trata de una de las más científicas, serias y profundas. Nos proporciona una edición crítica de un texto minimizado a menudo y siempre gustado; una edición sólida, bien anotada, copiosamente atiborrada de apéndices —que yo, personalmente, hubiera preferido ver agrupados y fundidos en un todo, en un estudio aparte, pero que, en cualquier caso, están llenos de utilidad y saber—; apéndices que proyectan la luz más penetrante sobre las circunstancias de la publicación, su interés, su alcance, sus efectos y, principalmente, sobre el verdadero sentido político de la causa a la que sirve.

Dicho eso, me repugna a la vez ese tono de fiscal que adopta perpetuamente un historiador — Mathiez — envuelto en el ropaje de sus virtudes cívicas y arrogándose un derecho de juicio retrospectivo un tanto infantil, en cualquier caso bastante desconcertante, puesto que no se funda en nada más que en su propio sentimiento: "Acusado Desmoulins, levántese... ¿Qué tiene que decir en su defensa? Pretende usted que la libertad (n.° VI, p. 187) es «la fraternidad, la santa igualdad, la apelación sobre la tierra, o al menos en Francia, a todas las virtudes patriarcales», pero ¿está justificado hacer el elogio de las virtudes patriarcales?" (*sic;* nota 5, p. 187).

No sigamos adelante. Toda una generación de historiadores se resume en esos pasos. Una generación de historiadores que poniéndose en pie, como el fiscal de una película policíaca, se dedica a exigir las penas más severas contra los actores o los comparsas de la historia en nombre de una moral que varía en sus principios y de una política inspirada unas veces por la ideología "de derechas" y otras por la ideología "de izquierdas": los fiscales de izquierda se indignan, con buena fe, por lo demás, contra los de derecha y

recíprocamente. Ya es hora de acabar con esas interpelaciones retrospectivas, esa elocuencia de abogado y esos efectos de toga.

El historiador no es un juez. Al terminar su reedición del n.º 1 del *Vieux Cordelier* (p. 48), Albert Mathiez anota: "La finalidad de este número es poco modesta. La pretensión de Desmoulins de ser un pensador es risible, etc." Sea. Pero después de haber leído este pasaje del n.º V del *Vieux Cordelier* (p. 164): "En un momento de guerra en el que he perdido a mis dos hermanos mutilados y destrozados por la libertad ¿qué es la guillotina, sino un sablazo y el más glorioso de todos para un diputado víctima de su valentía y de su republicanismo?" Y cuando en la parte inferior de la página encuentro esta anotación: "Al leer este fragmento de bravura es penoso evocar la actitud de Camille Desmoulins en el momento de su ejecución", me siento molesto moralmente. Y, sopesando mis palabras, yo también digo al predicador de la modestia de la página 48: "Seamos modestos. No juzguemos". En primer lugar, porque cuando hacemos historia no es ése nuestro oficio. En segundo...

Cobardía, valentía, valentía, cobardía: palabras, esas pobres palabras que os parecen tan claras y tan simples ¿creéis que, humanamente, se las puede manejar con tanta certeza? Yo sé de muchos hombres de mi generación que una vez hecha la experiencia (una experiencia que le ha faltado a Mathiez) han perdido para siempre las ganas de pronunciarlas cual Fouquier-Tinvilles de melodrama.

No, el historiador no es un juez. Ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender — y hacer comprender. No nos cansamos de repetirlo. Es el precio que cuestan los progresos de nuestra ciencia.

II

UN LIBRO EXASPERANTE SOBRE LA REVOLUCIÓN

Me envía usted algo nuevo. Nuevo realmente nuevo. Gracias. Pero ¿es a usted a quien corresponde pregonarlo desde los techos con grandes kikirikíes de gallo desgañitado? Si es verdad, lo veremos perfectamente. Y lo diremos. Si usted nos deja decirlo en paz.

¿Es a usted a quien realmente corresponde proclamarse, implícitamente, el único inteligente y el único clarividente? ¿el único digno de ser leído, entendido y aprobado? Y ¿cree usted legítimo presentar esta simple alternativa: "imbéciles o vendidos" a los desgraciados que le han precedido y que, pobres, no tienen ni sus dotes evidentemente excepcionales, ni su heroísmo ciertamente sobrehumano?

Autor de un libro exasperante sobre la *Lutte de classes sous la première République*, el señor Daniel Guérin empieza por recordar a sus antecesores (página 368) que Trotski les calificaba de "falsificadores". Y va una. Figura de retórica ciceroniana, decía Panurgo. El señor Guérin, por su cuenta ya, les trata de tunantes empedernidos que, "astutamente", intentan "sacar de la Revolución francesa la justificación de su dominación de clase". Sí, y eso vale para todos. Todos esos historiadores demócratas que (pág. 369) no consiguen liberarse del "capullo de la democracia burguesa" (¡bravo por el capullo!). En primer lugar, Jaurès; ese falso socialista que nunca rompió "el cordón umbilical que le unía a la democracia burguesa" (página 371). Que nunca consiguió —¡pobre hombre!— más que "digerir en parte" el método materialista,

ésa es la verdad. Que pretende ser a la vez "materialista con Marx y místico con Michelet". Cosa que no es del todo exacta; Jaurès escribió únicamente: "Nuestra interpretación de la historia será, a la vez, materialista con Marx y mística con Michelet"; y me dirán: "Por lo menos eso no es tan malo, ya que Michelet —y el señor Daniel Guérin nos lo dice en la página 370 y tiene razón al decírnoslo— "supera por su genio en cien codos a todos los historiadores de la Revolución". Pero hay que estar en el ajo. La colusión de Michelet y Marx es un incesto; por fuerza ha de engendrar bastardos. Seamos puros.

Aún podríamos decir que con Jaurès hay ciertas deferencias... relativas. Pero veamos Mathiez. ¡Pobre Mathiez! Un imbécil o un vendido. Igual que los otros. Sin lugar a dudas, ha intentado vulgarizar "lo que ha llegado a entender" (pág. 376) del método materialista —pero escogiéndolo—. En efecto, "lo que ha comprendido del método materialista" es lo que "ofrece menos peligros para la clase dominante". La idea de un Mathiez trabajando para molestar lo menos posible a la clase dominante os provocará un ataque de risa; pero estáis equivocados. Ni siquiera intentéis sugerir: "Era inconsciente, pero lo hacía de buena fe..." Intransigente, el señor Guérin os dirá: ¡Buena fe, ya no queda por estas latitudes! En el fondo a todos esos historiadores demócratas hay que meterlos en el mismo saco. "Dominados como están por sus pasiones", todos sufren "la presión de sus intereses de clase". ¿Buena fe, mala fe? El psicoanálisis —uno lo esperaba y sufre al no verle entrar en acción hasta la tardía página 338 del tomo II—, el psicoanálisis ¿no ha hecho desvanecerse todas esas distinciones caducas? La verdad es que todo historiador de la Revolución que no sea Daniel Guérin "miente". Quizás inconscientemente en tanto que hombre privado; pero en tanto que hombre de clase "miente intencionadamente para servirla

mejor" (pág. 388). Así pues, no iréis a pretender que Mathiez (para volver a él), "funcionario de la III República, leal servidor de la democracia burguesa" (página 378) no se haya vendido en cuerpo y alma a la clase dominante. ¡No faltaba más! En cuanto a Georges Lefebvre, tampoco él (pág. 379) "se libera enteramente del capullo de la democracia burguesa" (¡dichoso capullo que puede servir tantas veces sin gastarse!); se debe saludar su esfuerzo, claro está. Pero "lamentar su timidez"...

¿Su timidez? ¡Puro placer para un hombre del siglo XVI como yo! Ya había un "tímido Lefebvre" en la historia. Ahora tenemos dos. Al de Étaples, al que desde hace cuatrocientos años todos los doctrinarios protestantes de estricta observancia censuran por haber sido Lefebvre y no Farel — y eso por miedo, por puro temor a ser quemado en la hoguera como un arenque ahumado; porque para estos doctrinarios no se puede resoplar ante su doctrina más que por miedo; es lógicamente irresistible —; al de Étaples, digo, tenemos que añadir ahora el de Lille; el que tiene por nombre Georges y no Jacques; ese maestro en el arte de las alusiones que "liberadas de los velos de la prudencia" serían "susceptibles de transformarse en claras y vigorosas conclusiones" (pág. 379). Así pues, no hay duda: si Georges Lefebvre no habla como el propio Daniel Guérin es únicamente porque tiene miedo. Simple psicología. Cordial. Sutil. La de todos los fanáticos de todos los tiempos.

Inmediatamente después, una pequeña disertación sobre "la historia imparcial" (págs. 379-382). El viento refrescante de la licenciatura en filosofía. Y cuando ya se siente cómo el soplo va perdiendo intensidad, una buena cita de Raymond Aron — que no da para más —. E inmediatamente se vuelve al tema fundamental. ¿Los historiadores burgueses? "Todos tienen algo que esconder" (pág. 386). Sólo el señor Guérin

"no tiene nada que ocultar" (pág. 389). Y ¿ellos? Tienen las manos llenas de verdades, pero nunca las abren. De manera que causan "a la historia" (¿y quién es esa dama?) un perjuicio "cuya importancia no es posible determinar". En definitiva, esos mentirosos "nos engañan".

¡Oh! el señor Guérin es acomodaticio. Si uno se lo pide con buenas maneras consentirá en decir: "Se engañan o nos engañan" (pág. 388). Fórmula que le parece "menos descortés con respecto a maestros que...", etc. Pero, querido señor, tratar a esos maestros de falsarios con Trotski; y después de mentirosos; y más tarde de fabricantes de alusiones, oscuras "por prudencia"; escribir que les cogéis "en flagrante delito de disimulación"... ¿es eso cortesía? La cólera le arrastra. —"¿Por qué no hemos de tener derecho a montar en cólera?" (pág. 389). ¡Claro que tiene usted derecho! Todo el derecho. Montad "en cólera". Como el padre Duchêne, c... Pero el padre Duchêne era, ese c..., era, c..., infinitamente más divertido que usted con sus cóleras en caliente, c... Reclamamos al padre Duchêne, que no meaba vinagre en frío. Viva su verborrea y que nos deje tranquilos con sus acaloramientos laboriosos de escritor. Que necesariamente no va "arremangado".

Esa especie de tono me recuerda algo —o alguien—. ¡Ah, sí! Georges Sorel. Blandiendo precozmente su "cuchillo de cocina" contra Jaurès. El querido Sorel de Lagardelle y de Mussolini.—¡Viva el padre Duchêne, coño!

Una última palabra. Ya que todos somos idiotas o vendidos —conocido de antemano— ¿por qué enviar en servicio de prensa su libro a nuestras revistas "burguesas", a nuestras revistas "que tienen algo que ocultar"? ¿no es usted, es el editor? ¡Por desgracia, en nombre de buenas doctrinas se ha colgado a muchos

valientes que no tenían esas colusiones sobre la conciencia!

Dicho esto ¿qué falta por decir? (y ruego al lector que tenga en cuenta que yo no soy historiador de la Revolución, por suerte para mí; que apenas he conocido a Mathiez y de muy lejos; y que, en consecuencia, intervengo en este debate a título puramente gratuito: a título de vieja bestia sin más, que data del otro siglo y no entiende nada de nada) — dicho esto ¿qué encontramos al abordar el libro mismo de Daniel Guérin?

Un estudio, una investigación de segunda mano, pero vibrante y viva, sobre este tema: "La Revolución francesa fue una revolución burguesa. Pero fue también otra cosa: el esbozo, el embrión de una revolución proletaria. Intentemos demostrarlo. Examinemos con particular atención, aun fragmentada, incluso embrionaria, esta revolución proletaria..."

En este punto me vienen ganas de responder: "Pero, querido señor, examine. A su gusto. ¿Qué inconveniente piensa que podríamos poner a ello?" Yo diría más. Me vienen ganas de responder: "¡Pero si es evidente! Usted nos aporta una revelación súbita. Nos confía su gran proyecto como si fuera milagroso. ¿Puedo confesarle que yo no veo nada de milagroso en ninguna parte? ¿Y que, de entrada, estoy bastante dispuesto a creerle? Como cualquier otro, he leído textos parecidos a esas cartas de Babeuf anteriores a 1789; textos que siempre me han atraído. Y ¿por qué iba a negarme a admitir los hechos que usted nos aporta?"

"¡Ah, porque usted está podrido de sentimientos de clase! Usted no es trotskista... — Mi querido señor, yo no sé nada de eso: usted tampoco. Eso es cuenta mía. Y que yo sea trotskista, stalinista, papista o budista ¿a usted qué le importa? Cuando yo hago historia, soy historiador. — ¡Imbécil! Está usted al servicio

de los intereses que le mantienen... Y tan tonto que ni siquiera se da usted cuenta. O si no, tan canalla que hace usted como si... Mire, mi argumentación es simple; consiste en ofrecerle en todo momento la siguiente alternativa: ¿idiota o vendido? O las dos cosas a la vez. No hay que romperse la cabeza..."

Hablemos seriamente. Entre muchos otros, el inconveniente de los procedimientos de discusión que adopta D. Guérin es que casi os impiden decirle: "soy de su opinión" — si uno tiene algún sentimiento de dignidad (pero después de todo, después del psicoanálisis, ¿puede hablarse todavía de dignidad?). Uno se siente molesto. Si se le contradice, señor Guérin, es por interés o por miedo, dirá. Si se le aprueba ¿no será por miedo o por interés?

¿Se le aprueba? En el fondo no se trata de eso. Que lo discutan los historiadores especializados en el estudio de la Revolución. Por mi parte no veo nada que me impida aprobarle. Yo defino gustosamente la historia como una necesidad de la humanidad — la necesidad que experimenta cada grupo humano, en cada momento de su evolución, de buscar y dar valor en el pasado a los hechos, los acontecimientos, las tendencias que preparan el tiempo presente, que permiten comprenderlo y que ayudan a vivirlo. Y añado: recomponer la mentalidad de los hombres de otra época; ponerse en su cabeza, en su piel, en su cerebro para comprender lo que fueron, lo que quisieron, lo que consiguieron; pero no considerar, sin embargo, que depende de un hombre detener su obra en un cierto punto, a partir del momento en que esta obra se extiende por el mundo. Al contrario, hay que estar atentos a ese perpetuo drama del gran hombre, del investigador grande, del gran inventor; atentos al drama espiritual del hombre de genio al que escapa su obra de su mismo vivir — su obra que se deforma, su obra que se altera, su obra que, adoptada por la

multitud y desarrollando sus efectos a lo largo de los tiempos, acaba a menudo por decir lo contrario de lo que quería decir (véase Lutero y el luteranismo) —tal es el deber propio del historiador. Por tanto, ¿qué es lo que puede molestarme, querido señor, en su intento? Lo busco en vano; no lo veo. Sólo veo injurias; y me molestan. No me considere usted una mujercita. Sé decir *no,* como cualquier otro. Pero no creo en los ampulosos braceos de los fiscales de cinema. No creo en las requisitorias filmadas. Ni en los gestos despectivos del ministerio público. Perdóneme. Soy un viejo historiador muy ridículo. Que tengan suerte nuestros sucesores, si ese tono ha de convertirse en regla.

SOBRE UNA FORMA DE HACER HISTORIA QUE NO ES LA NUESTRA

LA HISTORIA HISTORIZANTE

He leído con cuidado y con interés, naturalmente, el librito que mi viejo amigo Louis Halphen ha compuesto en la soledad, aprovechando el ocio forzado al que le sometía el gobierno de Vichy, lejos de sus libros robados y de su documentación dispersada por los "ocupantes", con su experiencia como única ayuda; la experiencia de un historiador que no ha dejado de trabajar desde 1900, ya sea por cuenta propia o incitando y dirigiendo el trabajo de otros (pienso, naturalmente, en la colección *Peuples et Civilisations* a la que está ligado, al mismo tiempo que el de Sagnac, su nombre).

Halphen titula este librito *Introduction à l'histoire.*[1] Pero más que una introducción lo que el autor emprende es una *defensa* de la historia. "Nunca se ha criticado tan vivamente —nos dice— la utilidad de los estudios históricos... Mi proyecto no es abogar por una causa que se defiende por sí misma..." ¡Ah! No está tan claro, ésa es la verdad; si así fuera, hace ya tiempo que los ataques hubieran cesado. Louis Halphen tiene sus dudas; tantas que inmediatamente empieza a defender, a justificar una toma de posición conocida hace tiempo y que no tiene misterio.

1. París, Presses Universitaires, 1946.

"De todas las fidelidades —escribe el Gide de los *Pretextes* (pág. 97)— la más imbécil es la fidelidad a uno mismo porque ya no es espontánea". Nada más espontáneo y, por tanto, más legítimo que la fidelidad del historiador de Carlomagno a sus ideas. Volvemos a encontrarle bajo sus laureles tal como era al salir de la École des Chartes: paladín convencido de esa forma de hacer historia que Henri Berr ha bautizado de manera afortunada como la historia historizante. Louis Halphen ha dedicado a ella su vida. Y si hoy nos proporciona una *Introduction à l'histoire,* haceos a la idea de que no es en absoluto a la universal Clío a quien se ofrece este sacrificio —Clío, que bajo los pliegues de su peplo encierra todas las formas, todas las variedades, todas las diversidades de las escuelas históricas, de la misma manera que la Virgen de la Misericordia abrigaba bajo su manto a todos los verdaderos representantes de la cristiandad. Más modesto y más orgulloso, Halphen sólo piensa en una cierta forma de historia: la que él cultiva; y nos concede el honor de pensar que todos nosotros la aceptamos como la única válida. ¿Introducción a la historia? ¿Defensa de la historia? No. Abogar por la historia historizante, sobre la que Berr escribía en 1911: "Reside en ella una forma de historia que, además de bastarse a sí misma, pretende bastar al conocimiento histórico". La frase me gusta. Por sí sola es la recensión crítica del libro de Halphen.[2]

* * *

¿Qué es, en efecto, un historiador historizante? Henri Berr responde sustancialmente, utilizando los términos de una carta que el propio Halphen le escribió en

2. *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, Paris, Alcan, 1921, 146 págs. La "Discusión con un historiador historizante", que constituye el fondo del capítulo II, data ya de 1911.

1911: un hombre que, trabajando sobre hechos particulares establecidos por él mismo, se propone ligar estos hechos entre sí, coordinarlos, y después (cito al Halphen de 1911) "analizar los cambios políticos, sociales y morales que los textos nos revelan en un momento determinado". Apuntad bien: los cambios particulares, ya que la historia, en opinión de nuestro autor se define como una ciencia de lo particular.[3]

Así pues, abramos la *Introduction à l'histoire* de 1946. Tres capítulos fundamentales a lo largo del libro: I, el establecimiento de los hechos; II, la coordinación de los hechos; III, la exposición de los hechos. La doctrina, la vieja doctrina de las dos operaciones que constituyen la historia, no ha cambiado: primero, establecer los hechos; después, operar con ellos. Así —se nos dice— procedían Heródoto y Tucídides. Así también, Fustel y Mommsen. Así, todos nosotros hoy. Perfectamente. Establecer los hechos y operar con ellos: una de esas fórmulas claras que dejan ansiosos y estupefactos a todos los espíritus curiosos...

Porque, en fin, los hechos... ¿A qué se llama los hechos? ¿Qué hay detrás de la palabrita "hecho"? ¿Pensáis que los hechos están dados en la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente, y que se trata de desenterrar, limpiar y presentarlos bellamente iluminados a los contemporáneos? O se trata de una repetición por su cuenta de la frase de Berthelot ensalzando la química inmediatamente después de sus primeros triunfos —la química, *su* química, la única entre todas las ciencias, decía orgullosamente, que *fabrica su ob-*

3. Un particular que, captado en el interior de un mismo círculo de civilización, en una época determinada, se parecería furiosamente a un general. Si se concede audiencia a esta gran dama, cara a Pirenne, cara a Marc Bloch, cara a todos nosotros, que se llama *historia comparada*.

jeto. En este punto Berthelot se equivocaba. Porque todas las ciencias fabrican su objeto.

Vale para nuestros predecesores, los contemporáneos de los Aulard, los Seignobos, los Langlois, vale para esos hombres a quienes "la ciencia" imponía tanto respeto (y que lo ignoraban todo sobre la práctica de las ciencias y sus métodos); para ellos es correcto creer que un histólogo es un hombre al que basta poner debajo de su microscopio un trozo de cerebro de ratón: inmediatamente se ocupa de hechos diferenciados, de hechos indiscutibles, de hechos "ya a punto", por decirlo así; lo único que tiene que hacer es alinearlos en sus cajones. Don, no de Michelin, sino de la propia naturaleza... Hubiera sorprendido mucho a nuestros antepasados historiadores diciéndoles que un histólogo, en realidad, fabrica primero el objeto propio de sus investigaciones y de sus hipótesis, con gran despliegue de delicadas técnicas y sutiles colorantes. En cierto sentido, lo "revela" en la acepción fotográfica de la palabra. Después de lo cual, lo interpreta. "Leer sus resultados", operación que no es simple. Porque describir lo que se ve ¡todavía pase!, pero ver lo que debe describirse ¡eso sí que es difícil! Bien se hubiera sorprendido, sí, a nuestros mayores, denominando a los hechos, como un filósofo contemporáneo, "clavos en los cuales se cuelgan las teorías". Clavos que hay que forjar antes de clavarlos en la pared. Y tratándose de historia, es el historiador quien los forja. No, como dice Halphen, "el pasado". O, mediante una extraña tautología, "la historia".

¿Estáis de acuerdo? Decidlo. ¿No estáis de acuerdo? Discutid. Pero, por favor, no dejéis este problema en el silencio. Este pequeño problema. Este problema capital.

* * *

Ya tenemos aquí un primer silencio que nos separa. Y ¡cuántas consecuencias!

Habéis oído bastantes veces repetir a nuestros mayores: "El historiador no tiene derecho a elegir los hechos. ¿Con qué derecho? ¿En nombre de qué principios? Elegir, atentando contra la "realidad" y por tanto contra la "verdad". Siempre la misma idea; los hechos: cubitos de mosaico muy distintos, muy homogéneos, muy pulidos. Un temblor de tierra dislocó el mosaico; los cubos se hundieron en el suelo; retirémoslos y, ante todo, veamos de no olvidar ni uno solo; alcémoslos todos. No escojamos... Eso decían nuestros maestros, como si por el solo hecho del azar que destruyó tal vestigio y protegió tal otro (no hablamos, en este momento, del hecho que constituye el hombre) toda la historia no fuera una elección. ¿Y si no hubiera en ella más que esos azares? En realidad, la historia es elección. Arbitraria, no. Preconcebida, sí. Y esto, todavía, querido amigo, nos separa.

Hipótesis, programas de investigación, incluso teorías son otras tantas cosas que uno busca en su *Introduction;* pero no se encuentran en parte alguna.

Ahora bien, sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible. La teoría, construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender, es la experiencia misma de la ciencia. Toda teoría está fundada, naturalmente, en el postulado de que la naturaleza es explicable. Y el hombre, objeto de la historia, forma parte de la naturaleza. El hombre es para la historia lo que la roca para el mineralogista, el animal para el biólogo, las estrellas para el astrofísico: algo que hay que explicar. Que hay que entender. Y por tanto, que hay que *pensar*. Un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un his-

toriador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él, previamente, en todos los sentidos de la palabra "escoger" (y los hechos no pueden no ser escogidos por él) es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador.[4]

* * *

Termino con mi gran crítica. Introducción a la historia, método de la historia, teoría de la historia, defensa de la historia... Pero ¿qué es, entonces, la historia?

Voy a decíroslo... Recoged los hechos. Para ello id a los archivos, esos graneros de hechos. Allí no hay más que agacharse para recolectar. Llenad bien los cestos. Desempolvadlos bien. Ponedlos encima de vuestra mesa. Haced lo que hacen los niños cuando se entretienen con "cubos" y trabajan para reconstituir la bella figura que, a propósito, nosotros les hemos desordenado... Se acabó el trabajo. La historia está hecha. ¿Qué más queréis? —Nada. Sólo: *saber por qué*. ¿por qué hacer historia? ¿Y qué es, entonces, la historia?

¿No me lo decís? Entonces, me voy. Me recuerda a esos pobres hombres a quienes la Universidad, por una deplorable aberración, confiaba la tarea —difícil entre las difíciles— de iniciar en las matemáticas a los pequeños "alumnos de letras" que éramos nosotros,

4. En el libro de Louis Halphen hay un índice onomástico de autores. En cierta forma es un testimonio. ¿No es notable que no figuren en él ni Camille Jullian, ni Henri Pirenne, ni Marc Bloch, ni Georges Lefebvre ni ninguno de los que, en definitiva, son para nosotros los historiadores, los verdaderos historiadores de esta época? No hablo de Vidal: la geografía no tiene derecho de ciudadanía en la historia historizante.

en los bancos del sexto, del quinto y del cuarto clásico. ¡Qué bien consiguieron impedirme hacer matemáticas! Y es que las reducían a pequeños procedimientos, pequeños artificios, mezquinas recetas para resolver los problemas. "Trucos", como decíamos en nuestro argot escolar, hoy pasado de moda...

Pero, está claro, los "trucos" no me interesaban en absoluto. Me daban "buenas razones" para hacer algo sobre lo que nadie me decía nunca por qué ese algo valía la pena hacerse. Cómo y por qué se había inventado. Y, finalmente, para qué servía... —¿para entrar un día en la Escuela Politécnica? Pero la Politécnica no es un fin en sí. Y desde aquel tiempo (tanto peor para mí) tengo ciertas exigencias fundamentales de espíritu... Además, era bien sencillo. Yo daba la espalda a las matemáticas. Y aquellos de mis compañeros que no pedían tanto triunfaban...

La historia historizante exige poco. Muy poco. Demasiado poco para mí y para otros muchos. Ésta es nuestra queja; pero es sólida. La queja de aquellos para quienes las ideas son una necesidad. Las ideas, esas valientes mujercitas de las que habla Nietzsche, que no se dejan poseer por hombres con sangre de rana.

DOS FILOSOFÍAS OPORTUNISTAS DE LA HISTORIA

DE SPENGLER A TOYNBEE

Tres gruesos libros sobre mi mesa. En la primera página un nombre muy conocido en Inglaterra (e incluso fuera de Inglaterra) tanto por méritos pragmáticos como por obras científicas: Arnold J. Toynbee. Título: *A Study of History*.[1] No pretendemos descubrir una obra de la que se asegura deberá alinearse, por su estilo y sus dimensiones, junto a la célebre obra de Sir James Frazer. Así como el autor de *Rameau d'or* ha instaurado el estudio comparativo de las instituciones religiosas "primitivas", Toynbee pretende llevar a cabo en veinte volúmenes un estudio comparativo de las civilizaciones que la humanidad ha ido creando sucesivamente: el estudio, si se quiere, de las experiencias humanas en materia de civilización.

Amplio y generoso proyecto. Aunque desde el primer momento nos inspira un horror que no intentamos disimular en absoluto; aunque, una vez bien sopesadas todas las cosas, debe inspirarnos finalmente un metódico y razonado alejamiento, no opondremos, sin embargo, a su autor ninguna cuestión previa. No entraremos en estos gruesos libros con un deseo áspero de orquestar la fácil revancha del "especialista" sobre el ensayista seductor. El libro es complejo. Positivo y

1. Oxford University Press; Londres, Humphrey Milford; 1.ª ed., junio 1934.

negativo a la vez, se liga mediante un evidente lazo a toda una serie de recientes manifestaciones (diversas en su forma, semejantes en su espíritu).

Desde hace algunos años los historiadores tienen el privilegio de verse en el banquillo colocado por un variado lote de hombres notables —poetas, novelistas, periodistas, ensayistas— que, distrayendo en favor de Clío algunos ratos de una vida dedicada a otros cultos, comprenden instantáneamente (o al menos, así lo aseguran) lo que los historiadores no han sido capaces de captar y expresar en años de estudios exclusivos. Tras lo cual, estos brillantes y dinámicos espíritus nos comunican en unos pocos trazos apasionados sus descubrimientos o sus sistemas, con una caridad velada por la ironía francesa en unos y por furor germánico o humor inglés en otros. ¿Qué hacer? ¿Darles las gracias sin falsa vergüenza, examinar con toda sinceridad sus críticas, entregarnos o resistir? Hay que decirles sí, si vemos en ellos camaradas de combate y que pueden interesarnos ya sea con argumentos racionales o mediante llamadas al sentimiento (porque historiadores, al fin y al cabo, vivimos en la misma atmósfera de crisis que los demás hombres contemporáneos nuestros y para perseverar nos hace falta confianza en nosotros y en nuestras obras). No, si tras un biombo de historia, descubrimos en esos hombres la seducción de los errores y las ilusiones. No, decididamente no, si comprobamos en sus escritos la acción de un veneno para el espíritu. De ahí que estemos obligados a hacer un amplio examen.

Un recordatorio, sin embargo, antes de abordar a Toynbee y su obra. A manera de introducción, pero no de entremés.

Oswald Spengler. Grandeza y decadencia de un profeta

En 1922, aparecía un libro, en Alemania. Nombre del desconocido autor: Spengler. Título al efecto: *Der Untergang des Abendlandes.*[2] Todavía veo elevarse en los escaparates de las librerías renanas las pilas impresionantes de esos *in-octavo;* desaparecían como la nieve bajo el sol. En algunas semanas el nombre de Oswald Spengler era célebre en el mundo germánico y su libro alcanzaba el mayor éxito que ha conocido en Alemania un libro de filosofía histórica desde Gibbon. Ni siquiera éxito es la palabra apropiada; habría que hablar de revelación.

En el extranjero, la acogida fue menos calurosa. Reservada curiosidad en Inglaterra; entre nosotros, desconfianza irónica; tres años hubo que esperar para la aparición del librito de Fauconnet que catalogaba los temas spenglerianos, y dos años para una traducción de efecto retardado. Sin embargo, una copiosa literatura *(Der Streit um Spengler; O. Spengler und das Christentum,* etc.) repetía en todos los aspectos posibles, con una paciente monotonía, las ideas del profeta, de aquel que no dudaba en proclamarse a sí mismo "el Copérnico de la historia". No le juzguemos; juzgar no es tarea de un historiador. Intentemos comprenderle, lo que en sustancia quiere decir poner su obra y su éxito en relación con las necesidades de una Alemania en la que se gestaba aquello de lo que saldría el nacional-socialismo hitleriano.

El hombre — murió en 1936 completamente abandonado —, el hombre había nacido en 1880, en la Pru-

2. C. H. Beck, Munich, 2.ª ed. 1934, t. I. *Gestalt und Wirklichkeit,* t. II, *Welthistorische Perspektiven;* en 8.º, 549 y 666 páginas.

sia oriental. Protestante, de familia modesta, se doctoró en 1904 en "ciencias naturales" con una disertación sobre Heráclito. Ahora bien, toda la *Decadencia de Occidente* testimonia un rencor violento contra el respeto con que demasiados alemanes cuidan las ciencias de la naturaleza y contra el liberalismo de sus adeptos, principalmente su concepción del progreso; progreso, liberalismo, eran los dioses que al joven Spengler habían impuesto su medio familiar, sus maestros y sus compañeros de estudio. Contra ello, reacción brutal (y también contra el atomismo histórico, el trabajo monográfico, la separación de la historia en ramas que se ignoran recíprocamente: historia diplomática, económica, literaria, historia de las artes, de las ciencias, de las filosofías etc.). En el lugar de todos esos compartimientos, un amplio y preclaro palacio. Una historia totalitaria. Pueblos y lenguas, dioses y naciones, guerras, ciencias y filosofía, concepciones de la vida y formas de la economía: otros tantos símbolos a interpretar. Las relaciones y las correspondencias entre la geometría euclidiana y la ciudad griega, entre el cálculo integral y Luis XIV, entre el teléfono y el mecanismo del crédito, no son superficiales y fortuitas. Son íntimas y esenciales.

Todos los hechos humanos de una misma época se integran en "culturas". Y esas culturas son seres vivientes. Plantas, digamos, que nacen, crecen, se marchitan y mueren. Su destino comienza cuando el impulso, la proliferación de todo lo que engloban en su unidad se hace anárquico y sin regla. Por lo demás, aunque todas cumplieran con el mismo orden las mismas etapas, cada una difiere profundamente de sus vecinas por el alma propia que la anima; nuestra cultura occidental tiene el alma de Fausto, eterna tensión, deseo de imposible, dinamismo del corazón y del espíritu. El alma de la cultura antigua era "apolínea": estatismo y nada de dinamismo; calma, lentitud, serenidad;

nada de cronómetro ni de historia científica, sino la columna dórica y la geometría de Euclides. Y paralelamente se podría dar su símbolo a la cultura egipcia: el camino cortado, estrecho y misterioso que conduce al visitante hasta la tumba secreta del Faraón. Pero, por distintas que sean, todas estas culturas conocían sucesivamente un período ascendente *(Kultur)*; un período descendente *(Civilization)* — y finalmente, la muerte.

¿Hay que inclinarse ante estas fantasías vivamente coloreadas como se inclina el aficionado con su lupa ante una prueba precoz de la *Foire de l'Impruneta*? ¿De qué nos sirven esas culturas unificadas y totalitarias de las que participarían indistintamente y de forma semejante todos los hombres que viven en la misma época, cualquiera que fuera su condición social — trátese de Bergson o de Babitt, del dependiente del "Printemps" detrás del mostrador, del científico en su laboratorio o del granjero en su pueblo? Pero ¿y esas hermosas palabras, esas metáforas (nacimiento, crecimiento, muerte de las culturas)? Palabras nuevas sobre cosas viejas. Y que llevan al lector francés a los buenos tiempos (1887) de Arsène Darmesteter y su librito *La vie des mots*,[3] tan pronto puesto al día por Michel Bréal. Este siglo no había nacido.

¿Cómo, pues, explicarse el prodigioso éxito de Spengler y no solamente entre el gran público, sin defensa contra sus impresiones, sino entre todos los hombres cultos de Alemania y Austria, principalmente entre los jóvenes?

3. París, Delagrave, 1887, en 12.°, XII-212 págs. Introducción, pág. 3: "Las lenguas son organismos vivos, cuya vida, por ser de orden puramente intelectual, no es por ello menos real — y puede compararse a la de los organismos del reino vegetal o animal" — . Cf. igualmente en pág. 175, al final: "En la vida orgánica de los animales y vegetales, como en la vida lingüística, descubrimos la acción de las mismas leyes", etc.

* * *

Es que Spengler aparecía ante todos como un liberador. Cuando leemos sus apóstrofes y sus conminaciones — "¡Basta de monografías, basta de síntesis!" — nos dan ganas de sonreír. Es cierto que también nosotros tenemos nuestros miopes, nuestros topos excavadores,[4] pero tampoco nos faltan en absoluto las síntesis sustanciales y vivas. En cambio, en Alemania la historia seguía estando sometida todavía después de terminada la guerra, a un régimen de especialización a ultranza. Escritas en jerga por técnicos para los técnicos, las monografías no salían de los círculos universitarios; la historia cuyos fundamentos edificaban pacientemente era cosa de doctores obstinados en contradecirse: Vadius haciendo trizas a Trissotin. Un mundo cerrado: el coto de los técnicos y de sus bárbaras disertaciones inaugurales. El hombre culto normal no tenía posibilidad de entrar en él. *Fach*, y sacrilegio, el laico que ponía la mano sobre un *Fach*.

Ahora bien, Spengler predicaba ese sacrilegio —y el reparto de las riquezas saqueadas—. Y lo predicaba no en la jerga del especialista, sino en una lengua clara, viva, llena de cadencia y de ímpetu. A la inquietud intelectual de los burgueses de posguerra Spengler echaba el pasto de una historia que él había robado a los historiadores patentados (una historia traducida en fórmulas cada una de las cuales cubría siglos de pasado humano. Entre hechos hasta entonces estrictamente ubicados en compartimientos estancos); formaba relaciones que atraían por lo imprevisto y divertían por su vanidad: la geometría de Euclides tendiendo la mano a

4. Cf. las reflexiones de Georges Espinas en los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, t. VI, 1935, pág. 365: "De l'horreur du général: une déviation de la méthode érudite".

la columna dórica, ¡sabroso espectáculo! Todo un público alemán debió a Spengler el ingenuo y puro gozo de descubrir la historia —o, por lo menos, una historia a su alcance, con perspectivas proyectadas para él. Y este público recogió la ofrenda con reconocimiento.

Tanto más cuanto que el autor, convirtiéndose en profeta, anunciaba la decadencia de todo aquello que realmente ataba a sus lectores: nueva fuente de júbilo y liberación. Porque, al fin, participar en el surgimiento de una liberación que asciende está bien. Vivir los días de una decadencia, mejor. Y situado ante la muerte, aceptarla virilmente — "¡Sea, si así ha de ser!" — es una hermosa actitud romántica; uno se encuentra a gusto adoptándola. Es cierto que los historiadores profesionales alzaban los hombros o se escandalizaban — excepto para recoger algunas migajas del pastel debajo de la mesa, a escondidas —. Es cierto que los marxistas se indignaban, denunciando una doctrina indiferente a todos los aspectos sociales de la historia y de la vida. Pero el lector medio se sentía tocado en su amor propio individual y en su amor propio actual. Pequeño burgués prusiano o sajón, el lector medio, sin duda, no tenía el alma fáustica, pero deseaba tenerla o figurarse que la tenía. Fausto, símbolo de toda la civilización de Occidente: la encarnación era placentera y dulce para su corazón. Después de eso ¿qué importaba que tal teoría de Spengler le pareciera confusa o difícil? Sentir confusamente es aún más fácil y menos fatigoso que comprender con toda lucidez.

Señalémoslo finalmente (y ciertas ingenuidades de la crítica francesa no hacen inútil la observación): la filosofía de la historia no era más que uno de los aspectos del pensamiento spengleriano, y el menos importante a su gusto. La historia, un busto de Jano: una cara hacia el pasado, y otra hacia el porvenir. Y ¿qué porvenir? La decadencia de Europa, prefigurada ya, siguiendo las reglas de la analogía, por la decadencia

del Imperio romano. La constitución de imperios gigantescos. La guerra entre estos imperios y, primero y principal, entre el Imperio británico, capitalista esencialmente, y el Impeio germánico caracterizado, en esencia, por el estatismo. ¿El futuro? Un puñado de grandes hombres, por una parte; la masa, por otra. De ahí las predicaciones a los jóvenes: "No perdáis el tiempo con la poesía, la filosofía, la pintura. El pasado ha muerto. Dad forma en vosotros mismos a la materia prima de la que surgirán los hombres grandes". Temas esbozados en *La Decadencia,* pero recogidos y orientados en *Neubau des deutschen Reiches* o en *Politische Pflichten der deutschen Jugend,* programas políticos de un hombre que, según se dice, se contó entre los primeros en adherirse al nacional-socialismo.

* * *

En ese momento, Spengler y sus lectores, los futuros nazis de estricta obediencia, tenían enemigos comunes: la democracia, el liberalismo burgués y el marxismo. Por los años 20, Spengler comerciaba con los artículos entonces más codiciados: o sea, un cierto aire patético, un anti-intelectualismo a ultranza, la noción heroica del destino, el anti-esteticismo, el escalofrío de la criatura humana ante lo mayestático, la amplia majestad de la historia. Y además (véase su trabajo de 1920 *Der Mensch: Die Technik*) la profecía de la ruina tan cara para el pequeño burgués nazi, tan de acuerdo con sus sueños de autarquía: "Los excesos del maquinismo perderán a Europa; las razas de color aprenderán de la raza blanca a forjar en sus propios talleres las armas que utilizarán contra ésta..." Éstos son los méritos por los que Spengler tuvo éxito: no los méritos de un historiador analista y deductivo, sino los de un profeta, los de un mago, los de un visionario perfectamente

adaptado a las necesidades de la atormentada Alemania entre 1922 y 1929. Y contraprueba demostrativa: si en los últimos años perdió la estima general de los ambientes nazis no ha sido en absoluto porque se haya reconocido la falsedad de sus teorías históricas. Ha sido porque la actitud sentimental que había asegurado su triunfo y sus tenaces profecías dejaron de coincidir con la ideología del partido triunfante desde el momento en que éste se hizo dueño del poder.

"Vamos a cambiar el mundo. O por lo menos Alemania": es el eslogan que seguía a la victoria. *Umbruch; Neubeginnen; Der neue Mensch*: expresiones cargadas de optimismo activo y que, de la noche a la mañana, corrieron de boca en boca y bajo todas las plumas. ¿Cómo hacer coincidir esta necesidad de confianza y de fe en el porvenir, esa necesidad fanática de esperanzas apropiadas para hacer surgir las energías y el valor necesarios para la tarea cotidiana con los sermones pesimistas del hombre que durante años había repetido, incansablemente, la fatalidad del destino, el aplastamiento del presente por el pasado, la vanidad de querer sacudir el yugo de la historia dando un ilusorio impulso a una civilización agonizante?

Spengler no lo advirtió, y en su último libro — *Jahre der Entscheidung* —[5] acabó por enemistarse con los nacional-socialistas. El libro abundaba en cosas ya dichas: el fin del mundo se deberá a las razas de color; la ideología no tiene nada que hacer en el campo de la política exterior y de la economía internacional, etc. Caracterizaba duramente a los iluminados del nacional-socialismo: "esos jovenzuelos eternamente excitados" *(schwärmende ewige Jünglinge)*, esos niños inmaduros, sin experiencia y sin voluntad incluso para hacer las

5. Munich, C. H. Beck, 1933, en 8.°, 165 págs. Críticas nazis: véase principalmente A. ZWEININGER, *Spengler und 3 Reich*, 1933, y G. GRAUDEL, *Jahre der Ueberwendung*, 1934.

experiencias — en una palabra: esos adeptos no ya del romanticismo social de los comunistas, sino de un romanticismo político-económico que consideraba hechos positivos y demostrativos el número de votos en las elecciones, la borrachera triunfal de los grandes discursos y las teorías monetarias de ciertos incompetentes —. Hombres no, cabezas de borregos en rebaño. Y que sintiéndose innumerables se ciegan voluntariamente en su importancia (pág. 8), hablando de su victoria sobre el individualismo.

Falta de contacto caracterizado con la nueva Alemania. Lo que hace dudar de las cualidades de profeta y de historiador de Spengler. Y encima, el ridículo: el hombre que rompía con el pueblo de los que le habían aclamado, continuaba ofreciéndose a los nazis como su verdadero consejero. En sus propias palabras, graves: "Quien actúa, no ve lejos. Empujado por los acontecimientos, marcha sin ver el objetivo. Si se diera cuenta, quizás se pondría en contra del movimiento, porque la lógica del destino nunca ha hecho caso del deseo de los humanos; pero, con mucha frecuencia, se deja descarriar por el espejismo equívoco de las cosas que le rodean..." ¿Qué hacer sino confiar en la historia — y creer en Spengler, depositario soberano de la llave mágica que abre a la vez la historia del pasado y la del porvenir?

¡Peón, peón! respondían los nazis: *¡Oberlehrer, Oberlehrer!* Y soñando todavía con la tesis spengleriana del hombre bestia feroz y del mundo desplomándose de guerra en guerra y de revolución en revolución en el abismo final: "¡Sádico de oficina! ¡Fabricante de melodramas!" Porque en Alemania, en 1936, era obligatorio creer que el hombre medio era bueno y que la paz del mundo sería la obra última del nacional-socialismo triunfante.

Y en todo eso ¿dónde está la historia? Cuán pronto se ha resquebrajado la débil capa de barniz de historiador que recubría la mixtura política de un hombre

hábil, seductor, de palabra fácil, en la azarosa Alemania de 1922 a 1929...

El ascenso de un nuevo profeta: Arnold J. Toynbee

Miren por dónde, una decena de años después de la aparición de la obra de Spengler, y en lengua inglesa esta vez, dirigiéndose a un público inglés, empieza a realizarse una obra — una obra que, también, se presenta como una revelación —: la de una filosofía de la historia inédita e innovadora.

En realidad, lo mismo que las de Oswald Spengler, las ideas de Arnold Toynbee no son las ideas desinteresadas de un hombre de ciencia. Por diferentes que sean las dos obras, por independiente que se muestre el publicista inglés con respecto al doctrinario alemán, lo cierto es que en uno y otro hay la misma mezcla (sino la dosificación) de elementos críticos (ataques contra los historiadores y su ineficacia), elementos constructivos (filosofía de la historia que se presenta como original) y presupuestos políticos, en fin, conscientes y determinantes a la vez. *A Study of History* ha provocado, en ambientes que no se habían abierto a Spengler, vivas curiosidades, entusiasmos ciertos (incluso, podría decirse, pasiones). En unos pocos meses, todo un vocabulario que puede sacarse fácilmente de su libro ha sido adoptado por sectores enteros de historiadores, etnógrafos y sociólogos británicos. Ha atravesado el Canal con los propios libros de Toynbee. Aquí y allá se ha aclamado la novedad, la revelación, la obra maestra. Intentemos ver las lecciones y enseñanzas que un historiador puede recoger en el fondo de estos libros, materialmente bien presentados, fáciles de leer y consultar, que representan el "primer tramo" de la obra. Y dejando lo accesorio iremos recto a lo que constituye la aportación

de Toynbee: su teoría de las sociedades y las civilizaciones.

Sociedades, civilizaciones: objetos verdaderos de la historia, nos dice. Ellas y no las naciones tomadas una a una. Así pues, se cuentan cinco (que en nuestros días viven simultáneamente): la nuestra, en Occidente; la ortodoxa, en los Balcanes, Próximo Oriente y Rusia; más lejos, la islámica; a más distancia aún, la india; y, finalmente, la del Extremo Oriente. A las que hay que añadir algunos restos de sociedades agonizantes: la cristiandad monofisita; la nestoriana; la sociedad judía y la de los parsis: las dos sociedades budistas de los mahaganios y los hinaganios; en la India, la de los jains. Como se ve, predominio de etiquetas religiosas; sin embargo, nuestra civilización "se salva" de las etiquetas: "cristiana" no significaría gran cosa; católica no se aplicaría ni al país de Enrique VIII, Isabel y Cromwell, ni a los de Lutero, Calvino y Zuinglio (ni tampoco a otros; nombremos al azar: Voltaire, Diderot, Karl Marx, Lenin). Pasemos adelante y veamos lo que la historia puede sacar del estudio de las sociedades que sustituye al de las naciones: una doble ampliación en el espacio y en el tiempo.

Es preciso, nos dice Toynbee, instalarse en primer lugar en el corazón de la sociedad cuya historia se hace, allí donde se la capta mejor en su plenitud original. Y a continuación, partiendo de ahí, remontar de tramo en tramo hasta el punto en que uno se encuentra, sin posible duda, con otra sociedad muy claramente perceptible y captable. Por ejemplo, nuestra sociedad occidental: remontemos el curso de los tiempos y llegaremos paso a paso a una especie de *noman's land* histórico, en el que desaparecerá todo lo que sirve para caracterizarla, al menos rudimentariamente. Si superamos los aledaños del año 775, tendremos la sensación de penetrar en algo que cada vez más se irá caracterizando como sociedad distinta y original, algo que, en princi-

pio, no es ya la sociedad occidental, sino, por decirlo así, el fleco de una sociedad romana. La idea no es nueva y yo no sabría criticarla: desde hace tiempo he propuesto a los historiadores utilizarla para resolver el problema de las cesuras cronológicas de la historia.[6]

Ahora bien, tales reflexiones conducen a Toynbee a plantear lo que él llama el problema de aplicación: el de las relaciones, si se quiere, que pueden unir recíprocamente dos sociedades que se suceden. ¿Sucesión directa, inmediata, en el tiempo? No necesariamente. Véase el califato de Bagdad. No nació lentamente, como el Imperio romano. Lo hizo de golpe, con la victoria conseguida sobre el califato de Damasco (I, 73). Así pues, esta victoria restablecería entre Siria y Egipto, antiguas provincias romanas, y Arabia, provincia sasánida, el lazo recién anudado por el Imperio de los aqueménidas (el que destruyó Alejandro Magno). La victoria de los abasíes operaba, por tanto, después de un milenio, la resurrección de una gran formación histórica destruida por la brutalidad de un choque absolutamente externo. Y ya está descubierta la filiación; ya tenemos aquí a Toynbee pasando a golpe de metáforas —parálisis, caída en el sueño, despertar, curación (I, 17)— sobre estos diez siglos, plenos de historia viva sin embargo, y reuniendo por encima de las formaciones intermedias el estado de los abasíes con el de los aqueménidas...

No le seguimos en esos peligrosos saltos atrás, dignos de un Colleano. ¿Qué quiere demostrar? ¿Que si se aplica su reflexión al estudio de una formación política y social compleja (a la que, sin embargo, se puede atribuir una fecha de nacimiento válida) podemos darnos cuenta, con mucha frecuencia, de que desde épocas a

6. "Observations sur le problème des divisions en histoire", *Bull. du Centre internat. de Synthèse*, n.º 2, 1926, p. 22-26 (*R.S.H.*, t. XLII, Apéndice).

veces separadas por muy amplios intervalos, esta formación ha sido prefigurada por otras, en las que sin demasiado esfuerzo pueden encontrarse de nuevo algunas de sus características formales? ¡Pero si nosotros historiadores, estamos todos acostumbrados a buscar tales prefiguraciones! Sólo que, o no son más que un juego, o bien conducen a opiniones de conjunto sobre la génesis de las formaciones humanas. O, para utilizar (forzadamente, por lo demás) el vocabulario tan poco analítico y tan aproximativo de Toynbee, sobre la génesis de las "civilizaciones".

¿Qué, pues, nos aporta Toynbee de original sobre este importante problema?

* * *

Toynbee descarta deliberadamente la raza. No es ella la que crea las civilizaciones. No hay raza pura; la noción científica y el concepto popular de raza no se corresponden. Tampoco hay raza privilegiada: de las veintiuna civilizaciones que enumera, unas son obra de los blancos, otras de los negros, amarillos o cobrizos (I, 223). ¿El medio geográfico? ¿El clima? La misma actitud (I, 249). Se ven nacer civilizaciones muy diferentes en países físicamente comparables (por ejemplo, Canadá y Rusia). Y civilizaciones fluviales, la del Nilo o la del Yang-tse, son tan poco parecidas unas a otras como las civilizaciones "archipelágicas": la minoica, la japonesa y la helénica (I, 269).

Lo cierto es que las ciencias de la naturaleza no podrían proporcionarnos la clave del enigma. En este punto Toynbee se une a Spengler. Se trata de un problema humano —y la ley que rige todo este amplio campo es una ley de vida, la ley del *Challenge and Response*—; traduzcamos, si se quiere: Intimación y Adaptación. Ley eterna: todos los libros fundamentales

de la humanidad la conocen y la enseñan. El libro del Génesis y el libro de Job, el *Fausto* de Goethe tanto como el *Voluspá* de los escandinavos o el *Hipólito* de Eurípides; y desde Hesíodo a Volney, desde san Mateo y Orígenes a Goethe, desde san Pablo y Virgilio hasta Turgot, todo es una revista de dioses, semidioses y héroes (I, 271 a 302), alineados en torno a la cuna de la gran idea. Toynbee pasa revista con seriedad — no sin que a veces, en el curso de esta larga ceremonia, nazca una amable sonrisa en los labios del lector francés, "nacido malicioso". Sin embargo, todo el tomo II de *A Study* nos proporciona la exposición de una especie de "fisiología", bastante embrollada, de la "intimación". O de las intimaciones, porque el autor las clasifica en cinco categorías.

En primer lugar, las brutales. La intimación debe tener vigor. Por tanto, no busquemos su patria de elección en comarcas favorables. Frecuentemente, la génesis de una civilización representa un duro ejercicio humano —y tan excepcional que los efectos no han podido prolongarse: es la lección que nos dan las ruinas de los mayas, testimonio de una lucha trágica del hombre contra la selva virgen — o los monumentos ocultos bajo las lianas de Ceilán o de Camboya — o, en otro medio, las ruinas de Palmira, nacidas de una llamada directa del desierto.

Contra-prueba: la intimación es demasiado suave, las condiciones de vida demasiado favorables: tenemos el caso de Capua, *perfida Capua*, la traidora que perdió a los soldados de Aníbal.[7] Pero ¿la ley no se cumple en todas partes? ¿Dónde nació la civilización china? ¿En las riberas del agraciado Yang-tse o en las del demo-

7. ¿Se desean otros ejemplos? La Circe de Ulises interviene en el momento oportuno, seguida de Calipso, escoltada por las delicias de Canaán. Toynbee ha tomado el partido de mezclar a posta las referencias históricas y las referencias poéticas.

níaco Hoang-Ho? y ¿dónde la civilización andina? ¿En el templado Chile? No, en Perú, en un lugar donde se plantean agudos problemas de irrigación y cultivo (II, 34). El Ática, Grecia de las Grecias, ¿no es tan seca como húmeda y verde la pesada Beocia?[8] En todas partes, siempre ocurre lo mismo. La moderna Alemania no ha nacido en el hermoso jardín renano; se ha forjado en el duro yunque de Brandenburgo. Los Habsburgo no han salido de la más noble, sino de la más débil región de su herencia. Intimaciones de la rudeza: en relación con ellas, la llamada de la novedad — la potente llamada de la tierra nueva: la civilización de Babilonia ha nacido en Asiria, donde había que roturar la tierra — y la civilización de la India, en el sur de la Península, en una región de tierras incultivadas.

Por lo demás, las intimaciones sólo proceden de la naturaleza. Es de humanos, por orden y origen. De aquí las reacciones que provocan las pruebas súbitas, un desastre, catástrofes: Roma reaccionando después de Alia, el Imperio otomano más fuerte cincuenta años después que antes del desastre de Angora y del triunfo de Tamerlán (II, 702). Ley que se cumple a lo largo de toda la historia, desde Zama a Verdún... pasando por el Pentecostés que sufrió el florecimiento de los após-

8. Sin tener en cuenta modificaciones, muy sensibles, que sufrió el Ática desde la Antigüedad. A dos pasos estaba Calcis, territorio fecundo, pero minúsculo. Era necesario emigrar: de ahí la expansión de Calcis hasta Tracia y Sicilia (II, 42). Pasemos a Siria. En ella se inventó el alfabeto, se descubrió el Atlántico, se elaboró una noción de dios, común al judaísmo, a la religión de Zoroastro, al cristianismo y al islam, pero extraña a las religiones sumeria, egipcia, médica y helénica (II, 50). Ahora bien ¿qué pueblos han propagado semejantes descubrimientos? ¿Los gruesos filisteos o los delgados fenicios, habitantes de una tierra pobre, estimulados a la vez por el mar y por el desierto y que se fueron a descubrir todo un mundo desconocido, el Atlántico, al mismo tiempo que una pequeña comunidad de nómadas que vivía, también, en las peores condiciones sobre los cascajos de Efraín y Judá, descubría el monoteísmo?

toles, atestiguado por los Actos, provocado por la segunda desaparición del Maestro...

Stimulus of blows. Al lado, las respuestas ante presiones continuas: *stimulus of pressures.* ¿Historia política de Egipto? La de una tensión entre dos polos extremos situados, respectivamente, al Norte y al Sur (con Tebas, el corazón, en el centro). ¿Vitalidad, robustecimiento, fecundidad política de los países fronterizos? Véase el caso de la India: la mayor parte del ejército de los hindúes se extrae todavía hoy del Penjab, de un país que ha tenido que reaccionar sin cesar ante las presiones externas. Y mientras el centro cultural era Delhi, expuesto a los vaivenes, fue vivo y actuante; una vez transferido a Bengala por los ingleses, se marchita.[9] Pero ¿de dónde surge el reino de los merovingios? En Austrasia, bajo la amenaza de los sajones y los avaros. Y conquistada Sajonia, como estaba en las avanzadas, fue ella la que se convirtió bajo Otón en la provincia vital entre todas las demás.[10]

Finalmente, último *stimulus*: la respuesta ante las persecuciones, *Stimulus of penalizations*, está representada por el cristianismo deudor de su vida secreta, mil veces más intensa que su vida oficial, ante las persecuciones de los paganos y los emperadores. Es el mismo caso de los fanariotas ante su condición de huéspedes precarios de un *ghetto* cristiano, con su actividad comercial, su toma de contacto con los occidentales y su talento de administradores adquirido en la gerencia de los bienes del Patriarcado; cualidades todas que, a fines

9. Hoy es en la costa, tocando al mar, en Bombay, donde respondiendo a las incitaciones del Occidente vencedor, se despierta el gran movimiento nacional indio.

10. Lo que vale para Europa vale para América: para terminar su periplo, Toynbee nos conduce a los Andes, a Cuzco, a Tenochtitlán, capitales activas (y no Tlaxcala o Cholula, ciudades resguardadas del interior), porque sobre ellas se ejercía la presión de las tribus de la selva o de los chichimecas (III, 207).

del siglo XVII, les valieron en el Imperio otomano una sorprendente revancha material y moral.

Conclusión: las civilizaciones nacen de la dificultad y no de y en la facilidad. A mayor intimación, más viva respuesta, hasta un cierto límite, sin embargo. Donde se ha desarrollado con más fuerza la civilización escandinava no ha sido en Noruega, en la tierra menos agreste, ni en Groenlandia, en la más dura, sino en Islandia. Y ello porque esta civilización debía responder, en primer lugar, a las incitaciones de una migración transmarina. De ahí que encontrara en Islandia condiciones de vida más duras que en Noruega. Más duras, pero no demasiado duras, como en el caso de Groenlandia.

* * *

Así pues, Toynbee pretende decirnos cómo nacen las civilizaciones. Pero ¿nacer? Hay que vivir. Y perdurar. La historia está llena de civilizaciones abortadas, o de civilizaciones detenidas que sin ser destruidas por fuerzas externas dejan de desarrollarse en un cierto momento, se petrifican, por así decirlo, y chocan con dificultades demasiado constantes y demasiado fuertes; continúan viviendo en una horrible tensión sin llegar nunca a un surgimiento pleno. Ejemplo: la civilización de los esquimales, detenida, atada, por decirlo así, al propio exceso de "duro esfuerzo humano" que supone la cotidiana existencia en un medio ambiente semejante. Otro ejemplo: las civilizaciones de los nómadas, que pagan su audacia de afrontar la estepa. Ejemplos más desarrollados, finalmente: los que proporcionan a Toynbee las civilizaciones de los osmanlíes y los espartanos.

Una respuesta, la primera, a requerimientos de orden humano. El problema era dominar comunidades fuertemente implantadas en terrenos que codiciaban los osmanlíes, antiguos conductores de rebaños en la estepa.

Osmanlíes, que conservaban sus hábitos de pastores —de donde sacarían los medios para triunfar—. El pastor y sus perros y sus caballos, animales que sabe domesticar y que le permiten guiar el rebaño. Los padishahs otomanos fueron hombres a los que domesticaron en lugar de los animales. Soldados o funcionarios, hicieron de ellos perros guardianes humanos. Y por una paradoja que sólo es aparente, les cogieron no sólo entre ellos, sino entre los cristianos. Y es que domar a esos guardianes de hombres suponía tan dura prueba, tal restauración, que únicamente seres totalmente desarraigados de su ambiente humano eran capaces de ejecutarla. Pero tan pronto como a fines del siglo XVI fueron admitidos musulmanes libres en las filas de los jenízaros esto representó el fin de la institución, su desintegración y la desaparición (III, 46).

Diferente y, sin embargo, análogo es el caso de los espartanos. Cuando, hacia el siglo VII antes de Jesucristo, la superpoblación de las ciudades planteó al mundo griego un problema trágico, Esparta no lo resolvió mediante la expansión marítima. Y justificadamente. Se precipitó sobre sus vecinos, los mesenios. Pero éstos no eran, como los bárbaros colonizados por los demás griegos, portadores de una civilización inferior.[11] Y la victoria de los espartanos sobre ellos fue de esas "en que la espada entra en el alma del vencedor" (III, 53). Desde entonces, toda la vida espartana no tuvo más que un objetivo: mantener la conquista y, para ello, forjar una máquina policíaca y de explotación cada vez más rígida y más perfeccionada. En la base, en lugar

11. La superioridad de los griegos sobre los bárbaros era tal que por una parte bastaban pequeños contingentes para asegurar el dominio de los primeros; y, por otra, las tierras colonizadas, valorizadas por los griegos, eran a la vez suficientes para cubrir las necesidades de los conquistados y los conquistadores. De ahi esas simbiosis que fueron las ciudades griegas de Sicilia, la Magna Grecia, Tracia, etc.

de esclavos sacados de la masa vencida como en el caso de los osmanlíes, niños libres. Con estos niños se realizaba el mismo trabajo que con los jenízaros: severa selección, especialización absoluta, vigilancia estricta de la vida privada, desarrollo del espíritu de emulación, recompensas y castigos igualmente excesivos. Y tras ello, Esparta en estado de tensión y perpetua excitación. Esparta, gran ironía: un ejército incomparable, pero que los espartanos, ínfima minoría, no se atrevían a aprovechar porque el equilibrio social, estrictamente calculado, dejaba tan poco margen a las fantasías que una victoria excesiva le hubiera descompuesto y echado abajo. Por eso, la victoria fatal de 404 condujo a la derrota fatal de 371. Y a la decadencia (III, 71-75).

Civilizaciones detenidas. Civilizaciones osificadas. Se imagina uno a los insectos: rigidez, inmovilidad, sin impulso posible. Todo se hace con un único fin: no debilitarse.

* * *

¿Cómo, pues, medir la vitalidad de una sociedad? Toynbee enumera sus criterios. En primer lugar, el dominio progresivo del medio humano. Después, el dominio progresivo del medio físico. Más tarde, la espiritualización progresiva de todas las actividades humanas. Incluso en el campo de la pura técnica: ¿no se trata del paso de lo más denso a lo más ligero, de lo más pesado a lo más sutil — del carbón al mazut, del agua motriz al vapor? Finalmente, último criterio: la transición de los requerimientos y de las respuestas de fuera adentro. Para nosotros, por ejemplo, los problemas externos están resueltos. Que no se diga que el bolchevismo nos amenaza desde fuera. Es un hecho occidental y no un hecho extranjero: la crítica que el Occidente hace del orden social inestable y transitorio instaurado en el siglo XIX. Y el plan quinquenal, una victoria de la técnica

occidental, un paradójico esfuerzo para fundir en el campesinado ruso los ideales contradictorios de Lenin y Ford. O mejor aún: los métodos de Ford y el ideal de Lenin (III, 202). Para nosotros los problemas externos están resueltos; nuestra técnica los domina, pero ¿somos capaces de dominar nuestra técnica?, ¿de triunfar en el plano interno? Es el gran problema y la gran prueba. Veamos.

Estamos ante lo que conduce a Toynbee, por una senda un tanto ondulante, a plantear el problema del desarrollo interno de las sociedades y, principalmente, el problema de las relaciones entre sociedades e individuos. ¿Su respuesta? La sociedad no crea. No es más que el lugar común donde coinciden las actividades individuales. Organiza las comunicaciones entre individuos, pero son éstos, y no las sociedades, los que hacen historia (III, 231). Las sociedades avanzan gracias a los genios que modifican el medio común, responden a los requerimientos que la sociedad recibe, le imponen las mismas transformaciones que se han impuesto a sí mismos. Si los genios no triunfan es porque van por delante de los tiempos, en cuyo caso han de desaparecer.[12]

A veces se observa una eclosión simultánea de genios. Los progresos están en el aire. Requerimientos muy semejantes se dirigen a individuos que se mueven en el mismo medio ambiente y provocan respuestas idénticas. Pero la masa es siempre inactiva. Y lo que distingue radicalmente las sociedades primitivas de las verdaderas civilizaciones es la ausencia de minorías creadoras. En todas partes, siempre, el camino de la historia pasa sobre

12. Todo genio rompe un equilibrio, más o menos laboriosamente establecido antes de que él venga a incriminarlo. Una vez que lo ha roto ¿lo restablecerá sobre sus antiguas bases, en la línea del tiempo, o sobre bases nuevas, en una línea imprevista? En todos los casos, el genio se bate contra la sociedad, y el conflicto sólo puede terminar con su derrota o con su triunfo (III, 236).

las crestas que separan a las masas estancadas de las minorías despiertas—los genios, que tienen sus leyes particulares, su propio ritmo de vida...

Acción, éxtasis y, de nuevo, acción. Lo que Toynbee denomina la ley de Retirada y Retorno, *Withdrawal and Return*, y que ilustra a continuación poniendo ante nuestros ojos, pinchados con un alfiler en pleno coselete, es una maravillosa galería de genios. Transcribamos: san Pablo, san Benito, san Gregorio Magno, Ignacio de Loyola, Buda, David, Solón, Filopémenes, César, León Siriaco, Mahoma, Pedro el Grande, Lenin, Garibaldi, Hindenburg, Tucídides, Jenofonte, Josefo, Ollivier (¡Émile!), Maquiavelo, Polibio, Clarendon, Abenjaldún, Confucio, Kant, Dante y... Hamlet. El humor británico no pierde nunca sus derechos.[13]

Retirada y Retorno: movimiento universal. No sólo afecta a los individuos, sino a los grupos que, castigados por la vida, se repliegan en sí mismos para lanzarse luego con más fuerza que nunca (III, 233). Afecta a las propias civilizaciones; y Toynbee pretende descubrirlo en la Rusia soviética; pero, para no ser infiel a su teoría sobre la impotencia de las masas, precisa claramente que la *withdrawal* de la minoría creadora precede siempre a la de la civilización en su conjunto. E igualmente precisa que frecuentemente los creadores están respondiendo ya a nuevos requerimientos, mientras que la masa dirige, simplemente, los resultados obtenidos con anterioridad.

De aquí deriva el hecho de que la evolución de la civilización se haga a saltos. Expansiones bruscas seguidas de reposos, reposos que preparan nuevos saltos (III, 375). Porque, en una sociedad viva, toda respuesta

13. Cada uno de estos genios tiene derecho a una pequeña nota informativa de 2 a 8 páginas; de donde sale en estado de pieza anatómica, mutilado, deformado, mecanizado a voluntad. Gracias a los cuidados de un hombre, Toynbee, que a cada página clama su culto por la vida...

a una incitación da origen inmediatamente a una nueva incitación. Y como las experiencias que se encadenan varían, las civilizaciones pueden diferir unas de otras. Cada cual posee su estilo particular: Toynbee sigue en este punto fielmente a Spengler. El estilo de la nuestra, y desde hace mucho tiempo (desde mucho antes de los descubrimientos contemporáneos), el estilo de la nuestra, digo, es el mecanicismo. Y el tercer volumen de Toynbee se cierra con esta conclusión optimista: floreciente, abortada o detenida, toda civilización tiene su sentido en un Universo animado por el ritmo que expresa el verso del Corán (X, 4): "Todos volveréis a él. Tal es la verdadera promesa de Dios. Él hace emanar la creación y después la hace retornar".

La lección de "A Study of History"

Tal es esta obra o, al menos, sus comienzos (Toynbee anuncia veinte volúmenes). Tal la atmósfera de esta gran empresa, plena de cualidades sensibles, de brillos un tanto teatrales, de vivacidad y destreza.

Atmósfera de escalofrío ante la amplia majestad de la historia; sensación producida en el lector confiado por la evocación magistral de todas las civilizaciones en *numerus clausus*, que se desarrollan ante sus ojos deslumbrados como los cuadros de un melodrama: admiración no regateada por el prestidigitador que maneja con un brío tal los pueblos, las sociedades, las civilizaciones del pasado y del presente, de Europa y de África, de Asia y de América; sentimiento de la grandeza de los destinos colectivos de la humanidad, de la pequeñez individual del hombre, de su potencia también, porque —conducido por Toynbee— llega a entrever de una sola ojeada las veintiuna civilizaciones fatídicas con que se ha tejido la trama de la historia humana... Y esta omnisciencia, esta total certeza, estas

explicaciones tan totalizadoras son tan perfectamente explicativas que, al cabo de cincuenta páginas, uno siente nacer una frenética envidia no de comprenderlo todo, sino de aprender, porque, al fin y al cabo, uno no sabe, siempre, todo sobre todo —y porque quedan, todavía, por plantear algunos extraños y bienhechores enigmas…

Si uno resiste a la seducción del mago; si uno rechaza la actitud sentimental del creyente asistiendo a un culto; si se examinan las ideas fríamente, y las conclusiones, ¿qué hay de nuevo en todo eso? ¿qué hay de verdaderamente nuevo y que pueda, historiadores, incitarnos a volver sobre nuestros pasos, a una condena de nuestros métodos, a la adopción de métodos nuevos?

¿Nos detendremos en esos artificios seductores, en ese gusto decadente por las aproximaciones bruscas, por los imprevistos contactos de hechos, ideas y aspectos divergentes que ya señalamos en Spengler? Véase el gran Mommsen (I, 3). Todo el mundo sabe que empezó escribiendo, aproximadamente en 1854, una historia "nacional", la del pueblo romano. Tras lo cual, se dedicó a publicar textos e inscripciones, el *Corpus*, el *Código de Teodosio*, el *Digesto*… ¿Qué decir, sino que la curva de esta vida reproduce sin esfuerzo la curva misma del siglo: ansiedad "nacional" al comienzo, y, por tanto, reducción del campo visual del historiador a esos trozos de humanidad que encierran las fronteras; ansiedad industrial después, preocupación por la materia prima a recoger, elaborar, triturar: y, en consecuencia, el historiador trabajando en las "fuentes", en la materia prima de la historia… Ahí tenemos una ingeniosidad. Una agudeza que debería conducirnos, lógicamente, a hacer de un Mabillon, auténtico proveedor de materia prima histórica, el contemporáneo ignorado (y que se ignoraba) de una gran industria preocupada ya por sus materiales y por su trituración…

Volvamos atrás. ¿Toynbee predicando, tras las huellas de Spengler, la guerra santa contra los cortes arbi-

trarios, la cerrazón, el espíritu de monografía? Perfecto. Nunca seremos demasiados en favor de esa cruzada. Además, estemos más o menos cualificados para hacerlo, la buena voluntad no siempre es suficiente en estas materias: hace falta competencia. Pero, 'ciertamente, Toynbee no tiene nada que enseñar a ninguno de los que, desde hace años —en Francia y en el extranjero—, participan en el esfuerzo del grupo que Henri Berr, animador de *L'Évolution de l'Humanité,* supo constituir en torno a su *Revue de Synthèse*, a partir de 1901. Y tampoco a los jóvenes trabajadores que se reúnen en torno a los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, o a los experimentados científicos que, respondiendo al llamamiento del "Comité de l'Encyclopédie française", se han reunido para pensar el universo contemporáneo no por especialidades, sino en sus problemas vivos y sin preocuparse por delimitaciones de escuela u oficio. A. J. Toynbee une simplemente una voz inglesa a nuestras voces francesas. No nos corresponde a nosotros decir hasta qué punto esta vez se destaca de las demás en el mundo británico. En el nuestro, su sitio está en los coros.

Toynbee tiene razón en procesar alegremente las historias nacionales que sólo son nacionales y a los historiadores miopes que (I, 15) se niegan a ver en su país un simple elemento de la totalidad. Con un ardor de neófito enseña a sus lectores que uno no debe quedarse hipnotizado en Inglaterra, sino tener en cuenta el conjunto de la sociedad occidental — de la misma manera que no podemos dedicar nuestros desvelos únicamente a Atenas o sólo a Lacedemonia, sino a toda la sociedad helénica —. Muy bien. A condición de que nos acordemos de un pequeño dato: el hombre que con más vigor y autoridad proclamaba, no hace mucho tiempo, las virtudes del método comparativo en historia, es precisamente autor de una historia nacional. Se trata de Henri Pirenne, quien supo hacer de la *Historia de Bél-*

gica el más rico capítulo de una historia de Europa que aún está por crear. Lo que, si fuera preciso, debería ponernos en guardia contra fáciles oposiciones y prédicas un tanto simples, al modo del publicista, pero con el horror del científico.

Aclarado todo eso, hay que hacer balance: 1.300 páginas de texto que acabamos de resumir en una veintena, poco más o menos, y cuyo contenido "original" se reduce, al fin y al cabo, a tres o cuatro tesis. ¿Discutibles para el historiador? Sí, con la condición de ponerse antes de acuerdo sobre ciertas precauciones.

Toynbee, a diferencia de Spengler, no profesa el pesimismo radical. Más bien al contrario, enseña lo que podríamos denominar un optimismo cosmológico. En su opinión, la significación de tantas civilizaciones como han venido al mundo y han desaparecido se revelará en otro mundo. Respetable creencia, aunque bastante vaga (si me atreviera, diría: un poco clorótica); pero no vamos a discutirla, ya que es irrelevante tanto para la historia como para la crítica.

Preocupado por volver a dar a la historia su impulso vital, Toynbee trata, por otra parte, de salvarla de la mecanización. De aquí, desde luego, todo el arsenal de expresiones y metáforas "vitalistas"; y, sobre todo, la ley suprema de la vida (en su opinión, al menos, la ley de *Challenge and Response*). Y en esta ocasión, historiadores, decimos: fórmula filosófica. Verdad filosófica, si Toynbee lo prefiere. Pero que no vamos a discutir. Como tampoco discutiremos la ley del *Withdrawal and Return* que lleva a nuestro autor a instalarse en la misma cadena para hacer desfilar ante nosotros a Tucídides, Mahoma y... Émile Ollivier. También en este punto, simplemente diríamos: nada que tenga que ver con nosotros; nada que tenga relación con nuestro trabajo, nuestras preocupaciones y nuestros métodos — nada, si Toynbee no pretendiera haber descubierto estas leyes por la gracia de un mé-

todo: el método histórico comparativo. En consecuencia, una cuestión se plantea para nosotros, aficionados y buscadores de realidades históricas y no de verdades filosóficas: ¿es lícito, metódicamente sano y correcto de procedimiento instituir, entre veintiuna civilizaciones escalonadas de un extremo a otro de la cadena de los tiempos y distribuidas por toda la circunferencia del globo, una serie de comparaciones válidas y fecundas?

Veámoslo con Toynbee, ya que en la primera parte de su libro dedica cuarenta páginas a hacer la apología no diremos de *el* método, sino de *su* método comparativo. Y, una por una, expone, y luego refuta, las objeciones que más se teme. He aquí la primera: las sociedades no son comparables por heterogéneas. Nada tienen en común, salvo este hecho bruto: todas representan campos igualmente válidos de investigación histórica —lo que es un tanto vago para permitir realizar verdaderas comparaciones—. Error, responde Toynbee. Las veintiuna sociedades tienen de común en todos los casos lo siguiente: son "civilizaciones" y no sociedades primitivas. Las sociedades primitivas son 650. Pero estas veintiuna civilizaciones tienen por sí solas más miembros que todas las sociedades primitivas juntas. Y el hecho de que todas ellas son igualmente "civilizaciones" nos proporciona una base válida para la comparación. Sea. Pero ¿no habría que ponerse de acuerdo antes sobre lo que llama civilización?

Segunda objeción, que se opone diametralmente a la primera: heterogeneidad de las civilizaciones. Acabamos de ver lo que hay que pensar sobre eso; unidad de la civilización. Siempre habrá quien mantendrá la tesis: la humanidad es una; no permite su separación en ramas; en consecuencia, no puede hablarse de civilizaciones: no hay más que una, *la* Civilización. — Toynbee dedica más de veinte páginas (I, 150-172) a combatir esta tesis y, de paso, la concepción europeocén-

trica de una historia que, en el fondo de su corazón, gustaría a la civilización occidental del siglo xx. Cosa que está muy bien — pero el lector francés, primero, sonríe al ver a don Quijote lanzarse contra ese espejo con tanta convicción; tras lo cual, se sorprende un poco: ¿no será que la Gran Bretaña seguirá siendo tan fiel a las ideas del siglo xviii declinante para que hagan falta tantos esfuerzos, tantas páginas para combatirlas?

Toynbee ve venir una objeción más grave: "Las veintiuna civilizaciones — se dirá — no son contemporáneas; se extienden a lo largo de 6.000 años. ¿Cómo compararlas, entonces?" Pero ¿qué son 6.000 años si se piensa que el mundo se remonta a dos mil millones de años, la vida sobre la tierra a 300 millones y la aparición del hombre (nosotros dejamos, naturalmente, a Toynbee la responsabilidad de todas esas fechas) a 300.000? Así es que 6.000 años, y vistos desde Sirio, no son nada. Una película de tiempo sin grosor apreciable. ¿Vamos a establecer diferencias? Así pues, sigamos: todas las civilizaciones son contemporáneas. Tanto más cuanto que cada una de ellas, como un verdadero individuo, no representa nunca más que tres edades sucesivas: la de la génesis y, si lo hay, el encuentro con una civilización externa; la del nacimiento; la edad de la afiliación a una nueva civilización o la de la extinción pura y simple. ¡Pasa, nuez! La nuez pasa; el prestidigitador es hábil, pero ¿no lleva acaso a mecanizar una historia que se trataría de vitalizar? Dejémoslo y dejemos también lo que sigue. La nueva puerta que Toynbee hunde presionando vehementemente con los brazos extendidos (I, 175-177): todas las civilizaciones se hacen valer, afirma, y la nuestra no es una culminación. ¡Levantemos acta!

° ° °

Queda la última objeción: "Todo hecho histórico es un hecho único —y, en consecuencia, por naturaleza y definición, imposible de comparar a otros—". Toda vida, responde Toynbee, no sin cierto malestar, toda vida es a la vez única y comparable a las otras vidas. La existencia de ciencias como la botánica y la zoología, las ciencias biológicas en general y la fisiología demuestra por sí sola, experimentalmente, que los fenómenos de la vida pueden ser comparados. Y de forma semejante, la existencia de la antropología, que no se priva en absoluto de hacer comparaciones… ¿Comparaciones? Pero las sociedades primitivas son sociedades sin historia… —Sólo os lo parece, responde Toynbee, porque faltan documentos. Admite usted que se comparen instituciones primitivas. Si usted pudiera reconstituir la historia de las sociedades que las adoptaron o crearon, admitiría también que se estudiara comparativamente esas sociedades en su evolución. Por tanto, ¿qué le impide admitir que se estudie comparativamente, de la misma manera, las sociedades, las civilizaciones que poseen todos los documentos necesarios para un estudio tal? Tanto más cuanto que, desliza hábilmente Toynbee (I, 180), de todo estudio empírico de las civilizaciones resulta la existencia de un elemento de regularidad y de repetición que proporcionará la mejor de las bases a nuestro método comparativo. Forma astuta, como se ve, de dar por demostrado lo que habría que demostrar.

Después de lo cual, nuestro autor añade: ¿discuten ustedes, historiadores, con pedantería sobre la posibilidad de aplicar el método comparativo a hechos vivos o que fueron tales? Los hombres de negocios no discuten tanto. ¿Sobre qué fundan sus empresas?, ¿sobre qué basan, por ejemplo, las compañías de seguros sus

actividades? Sobre estadísticas. Es decir, sobre comparaciones válidas entre hechos que se consideran "únicos". Las estadísticas no engañan: desprécielas, y su empresa se debilitará, utilícelas juiciosamente, y prosperará. Por tanto... Por tanto, imitemos a los hombres de negocios, historiadores timoratos. Y utilicemos, como ellos, el método comparativo.

¡Un momento! Yo no pregunto si es a la noción de precio de coste o primas de seguros a calcular adonde conducen finalmente tan hermosas declaraciones sobre la vida y la historia viva. Yo pregunto, simplemente: ¿asegura usted que los hombres de negocios deben su buen sentido al hecho de que no se han formado en los métodos desusados de la historia? Perfecto. ¿El buen sentido les incita a encontrar "muy natural" el empleo del método comparativo en su campo? De acuerdo. Pero ¿qué es lo que comparan?, ¿a qué límite de tiempo aplican sus comparaciones? Si se salen de esos límites yo les desaconsejaría, sin vacilar, que basaran sus cálculos para la próxima cosecha en las fluctuaciones de los precios del trigo en las riberas del Nilo durante el reinado de Ramsés II... Y no vacilaría incluso en rogarles que se lo pensaran dos veces antes de deducir de la observación de los hechos europeos de hace cincuenta años leyes aplicables, tal cual, a los hechos europeos de hoy. Pero dejemos de seguir a Toynbee en su campo y de polemizar ficticiamente a ejemplo suyo con interlocutores británicos que, vistos a través de él, nos parecen viejos de viejos países atrasados y de una ingenuidad un poco demasiado favorable a los éxitos de Toynbee. No creo que ni yo, ni ninguno de los compañeros de armas históricas de que hablaba antes —los de la *Revue de Synthèse*, los de los *Annales* y los de la *Encyclopédie*— demos la impresión de ser historiadores refractarios a cualquier innovación. Yo no creo —y la colección de estas publicaciones proporcionaría un testimonio a Toynbee si tu-

viera más curiosidad por las cosas y las ideas de Francia (dejando aparte a Émile Ollivier y Gobineau) — no creo, digo, que nunca haya tomado posición contra el método comparativo. Al contrario, creo saber perfectamente que he roto más de una lanza en su favor. Pero con las necesarias prudencias.

Comparemos, sí. Pero como historiadores. No por el gozo perverso de sumergirnos en la nada de veintiuna conchas vacías, sino por el sano y fuerte placer de aprender de lo concreto, de disecar cada vez con más agudeza esos cadáveres de tiempos idos que son las civilizaciones. Comparemos. Pero no para fabricar, al fin, a la buena de Dios, extraños conceptos abstractos de iglesia ecuménica, estado universal o invasión de los bárbaros, con datos chinos que se mezclan con hechos indios, rusos y romanos. Comparemos para poder sustituir por plurales esos singulares, pero con conocimiento de causa. Para poder decir, si se me permite elegir un ejemplo que me es familiar: no ya *la* Reforma, sino *las* Reformas del siglo XVI, mostrando de qué manera éstas se han operado en formas diferentes en distintos ambientes nacionales y sociales como respuesta a los "requerimientos" del mundo medieval descompuesto; *las Reformas*, lo que no quiere decir una colección de disertaciones monográficas sobre los detalles de los dogmas formulados por Lutero, Zuinglio, Melanchton, Bucer o Calvino, sino la explicación de las variantes que introducía la vida, con sus particularidades, en el conjunto de las "concepciones del mundo" que estos hombres formulaban para uso propio y para el de sus contemporáneos. Cada una de estas variantes debía tener en cuenta todas las de los vecinos y se originaban en las condiciones de existencia propias de los individuos, los grupos, las clases y las naciones. Cierto que es una empresa para la que se necesita mucho impulso. Pero, al fin y al cabo, modesta, si la comparamos a la

de Toynbee. Menos de un siglo frente a 6.000 años: película por película, la primera es más delgada.

A lo cual se objetará lo siguiente: "Ese pasado que usted trata de comprender e interpretar en su trabajo, en definitiva ¿no lo reconstruye usted realmente?" — Claro que sí. Toda ciencia es constructiva. Pero no toda construcción es igualmente sólida, leal y lícita. Decir que los documentos no lo dicen todo; decir que el historiador ha de tener, para interpretarlos, adivinación, una cierta especie de sensibilidad, antenas; decir que de los documentos no se desprenden irresistible y automáticamente las mismas conclusiones, son otras tantas perogrulladas. Pero pretender reconstituir de manera válida el pasado con la ayuda de una centena de datos sacados de algunas memorias de especialistas es una audacia. Pretender hacerlo de tercera mano, siguiendo datos obtenidos en manuales, es una quimera.

Y añado: es realmente una pérdida de tiempo continuar oponiendo, como se hace perezosamente, el "especialista", autor de monografías, al verdadero historiador, constructor de síntesis. Aquí hablo como práctico de la historia. ¿Especialista o sintetista? Las dos cosas a la vez, porque hay que ser las dos cosas. Generalizar en lo concreto, sin preocuparse por abstracciones hechas en serie; ésa es la cumbre última a coronar por el historiador, la más alta y la más difícil. No todos la alcanzan, ni todos están dotados para alcanzarla. Y no la trasponen más que los que primero hayan hecho lentamente, penosamente, difícilmente, sus marchas de aproximación por la montaña. No hay nada que pueda dispensar de eso a nadie. Pretender encaramarse en la cumbre de un salto, tomar en ella una posición de vanguardia y luego partir de nuevo de otro salto, saludando, está muy bien para una fotografía de portada en una revista ilustrada. Pero eso no pasa entre los alpinistas. Quiero decir, los historiadores.

Y ataque final: que Toynbee y sus émulos de todos

los países dejen de ironizar sobre los especialistas, esos atrasados que tienen la culpa de todo. Toynbee y sus émulos son, al menos, tan atrasados como ellos. Los especialistas son de "ayer", los otros también, si no son de anteayer. "La vida": se les llena la boca con la palabra. Igual que a los de 1900. Pero no va a ser comparando a la vez veintiuna civilizaciones como se captará la vida. Por fuerza ha de desvanecerse entre las manos de los "comparatistas" que enfrentan violentamente Asurbanipal con san Luis o Sesostris con Lenin. Menos devoción verbal por *la Vida* y más respeto por *las Vidas.* En los límites de un determinado período ¿es ya tan difícil para el historiador, me imagino, no proyectar sus ideas, sus sentimientos, sus preocupaciones de hombres de siglo XX en los espíritus y los corazones de los hombres del siglo XVI? Comparar veintiuna sociedades es querer cometer veintiuna veces multiplicado por veintiuna el pecado capital, el pecado irremisible del anacronismo. Y de una sola vez.

¿Tienen o no tienen historia los "primitivos"? El problema no es ése, en mi opinión. Lo que distingue las tribus de "primitivos" de las sociedades de los "civilizados" es esencialmente esto: puede hablarse con cierta legitimidad de los zulúes o los cafres, porque están relativamente muy poco diferenciados en el interior del grupo; en cualquier caso, mucho menos que los civilizados. Pero es arriesgarse a cometer un abuso de confianza histórica hablar, si no se hace con atención, de los griegos, de los romanos, los franceses de la Edad Media, los italianos del Renacimiento — y aun más, de los hombres de la Edad Media o de los del Renacimiento ("sin más", como quien dice). Y embrutecer la vida, con el pretexto de expresarla con una sola palabra. Recojamos un ejemplo caro a Toynbee: el "duro esfuerzo" de sus espartanos es muy real pero es el duro esfuerzo de un hábil periodista. Saltemos, también nosotros, los siglos, aunque no sea más

que por una vez. ¿No se escribirían, si uno quisiera, hermosas páginas comparando Esparta con la Alemania de los nazis? ¿Pero qué es la Alemania de los nazis, sino un título, una rúbrica, una forma cómoda de expresarse? ¿Alemania nazi? Son los propios nazis quienes lo consideran una realidad. Pero la realidad viviente de la Alemania contemporánea está hecha, a los ojos del historiador y para hablar con el lenguaje de Toynbee, de respuestas diferentes que los diferentes grupos y los diferentes individuos dan ante las "incitaciones" del nacional-socialismo. Está hecha de toda la gama de compromisos que se escalonan desde el 95 por 100 de adhesión hasta el 100 por 100 de rechazo, y de la fusión dinámica (y viviente) de tradiciones vivas, supervivencias fragmentadas y experiencias vividas que recubre el manto del conformismo oficial. Y Esparta ¿qué? Si la uniformidad nazi no es más que una palabra, ¿qué pensar de la uniformidad espartana y de la imagen que de ella nos da Toynbee? No echemos sobre tantas lagunas la máscara de un decorado de cartón piedra, prestigioso, por lo demás, y muy al gusto del Londres de 1936.

Historia comparada a lo Toynbee... ¿No estaremos ante una resurrección, en el siglo XX, de un viejo género literario que tuvo su momento de plenitud y sus obras maestras? Un género literario que desde Luciano a Fontenelle se llamó *Diálogos de los muertos*.

Concluyamos con dos palabras. Lo que de loable nos aporta *A Study of History* no es gran cosa nueva para nosotros. Y lo que nos aporta de nuevo, no nos sirve.

Una vez leído el libro andamos un poco a tientas: no se ha echado nada por tierra, nada se ha conmocionado; no estamos más engreídos de nuestras conquistas que antes —tampoco desazonados por los fracasos—. La verdad es que no descubrimos en nuestro bolsillo ninguna llave. Ninguna ganzúa capaz de abrir,

indistintamente, las veintiuna puertas de las veintiuna civilizaciones. Pero es que ¡jamás hemos intentado tenerlas! Aun sin orgullo, tampoco estamos faltos de confianza. Sabemos perfectamente por qué la historia es todavía entre las ciencias humanas una Cenicienta sentada debajo de la mesa. Y sabemos también que participa en la crisis general y profunda de las ideas y de las concepciones científicas que ha provocado un súbito impulso de ciertas ciencias: en particular, la física, al destruir nociones que desde hace varias décadas parecían adquiridas y sobre las cuales la humanidad descansaba a pierna suelta. Sabemos que nuestras ideas, fundadas en una filosofía científica pasada de moda, han de ser revisadas en función de tales transformaciones y porque la ciencia es una y todas las demás ciencias solidarias de ella — y nuestros métodos revisados en función de nuestras ideas —. Nada hay en eso que nos espante, nada que pueda incitarnos, renunciando a nuestra labor prudente y difícil, a echarnos en los brazos de milagreros, de taumaturgos cándidos y astutos a la vez, de fabricantes de baratas filosofías de la historia. Pero en veinte volúmenes.

Y en cuanto a la afirmación implícita que se deriva del libro de Toynbee, afirmación que no se formula, pero que se advierte en cada una de las páginas del libro, "la historia se repite", hay que decir: sí, la historia se repite, en efecto. En todo el sentido en que lo expresaba aquel viejo bibliotecario de un Sha agonizante. El monarca deseaba tanto, en el último minuto de su vida, aprender toda la historia... "Mi príncipe — le dijo el viejo sabio —, los hombres nacen, aman y mueren".

HACIA OTRA HISTORIA

Acaba de aparecer un librito, incompleto en su cuarta, si no en su tercera parte. Lleva un hermoso título —o, mejor dicho, dos títulos—: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien.*[1] El que merece el epíteto es el segundo; pero el autor escribió los dos en la portada de sus manuscritos y no se encontraba aquí ya para elegir difinitivamente el que prefería: el autor, Marc Bloch, fue fusilado, sin juicio, por los alemanes el 16 de junio de 1944, poco después del desembarco en Provenza, cuando "vaciaban" las prisiones ejecutando matanzas en masa de patriotas; Marc Bloch, uno de los más firmes espíritus de este tiempo[2] y que había llegado, mediante un sorprendente esfuerzo de aprendizaje (lenguas antiguas y modernas, lecturas prodigio-

1. *Cahiers des Annales*, fasc. III, Armand Colin, 1949; 110 páginas en 8.°.

2. Como testimonio, además de sus obras propiamente históricas, ese librito póstumo tan denso, tan profundo en su simplicidad, que ha titulado *L'étrange défaite*, testimonio escrito en 1940 (ed. Atlas, 1946, en 16.°). Es una meditación llena de recuerdos personales sobre las causas de ese desastre: ante todo, dice Bloch, "un desastre de la inteligencia francesa". Demasiado pocos franceses han leído este libro amargo, tanto más doloroso cuanto que es más mesurado. Pero ¿para qué? Marc Bloch no pertenecía a ningún partido político. Y ningún instituto de Francia ha recibido su nombre... Nuestros amigos de Inglaterra no son tan despreciativos sobre el alcance del testimonio. Lo han hecho traducir y editar por una de las más famosas editoriales universitarias...

samente extensas, estudios penetrantes de textos de todas las procedencias, viajes y encuestas en el extranjero), a ese punto en que las grandes obras parece como si nacieran de sí mismas bajo la pluma del maestro que las lleva en él — Marc Bloch, la más cruel, quizás, y la más inexpiable de todas las pérdidas humanas sufridas por Francia entre 1940 y 1945.

He dicho en otro sitio cómo, de vuelta a Francia, después del armisticio, por el peligroso circuito Dunkerque, Londres, Rennes, lejos de sus notas escondidas en París en lugar seguro, más lejos aún de sus libros cuidadosamente empaquetados y expedidos a Alemania por el ocupante, este hombre que detestaba la ociosidad, tomó la pluma y empezó a llenar páginas con sus reflexiones sobre la historia. Y, en primer lugar, sobre su legitimidad, tanto con respecto a los propios historiadores como con respecto a nuestra civilización, interesada directamente en el debate.

Porque, en el fondo y desde sus orígenes, se trata de una civilización de historiadores. A diferencia de tantas otras, algunas de ellas importantes como, por ejemplo, la hindú.[3] Incluso el cristianismo, la religión que expresa tantos de sus aspectos fundamentales, es también, ciertamente, una religión de historiadores. "Creo en Jesucristo, que nació de la Virgen María, fue crucificado bajo Poncio Pilatos, resucitó de entre los muertos al tercer día": una religión fechada. Y estas referencias no constituyen para el fiel un accesorio, en absoluto. No se es cristiano si no se aceptan esas afirmaciones, que la religión coloca en el umbral de la creencia, como otras tantas verdades situadas en el

3. Sobre la historicidad de las diversas civilizaciones sabemos muy pocas cosas. Demasiado dichosos somos cuando podemos recurrir a Granet para la China. Habría que provocar estudios semejantes, alertar a los indianistas, los egiptólogos, los asiriólogos, etc. Tales estudios sólo se harán a partir de la solicitación directa de los interesados.

tiempo. Igualmente, no se es cristiano si uno no se sitúa a sí mismo y, con él, las sociedades, las civilizaciones y los imperios, entre la caída, punto de partida, y el juicio, punto de llegada de todo lo que vive aquí abajo. Lo que significa a la vez encuadrarse a sí mismo y encuadrar al universo en la duración —y por tanto, en la historia.

Así pues, que muchos portadores de la civilización occidental se hayan desembarazado, bruscamente en las últimas décadas, de su viejo gusto por la historia; que hayan puesto claramente de manifiesto su desilusión por hombres que habían creído demasiado en lo que les gustaba llamar sus "lecciones"; que el ritmo propio de las revoluciones técnicas, tan furiosamente acelerado, engendre cada diez o quince años en nuestras sociedades verdaderas mutaciones psicológicas, que corresponden en cada caso a nuevos cambios: ferrocarriles, después automóviles, más tarde aviones, y la piel de zapa escogiéndose a sacudidas; vapor, después fuerza eléctrica, más tarde energía atómica en vías de domesticación, y todo lo demás, que harían falta páginas para enumerar, todo lo que afecta al género de vida, el comportamiento individual o colectivo, las reacciones sensoriales de los hombres;[4] que este ritmo propio, que esta aceleración prodigiosa de las transformaciones ahonde cada vez más la fosa que separa las generaciones y rompe las tradiciones. Todo eso es algo que no puede ahora probarse ampliamente. Consecuencia, entre otras: un gran desdén por la historia. El desdén de hombres que se embriagan con sus conquistas, sin tiempo para establecer sobre ellas una

4. Tampoco hay estudios concertados. Apenas si los "filmogistas" de reciente nacimiento empiezan a inquietarse. Henri Wallon ha trazado, en el marco de sus estudios, un programa tan interesante para el historiador como para el filmólogo; falta operar con él, y proseguir simultáneamente estudios sobre los organismos humanos. Sin despreciar el problema de la velocidad.

fundamentación duradera; porque, mañana, nuevas conquistas vendrán a poner todo, de nuevo, en tela de juicio. Desdén de hombres que se proclaman orgullosamente hijos de sus obras —y no ya de sus predecesores anticuados—. ¿Qué les importa Volta a nuestros constructores de centrales eléctricas? Es como hablar de Icaro a un constructor de aviones. Agua pasada. Y el prejuicio aumenta cada vez más: ¿cómo perder el tiempo en hacer historia cuando tantas tareas fecundas y que "rinden" requieren hoy todas las energías, todas las inteligencias?

¿Hay que reaccionar contra estas tendencias? Sin duda, en la medida en que presentan el riesgo de resquebrajar los fundamentos mismos de una civilización de historiadores. Bloch partió de esta gran preocupación. El primer título de su libro nos lo revela de forma excelente, en tres palabras. Pero hay el segundo. Ya he dicho que era hermoso. Y lleno de promesas, igualmente.

° ° °

Es raro que un historiador de la talla de Marc Bloch saque de sí mismo, de su vivencia —cuando está en plena producción y las obras que lleva dentro de sí le obsesionan—, es raro, digo, que formule las lecciones de su experiencia para comunicarlas a sus contemporáneos. Michelet, que era la historia misma, no lo hizo. Ni Fustel. Ni Jullian en nuestros días. Tampoco Pirenne. Enseñaron y, en consecuencia, transmitieron a otros un poco de sus reflexiones. Pero hay diferencia entre los consejos impartidos a aprendices, en el tajo, de una forma discursiva y fragmentaria; hay diferencia entre esas indicaciones de trabajo y esta especie de confidencia humana de un maestro explicando a lectores, que no son necesariamente "de los suyos", lo que representa para él su labor, qué fines se propone y con qué espíritu

la practica: todo, no como un pedante que dogmatiza, sino como el hombre que trata de comprenderse totalmente. Lo que en el libro de Marc Bloch gustará ante todo, más que su alegato en favor de la historia, son esas preciosas confidencias. Las reflexiones del maestro sobre un oficio delicado. Libres, pero ordenadas, sin pizca de academicismo ni de herencia.

En ello reside, creo, lo que en este libro puede interesar de modo principal, interesar ante todo al filósofo, preocupado por captar los aspectos vivos de las disciplinas contemporáneas. Ahí reside, en cualquier caso, lo que a nosotros, historiadores, nos interesa con respecto a la crítica filosófica. ¿Es necesario decir que, en general, ésta no nos presta todos los servicios que desearíamos?[5] Sin duda, pasa que los filósofos siguen siendo un poco víctimas de los historiadores —quiero decir de los prejuicios que demasiados historiadores continúan propagando: prejuicios heredados de un pasado lejano, aceptados sin discusión por prácticos poco dados a manejar ideas y prestos a aprobar las observaciones de Péguy sin darse cuenta de su anticuado gusto avinagrado—. "De una forma general (cito de memoria y pido excusas) no es sano que el historiador reflexione demasiado sobre la historia. Durante el tiempo que se ocupa de eso, detiene su trabajo. Y el filósofo (al quedarse sin oficio) se cruza de brazos. Con lo que tenemos

5. Dicho con todas las precauciones precisas. Es un hecho que historiador y filósofo representan en general dos tipos de hombres bastante claramente diferenciados. Es un hecho también que en los orígenes de lo que nosotros concebimos como historia hubo eficaces y fecundas reflexiones y sugestiones de filósofos. ¿Cómo no referirse a Leibniz?, ¿y cómo no referirse más tarde a Herder y después a Hegel? E incluso en lo que respecta a Francia ¿a Victor Cousin que lanzó a Michelet sobre la pista de Vico, a Quinet sobre la de Herder: a Michelet, que encargado de enseñar filosofía e historia en la Escuela Normal, protestó con energía cuando, al ser separadas las dos disciplinas, se le confió la de historia? ¿Habrá que recordar al Cournot de las *Considérations*?

dos hombres que no trabajan"... Péguy dice eso mucho mejor. En realidad, los libritos que se titulan *Introducción* o *Iniciación* a los estudios históricos reflejan todavía muy a menudo, en 1940, el estado de la ciencia hacia 1880. Y la imagen que presentan de la historia no está hecha para atraer el interés de gentes inteligentes y que reflexionan.

No hay, por otra parte, más que ésos. Todo el mundo les dedica su atención. Hubo los metodologistas impenitentes que descubrieron hacia 1880-90 que, al fin y al cabo, la historia no era más que un método. El método histórico. El cual no era otra cosa que el método crítico. Y por tanto, en absoluto un monopolio de los historiadores. De donde se seguía que la historia, al evaporarse, perdía todo contenido y toda realidad. Cosa que, entre paréntesis, dispensaba a los historiadores de plantearse la espinosa cuestión: ¿Qué es la historia?

Los sociólogos por su parte, con el entusiasmo de sus primeras conquistas, lanzaban alegres ataques a una disciplina tan mal defendida. Los defensores de la escuela durkheimiana no disipaban la historia en el humo. Se la anexionaban como amos. Todo lo que en el campo de las ciencias históricas les parecía susceptible de análisis racional, les pertenecía. El residuo era la historia: una paginación cronológica, todo lo más, de elementos superficiales, muy frecuentemente, hijos de azar. Es decir: una relación, un relato.[6]

6. En 1934, en los *Annales Sociologiques*, Bouglé concedía que la sociología "aunque consiga algunos progresos" no llegaría quizá nunca, a pesar de todo, a hacer inútil el *relato histórico*, ¡a suplantar a la historia! Eso era bondad, desde luego. Y añadía, con condescendencia: "El historiador tendrá que señalar siempre clasificaciones y conjeturas que el sociólogo será impotente para explicar mediante una ley general". Gracias por las clasificaciones; pero todo eso es culpa nuestra, historiadores. Efectivamente, en el mismo fascículo de los *Annales*, M. Mauss explicaba por qué los

Se comprende entonces la actitud de los mundanos y sus risitas burlonas: mundanos para quienes hablaba Paul Valéry formulando, no sin buen sentido por otra parte, el proceso de un cierto tipo de historia en el que, desgraciadamente, algunos no estamos dispuestos a reconocer el objeto de nuestras preocupaciones; Valéry daba una lección a esos estúpidos que no se habían dado cuenta, antes de él, de que, por ejemplo, la aparición en los hogares de la luz eléctrica fue un acontecimiento histórico mucho más importante que tal congreso diplomático de soluciones efímeras. Cosa que nos divertía mucho y que con demasiada claridad ponía de manifiesto que nuestro censor leía libros de historia muy malos. Hablando sin rodeos: no había leído nunca ni una sola línea de los artículos, discursos o libros de Henri Pirenne, de Marc Bloch, de E. F. Gautier, del Jullian de las *Chroniques gallo-romaines* o de las lecciones de apertura en el Colegio, del Jules Sion de los *Etudes méditerranéennes:* nuestros clásicos, nuestros breviarios, y sólo hablo, naturalmente, de los que han muerto. Entre los cuales, en cabeza, figuraba esa encarnación de la historia en quien nunca dejamos de encontrar notables presentimientos e ideas para la investigación de una fuerza singular: nosotros, los amigos de Michelet, desde mi viejo maestro Gabriel Monod hasta su alumno Henri Hauser, desde Marc Bloch hasta Renaudet, desde... pero somos demasiados. Que no sabemos lo que es la historia, evidentemente. De vez en cuando, per-

---

durkheimianos, al tratar de la morfología social, habían introducido "una confusión que habían evitado en otros lugares". Porque encontraban frente a ellos "unidades" (entiéndase la geografía humana y la demografía) demasiado claramente constituidas ya como para intentar romperlas. "No tuvimos la valentía de romper las articulaciones de una ciencia provisionalmente mejor hecha que la de las partes de la sociología que nosotros pretendíamos edificar". Si la historia hubiera sido, también, una "ciencia provisionalmente mejor hecha", acaso...

sonas que sí lo saben (en su opinión) nos dan una reprimenda que sufrimos con deferencia; nos enseñan que Michelet lo fue todo, salvo un historiador. Levantemos acta. No hablemos más hasta el día en que, en conocimiento del público lo que de su diario íntimo escapó a las tijeras de Athenaïs Mialaret, Michelet vuelva a ser digno de interés. ¿No ha escrito Gabriel Monod que nadie había hablado de su vida íntima con tanta franqueza como su maestro? He ahí con qué conciliar simpatías especiales, llegado el momento. Y la solicitud de los editores.

Dejemos eso. Hace algún tiempo formulé breves observaciones sobre "una manera de concebir la historia que no es la nuestra". Ahora, a nuestra manera, Marc Bloch nos da una exposición, por desgracia interrumpida, pero ¡qué claridad!

No se trata en absoluto de que el libro sea polémico. Al contrario, su serenidad es sorprendente. Es el mismo carácter que Marc Bloch imprime a todos los libros que nos ha dejado y que datan de ese período de 1940 a 1943, período que él atravesó con tanta dignidad, resolución heroica y nobleza. Sobre su admirable *Testament espirituel* y sobre sus últimas opiniones he escrito que obligaban a pronunciar la palabra santidad. Palabra que asciende de nuevo a los labios cuando se rememora lo que ha podido saberse de la pasión y muerte de este gran francés. La tranquilidad con que, arriesgando su vida cada día, se enfrentaba con el fin casi fatalmente, ennoblecía, depuraba todos sus pasos intelectuales. Incluso su estilo parecía como cambiado. Más sobrio. Menos malicioso. Más emocionado por su contenido, soberanamente liberado de las pequeñeces y las mezquindades del comercio cotidiano. Para volver a emplear la palabra de antes: la claridad, la limpieza es más total. Y más decisiva.

¿Es un método de historia este libro? En absoluto.

¿Consideraciones pseudofilosóficas[7] sobre la historia? Tampoco. ¿Rectificación de nociones erróneas o desusadas? Si se quiere, sí. Ante todo el libro es una revista crítica de las formas insanas de pensar y hacer historia, pero en forma de charla libre entre hombres honrados. El pedante no tiene aquí nada que hacer. Un ejemplo:

¿Va a trazar Marc Bloch, en el umbral de su libro, "una larga y rígida definición" de la historia? Es cierto que no faltan precedentes. ¿Qué historiador, al menos una vez en su vida, no ha cedido al contagio? Marc Bloch rehúsa hacerlo. No define la historia. Porque toda definición es una cárcel. Y porque las ciencias, como los hombres, tienen ante todo necesidad de libertad. ¿Definir la historia? Pero ¿cuál? Quiero decir ¿de qué fecha y en qué cuadro de civilización? ¿No varía la historia perpetuamente en su inquieta búsqueda de técnicas nuevas, puntos de vista inéditos, problemas que hay que plantear mejor? Definir, definir; sin embargo, las más exactas definiciones, las más cuidadosamente meditadas, las más meticulosamente redactadas ¿no tienen el riesgo de dejar al margen, en cada instante, lo mejor de la historia? ¿Qué sentido tiene en estos tiempos de transformaciones, incertidumbres, destrucciones, esa gran manía de las definiciones, apta para tiempos en que cada burgués vivía, adosado al Gran Libro de la Deuda pública, poderosamente empotrado en el sistema de Laplace, con el bolsillo del chaleco bien provisto de napoleones invariables? ¿No evocan las definiciones la conocida frase, divertida y profunda, sobre los alumnos de

7. "Cada ciencia tomada aisladamente no representa más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento. Para entender bien y apreciar sus procedimientos de investigación sería indispensable saber relacionarlos, con trazo perfectamente seguro, al conjunto de las tendencias que se manifiestan en las otras clases de disciplinas, en el mismo momento. Ahora bien, el estudio de los métodos por sí mismos constituye a su manera una especialidad en la que los técnicos se llaman filósofos. Es un título al que no puedo aspirar". *Obra cit.*, Introducción, p. 17.

una gran escuela científica "que lo saben todo, pero nada más"? Definir, pero ¿no es definir embromar? "Atención, amigo mío, se está usted saliendo de la historia... Relea mi definición, ¡es tan clara...! Si son ustedes historiadores, no pongan el pie aquí: esto es campo del sociólogo. Ni allá: se meterían ustedes en el terreno del psicólogo. ¿A la derecha? Ni pensarlo, es el del geógrafo... Y a la izquierda, el del etnólogo..." Pesadilla. Tontería. Mutilación. ¡Abajo los tabiques y las etiquetas! Donde el historiador debe trabajar libremente es en la frontera, sobre la frontera, con un pie en el lado de acá y otro en el de allá. Y con utilidad...

Eso es lo que ocurre de un extremo a otro del libro. Marc Bloch no ataca. Sigue su camino, recto, con firmeza. Dice las cosas como las ve —y explica con sobriedad por qué las ve así—. "Historia, ciencia del pasado." Así pues, el pasado en cuanto tal ¿es un objeto de ciencia? ¿Por qué no, entonces, una ciencia del presente o del futuro? No: "Hace ya mucho tiempo que nuestros grandes predecesores nos han enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre". Prosigue Bloch citando esta opinión de un amigo: "El hombre no, nunca el hombre, las sociedades humanas, los grupos organizados",[8] opinión que no hay que considerar, por lo demás, como tendente a excluir de la historia el estudio del individuo: nunca se tendrá la precaución suficiente con las fórmulas, esos ingenios mal regulados y que no siempre estallan en el sentido previsto. Hay los campos y las máquinas y las instituciones, las creencias, los escritos: detrás de todo eso que interesa a la historia, que es materia de la historia, lo que el historiador quiere captar son los hombres. "El buen historiador se parece

8. *La terre et l'évolution humaine*, p. 201.

al ogro de la leyenda: donde huele carne humana sabe que está su caza."

Pisamos ya un terreno sólido. Sólo falta añadir un trazo, pero esencial. La historia no piensa solamente en "humano". Su clima natural es el de la duración. Ciencia de los hombres, sí; pero de los hombres en el tiempo. El tiempo, ese cambio continuo, pero también perpetuo. "Los grandes problemas de la investigación histórica surgen de la antítesis de esos dos atributos."

• • •

No voy a seguir el pensamiento de Marc Bloch desde el comienzo a lo que es hoy, por desgracia, el fin de su libro. Ya he dicho lo suficiente para mostrar su espíritu y el estilo. ¿Y lo demás? Trátese de los límites de lo actual, de la forma en que hay que comprender el presente por el pasado y también y principalmente el pasado por el presente; ya se trate de la observación, de sus características generales, de la noción de testimonio y de lo que implica; de la mentira y del error y, por tanto, de la verdad en historia; de los problemas especiales del análisis y, en primer lugar, de los fines que con él se persiguen, es decir, juzgar o comprender... Sobre todos estos problemas y sobre tantos otros relacionados con ellos se encontrará en este libro mutilado las opiniones de un maestro expresadas con una sencillez, una modestia y una humanidad fuera de lo común.

"Si me da su aprobación, me sentiré a menudo halagado. Alguna vez me reprenderá. Y todo eso formará un lazo más entre nosotros". Así terminan las preciosas líneas que Marc Bloch trazó en mi honor, "a manera de dedicatoria", en la primera página de su manuscrito. En realidad, yo apruebo sin reservas, ¡claro! Y si Bloch estuviera aquí, ante mí, como tantas

otras veces, con su mirada curiosa y divertida, yo no le "reprendería" en absoluto. Le agradecería, simplemente, que haya traducido tan bien pensamientos que nos fueron comunes durante tanto tiempo y sobre los que él escribía que frecuentemente no podría distinguir con claridad "si son de él, míos o de los dos"... Pero quisiera añadir alguna cosa a lo que ha dicho Bloch.

La historia evoluciona rápidamente, como toda ciencia hoy. Algunos hombres tienden a orientarse cada vez más, con muchas vacilaciones y pasos en falso, hacia el trabajo colectivo. Un día llegará en que se hablará de "laboratorios de historia" como de realidades —y sin provocar sonrisas irónicas—. El trabajo del economista no se concibe sin un utillaje cada vez más perfeccionado. Y, en consecuencia, sin la constitución de equipos bien entrenados, bien encuadrados. Y, por tanto, sin encuestas bien concertadas. Hay historiadores que ante ese ejemplo que les afecta de cerca empiezan a despertarse a una concepción nueva de su trabajo. Una generación o dos y el viejo señor en su sillón, detrás de sus ficheros estrictamente reservados para su uso personal y celosamente guardados contra las codicias rivales como una cartera en un cofre, el viejo caballero de Anatole France y de tantos otros, habrá terminado su pálida vida. Habrá dejado su puesto al jefe de equipo, alerta y dinámico, que provisto de una gran cultura y animado a buscar en la historia elementos de solución para los grandes problemas que la vida plantea a las sociedades y a las civilizaciones cada día, sabrá trazar los marcos de una encuesta, plantear correctamente los problemas, indicar con precisión las fuentes informativas y, una vez hecho esto, evaluar los gastos, regular la rotación de los aparatos, fijar el número de miembros para el equipo y lanzar su mundo en busca de lo desconocido. Dos meses, o tres, o cuatro: la recolección ha termi-

nado. Hay que empezar a operar. Lectura de los microfilms, pasarlos a fichas, preparación de los mapas, de las estadísticas, de los gráficos, confrontación de los documentos propiamente históricos con los documentos lingüísticos psicológicos, étnicos, arqueológicos..., etc., que pueden facilitar el conocimiento. Seis meses, un año: la encuesta está lista para pasar a manos del público. La encuesta que un trabajador aislado hubiera tardado diez años para hacerla y no tan rica, ni tan amplia y menos probatoria. Y eso incluso en el caso de que hubiera concebido la idea en toda su amplitud.

"¡El fin de todo! Sin arte. Sin personalidad. Una mecanización del saber, como siempre. ¡Una más!"

—¿Creen ustedes? Mi opinión es la de que mañana será necesario saber más, tener más inteligencia, imaginación y amplitud de miras (en una palabra: más envergadura para plantear bien una cuestión tradicionalmente mal planteada), o principalmente, para plantear por fin, por primera vez, un problema que no se ha planteado nadie aún y que tiene una enorme importancia para nuestro conocimiento tanto del presente por el pasado como del pasado por el presente. Así pues, ¿quién va a impedir que el que formula preguntas, el maestro de obra tenga talento de escritor?, ¿y qué impedirá que se le emplee en dar cuenta de todos los resultados de la encuesta?

Esto no lo ha dicho Marc Bloch en su libro. Y, sin embargo, es capital, en mi opinión, para el porvenir de la historia. No es que él no estuviera de acuerdo en suscribirlo. Cuando, en 1936, al tomar posesión de la cátedra de historia de la civilización moderna en el Collège de France, yo exponía en una lección de apertura —*Examen de conscience d'une histoire et d'un historien*—, lo que entonces no era más que una opinión sobre el porvenir, él no me hizo, ciertamente, ninguna objeción. Pero las circunstancias, esa especie de

repliegue sobre sí mismo al que Marc Bloch se vio obligado inmediatamente después del choque de 1940, el cambio de país, la necesidad de reaccionar más que de expansionarse, todo eso, sin duda, explica un silencio que no quita nada de su fuerza y de su eficacia a sus meditaciones, sino que, en todo caso, las fecha. Ahora bien, desde 1945 vivimos años cada uno de los cuales vale por diez. Uno se cree precursor, cuando ya el grueso de su tropa marcha unos cuantos kilómetros por delante...

° ° °

¿Se trata únicamente de técnicas y nada más? Técnicas, en efecto. Pero yo no estaría de acuerdo con quienes hablaran sobre ellas con menosprecio. Y ya que tratamos este punto, permitidme añadir algo. Menos importante, pero que tiene su valor. Indudablemente la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales de piedras realizados por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre. ¿No consiste toda una parte y, sin duda, la más apasionante de nuestro trabajo como historiadores en un constante esfuerzo para hacer hablar a las cosas mudas, para hacerlas decir lo que no dicen por sí mismas sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido, y en constituir finalmente entre ellas esa

amplia red de solidaridades y mutuos apoyos que suple la ausencia del documento escrito?

Cuando no hay estadística, ni demografía ni otra cosa ¿vamos a responder resignadamente ante esta carencia? Al contrario, ser historiador es no resignarse nunca. Intentarlo todo, intentar llenar los vacíos de información. Ingeniárselas, es la palabra exacta. Equivocarse o, mejor, lanzarse veinte veces por un camino pleno de promesas —y darse cuenta después de que no conduce adonde debía conducir—. No importa, se vuelve a empezar. Vuelve a cogerse con paciencia la madeja de los cabos de hilo rotos, enmarañados, dispersos. ¿Relaciones de largo alcance entre antiquísimas civilizaciones? ¿Textos? No esperemos tanto. ¿Y formas de barco, todavía hoy asociadas a tal o cual instrumento, a tal o cual práctica cultural, a un número, a un vocablo, a un rito? Fechados a veces, fortuitamente, y que se captan en un lugar, una, dos, varias veces: eso es lo que permite —con esta especie de embriaguez que da el caminar por una estrecha divisoria, entre verosimilitud y fantasía, pura invención y constatación—, eso es lo que permite, repito, preparar los materiales para un mapa, pongamos por caso, del Océano Indico, la gran matriz de las civilizaciones, antes que el Mediterráneo, acaso, conociera su primera ordenación y su primer florecimiento...

¿Y más cerca de nosotros? Una sociedad medieval. No hay catastro, no hay planos sobre parcelamiento. ¿Tenemos que cruzarnos de brazos? ¿Tenemos que decir "no se sabe"? No. Otros documentos habrá sobre rentistas, terratenientes, "declaraciones". Quitémosles el polvo, leamos, reflexionemos, inventemos y acabaremos procurándonos una especie de balance fragmentario de un territorio dado —pero hay otros datos además: una estadística familiar con fecha fija; un reparto de cultivos, etc.

No hay que subestimar el persistente dominio de

este viejo tabú: "Sólo harás historia con textos". Imagino a un historiador de la pintura dictando: "Hay pintura cuando se extienden colores al óleo sobre telas, con pinceles". Y, en consecuencia, que no se moleste a ese hombre con los frescos de la Arena en Padua, el retrato de Jean le Bon en el Louvre y todos los primitivos y todos los exóticos que no han extendido colores al óleo sobre bases tensas de tela. Que no venga a molestársele con las obras maestras descubiertas en las cavernas por el abate Breuil. "¿Pintura? No. ¡Arqueología! No vamos a franquear con paso desenvuelto el límite sagrado: la historia aquí, la prehistoria allá..."

Es cierto que no hay necesidad de demostrar que el oficio de conocedor de estaciones lacustres exige conocimientos y, sin duda, aptitudes que el historiador de los ferrocarriles en el siglo XIX no tendrá que emplear. Y recíprocamente. Falta decir que la noción de prehistoria es una de las más chocantes que uno pueda imaginarse. El hombre que estudia la era de difusión de tal cerámica neolítica hace historia exactamente igual que el hombre que levanta un mapa de distribución de centrales telefónicas en Extremo Oriente en 1948. Tanto en un caso como en otro se trata de estudiar, con el mismo espíritu y los mismos fines, manifestaciones del genio inventivo de la humanidad, diversos por la edad y el rendimiento, si se quiere, pero seguramente no en ingenio. Marc Bloch sabía todo eso lo mismo que yo. Si el destino no se lo hubiera llevado y hubiera podido asociar su esfuerzo después de 1945 al esfuerzo de los que conmigo, a mi alrededor, en esta casa de los *Annales* que fundamos juntos con un mismo espíritu, han recogido el trabajo para impulsarlo más lejos, me pregunto si no hubiera sentido la necesidad de añadir a lo que ha dicho, tan exactamente, algunas precisiones complementarias. Pero ¿se trata realmente de un complemento?

* * *

En realidad, el gran problema, el problema capital que se nos plantea hoy (y repito que hablo aquí como práctico de la historia y no como filósofo, cosa que no soy en absoluto; repito que, en mi opinión, todo el interés de estas páginas reside en informar correctamente a los amigos filósofos sobre la forma en que algunos concebimos, en Francia, en 1949, el trabajo del historiador y, en líneas generales, el papel y el futuro de la historia), el gran problema es de organización.

¿Hay que hablar de la historia? El término es equívoco, lo que sería también una razón para no utilizarlo [9] si se pudiera crear un concepto mejor. Pero ¿cuál? En todos los casos, tiene dos sentidos. Significa una ciencia —y el contenido de esta ciencia—. Se me dirá que eso ocurre generalmente. Con menos consecuencias, quizás, y menos insistencias. Ahora bien, en nuestros libros o libritos sobre métodos se ha tratado, generalmente, de la ciencia en tanto que mecanismo intelectual. Del contenido y de la necesidad de inventariarlo y, después, de organizarlo, nada o poca cosa.

Nuestros tratados de metodología se limitan en la mayoría de los casos a distinguir las operaciones del espíritu humano concentrándose en tratar la materia histórica. Sus autores, muy poco lógicos, se obstinan en reescribir perpetuamente una especie de lógica superficial y escolar de la historia. De ahí que casi todos

9. Soy un poco más pesimista que Marc Bloch (*obra citada*, p. 1) sobre los inconvenientes que ofrece la utilización de esa vieja palabra gastada y sin significación precisa. Pero ¿por qué otra reemplazarla, que exprese a la vez la idea de hombre, la de cambio y la de duración? "Arqueología" se considera (y deriva de esta definición inoperante de la historia): la ciencia del pasado; no evoca ni la idea de humanidad, ni la idea de duración. "Antropocronología, etnocronología", invenciones bárbaras y que necesitarían explicaciones para ser entendidas.

ellos se pongan de acuerdo en decirnos: el historiador establece primero los hechos: acto I. Tras lo cual, opera con ellos: acto II. Siguiendo dos desarrollos: "Establecer los hechos es..."; "operar con hechos es..." Yo no digo nada en contra de eso. Sólo que no me enseña nada. Y que en tales análisis faltan muchas cosas: en primer lugar, la noción de lo que busca, debe o debería buscar el historiador. "Que el arte es una gran intención y no se encuentra en un tarro": de esta forma, cuando yo tenía quince años, Brunetière pretendía ejecutar a Bernard Palissy y sus *Rusticques figulines*. Yo no quiero ejecutar a nadie. Me molesta, simplemente, que la historia no tenga intención, que se quede en los arriesgados hallazgos de Magendio (lo que nos obliga a referirnos a Claude Bernard): "Yo me paseo por ahí como un trapero y a cada paso encuentro algo interesante que meter en mi saco". A lo que Dastre replicaba: "Cuando no se sabe lo que se busca tampoco se sabe lo que se encuentra". — La historia sigue estando en tiempos de Magendio...

Otra cosa. Esos libros, esas guías para debutantes hablan de *hechos* a cada página. Establecer los *hechos*; operar con los *hechos* establecidos. Pero ¿qué entienden por *hechos*? ¿Cómo conciben el hecho histórico? Uno se da cuenta en seguida de que para la mayoría de ellos sigue siendo un dato.[10] En bruto. Rehúsan pensar que el dato sea construido en realidad por ellos mismos sin darse cuenta. Todavía en 1949, conservan una especie de respeto supersticioso por el hecho, una especie de fetichismo del hecho que es la cosa más singular del mundo, y la más anacrónica. El científico que "mira a través del ocular del microscopio" y al que inmediatamente le saltan los hechos a los ojos,

10. Un interesante artículo de Henri Lévy-Bruhl, "Le fait en histoire", publicado por la *Revue de Synthèse*, no ha llamado suficientemente la atención, me parece, de los historiadores sobre este problema tan preñado de consecuencias.

bien claros, bien lavados por así decirlo, probatorios a voluntad — esa metáfora tan cara a nuestros maestros de antaño me divertía mucho hace ya cincuenta años (porque, al fin y al cabo, yo había "mirado a través del ocular" y observado que los hechos que revelaba el microscopio, en el laboratorio de histología donde iba a visitar amigos, no se captaban tan fácilmente, incluso cuando se sabía lo que se buscaba — caso que no era el mío, sino el de mis huéspedes, a los que yo oía discutir durante horas sobre tal o cual posible interpretación: mis huéspedes que, por lo demás, habían dedicado mucho tiempo a hacer sus "preparados" y en colorearlos, cosa que excluía la noción del "dado todo hecho...") —, ese "científico" de la metáfora famosa, si aún pinta algo en alguna parte es, mucho me temo, entre nuestros historiadores. ¡Oh!, sin duda, todos protestan: "No estamos dispuestos a creer que..." Pero sucede, claro está, bajo el imperio, y sólo bajo el imperio, de ese complicado sentimiento que la Iglesia llama respeto humano. Porque oidles decir: "¡Es un hecho!" Y miradles blandir sus hechos entre dos dedos, como el joyero ful que hace admirar al cliente una piedra falsa. Será edificante.

Es inútil insistir aquí sobre este aspecto de las cosas. Lo que al historiador todavía le espanta oír pronunciar, el filósofo lo tiene por adquirido hace ya mucho tiempo. Pero vuelvo a mis observaciones. Se puede modificar el esquema de los manuales, codificando la forma de proceder del historiador. Se puede rectificarla, complicarla, trasponerla. Añadir a las operaciones descritas operaciones nuevas. Se puede. Pero eso no es todo. Ni siquiera lo que más importa por el momento. Pasearse a ciegas, no ya en el dédalo del cuerpo humano, sino en la formidable multitud de nociones y hechos que componen la historia en el segundo sentido de la palabra: ése es el tipo de ejercicio al que el historiador debe renunciar. Y con urgencia.

• • •

Decir cómo y en detalle es algo que se ha de dispensar por no hacerlo aquí, en los límites de un artículo que es, ante todo, informativo. Sería necesario un libro colectivo, supongo. Pero, al fin, signos precursores anuncian ya la aurora de nuevos días.

Hace poco, una tesis más que notable defendida en la Sorbona, una tesis sobre *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* [11] (dos personajes de desigual grandeza, y ya no es el segundo quien tiene preferencia sobre el primero, lo que representa una gran novedad) — hace poco, digo, la tesis de Fernand Braudel nos aportaba un plan muy nuevo y, en cierto sentido, revolucionario. Decidido a situar de nuevo los grandes proyectos de la política española, en el más amplio sentido de la palabra "política", en su cuadro histórico y geográfico natural, Braudel estudia en primer lugar las fuerzas permanentes que operan sobre las voluntades humanas, que pesan sobre éstas sin que ellas se den cuenta, que las desvían en una u otra dirección: todo un análisis que aún no se había intentado nunca de lo que representa lo que, con una palabra pronunciada a la ligera llamamos Mediterráneo, como fuerza directora, canalizadora, que contraría también y frena o, al contrario, exalta, acelera el juego de las fuerzas humanas. Tras lo cual, en la segunda parte, saca a la luz fuerzas particulares, pero animadas de una cierta constancia — fuerzas impersonales y colectivas, pero, esta vez, fechadas y localizadas, por decirlo así, como las que operan en el siglo xvi, en la segunda mitad del siglo xvi, es decir en el espacio de tiempo que cubre la vida de Felipe II, rey de España. Tercera parte: los acontecimientos. La marea tumultuosa, hirviente y confusa de los hechos. Imantados a menudo por las fuerzas

11. París, Armand Colin, 1949, en 8.°, 1.160 páginas.

permanentes que estudia el primer libro —influidos y dirigidos por las fuerzas estables que enumera el segundo libro—, el azar juega, sin embargo, sobre ellos, el azar borda sobre el cañamazo de los encadenamientos sus más brillantes y más imprevistas variaciones.

Esquema audaz, pero simple: sin ruido, sin estrépito, sin declaraciones grandilocuentes ni presuntuosas profesiones de fe, el libro es un manifiesto. Un signo. Y, no dudo en decirlo, una fecha. Nadie acusará a su autor de filosofar —lo que en boca de historiador significa, no nos engañemos, el delito capital: el libro, este voluminoso libro que únicamente la crisis de la imprenta y los precios prohibitivos de la tipografía han impedido que fuera por lo menos el doble, en volumen y en sustancia, de lo que es actualmente, representa una maravilla de erudición. Son quince años de labor ininterrumpida, de investigaciones continuas en todos los archivos, en todas las bibliotecas históricas que cuentan en el mundo mediterráneo y el mundo ibérico. Tanto más demostrativo y más ejemplar. Y yo no digo —y Fernand Braudel lo afirmaría menos que yo—: el problema está resuelto. El problema de organizar en función de su presumible importancia el caos de los acontecimientos. De poner un poco de orden en la masa confusa e indistinta de las nociones y los hechos, permanencias. coherencias y contingencias que, sin exigencia crítica ni discriminación, se denominan historia. El problema no está resuelto. Pero sí situado para siempre en el terreno de las realidades.

* * *

El libro de Fernand Braudel es el libro de un solo hombre. Una tesis, una obra maestra artesanal, por tanto, exigida por la corporación universitaria a todos los que quieren hacerse profesores. Aun cuando el autor de esta obra maestra sea un resuelto defensor del tra-

bajo colectivo, ha tenido que doblegarse ante los reglamentos que, durante mucho tiempo todavía, no reconocerán en absoluto virtud probatoria a la organización, a la concepción, a la ejecución de un trabajo tal. Pero hay que reflexionar: ¿en qué sentido la puesta en práctica de las encuestas colectivas por los historiadores será apta para facilitar esa organización de la historia por la que estamos tan preocupados? Precisamente por el papel fecundo de la hipótesis que se hace visible a todos gracias a resultados indiscutibles. Gracias al ahorro de tiempo, de dinero, de esfuerzo incluso que representa el trabajo colectivo; y gracias, además, al papel de la historia hecho visible, bruscamente, y sensible para los que se obstinan en no ver en ella más que un juego de curiosidad gratuita, una diversión mnemotécnica, un entretenimiento sin valor —hablando en plata.

Hoy, incluso en un país dotado de una buena escuela de historiadores, apenas si aparecen, un año con otro, cuatro o cinco trabajos originales de historia relativamente nuevos por su proyecto y cuyos autores se hayan propuesto algo distinto que dar testimonio de que conocen y respetan las reglas de su profesión o, incluso, que solicitan la curiosidad de un público ávido de lecturas "históricas" que no le cuesten apenas esfuerzo. Ahora bien, esos cuatro o cinco trabajos tratan de temas alejados en el tiempo y en el espacio. Encienden la curiosidad al estar dedicados, supongo, uno a un culto antiguo, otro a un problema de técnica medieval; éste al estudio de una revolución monetaria en tiempos del Renacimiento y aquél al análisis de la estructura social de un gran país europeo en el siglo XIX. Obligan a decir de sus autores: "¡qué ingeniosos son!"; y de sus conclusiones: "qué nuevas son". Así pues, entretienen la curiosidad de algunos lectores inteligentes que tienen la posibilidad, bastante extraña, de ser bien aconsejados por un amigo historiador de espíritu innovador: "Lea esto, querido amigo, y también esto..." Eso

es todo. Y, sin duda, ya es mucho. Pero al fin y al cabo, esas publicaciones dispersas, poco numerosas, poco conocidas, casi confidenciales, son muy insuficientes para hacer sentir a todos, y con fuerza, la presencia de la historia — de la forma como todos sienten, supongo, la presencia de la matemática o de la química o de la biología en su vida cotidiana.

Imaginad, en cambio, que en uno o dos años aparecieran los capítulos sucesivos de una decena o de una docena de encuestas bien preparadas y sobre temas que afectan directamente al hombre culto — sobre temas que, con toda evidencia, tengan que ver de forma importante con su vida, su comportamiento en los negocios, las decisiones de orden político o cultural que deba emprender —: encuestas convergentes, pensadas en conjunto, lanzadas simultáneamente, de manera que tal importante fenómeno de circulación monetaria o de transporte o de población sea estudiado con el mismo espíritu tanto en civilizaciones alejadas en el tiempo como en civilizaciones separadas en el espacio por grandes distancias: todas las concepciones que el público pueda tener de la historia serán cambiadas. Y no oiríamos ya, como una diversión un tanto molesta, voces cándidas y cordiales que nos dicen: "Usted que es historiador debe saberlo: ¿cuál es la fecha de la muerte del papa Anacleto?, ¿y la del sultán Mahmud?"

No hay que engañarse: a despecho de las apariencias, es un problema importante. No son las exhortaciones que vengan desde fuera, no son las lecciones de los filósofos, las advertencias de los historiadores precursores las que van a determinar un cambio de espíritu y de actitud en el mundo propio de los historiadores; ni las que, en consecuencia, producirán esa transformación profunda de la historia que, en un país como el nuestro, las tradiciones universitarias hacen tan difícil. Hay que repetir los golpes. Un acoso del hombre contemporáneo por la historia: una historia eficaz y que se

haga presente en la consciencia de todos. Primero surgirán exclamaciones. Se harán burlas. Más tarde se reflexionará. Y entonces podrá jugarse la partida. Y ganarla.

Se ve ahora por qué daba yo tanta importancia hace un momento a la concepción del trabajo colectivo en historia. El común de los hombres sólo comprenderá el papel, la importancia, el alcance de la historia si recibe, y en la medida en que la reciba, la lección no de los doctores, sino de los resultados.

* * *

¿Qué papel, qué alcance, qué importancia? Último punto sobre el que, más allá del libro de Marc Bloch, quisiera atraer la atención para terminar. Porque de esos problemas no tratamos, por así decirlo, nunca. Me doy perfecta cuenta de que Marc Bloch ha partido de aquí: "Papá, explícame para qué sirve la historia"... Y lo ha explicado. Pero quizá quedándose un poco demasiado en los límites de la técnica histórica. Negándose a penetrar en ese *noman's land* inexplorado en que el historiador juzga que él no tiene nada que hacer — y el filósofo o el sociólogo que es sólo al historiador al que le toca arriesgarse... —

Evóquese ante los ojos la serie claramente innumerable de las generaciones que han precedido a la nuestra — desde que un ser susceptible de responder a la definición de *homo sapiens* ha llegado a dar figura a una de las nervaduras de ese inmenso abanico de formas vivientes que la naturaleza despliega y amplía progresivamente en su fecundidad; ese abanico cuya imagen sustituye en nosotros cada vez más, hoy, a la antigua imagen de un continuo lineal tan cara a nuestros padres — de una evolución que, desde los animales al hombre, era considerada aproximadamente como un hilo único y sin ruptura. Tras cada uno de nosotros,

qué prodigiosa serie de apareamientos, violaciones, mezclas brutales o uniones normales: ¡un vértigo! ¿Y la memoria de la especie guardando los rasgos durante tanto tiempo? ¡Qué de experiencias también! ¡Qué de participaciones en sociedades prodigiosamente diferentes unas de otras!... ¡Qué de huellas dejadas sobre nuestros antepasados inmediatos y sobre nosotros mismos por sistemas de ideas y creencias, por "instituciones" en el sentido sociológico del término, cuyas bruscas reapariciones, cuyos sorprendentes afloramientos nos desconciertan a veces — y nos desconciertan tanto más y con más frecuencia si nos dedicamos a observarnos mejor desde este punto de vista! Pero un instinto nos aparta de ellas. Un instinto nos advierte que no nos dejemos hipnotizar, hechizar, absorber por ese pasado. Un instinto nos dice que olvidar es una necesidad para los grupos, para las sociedades que quieren vivir. Poder vivir. No dejarse aplastar por esa formidable multitud, por esa acumulación inhumana de hechos heredados. Por esa presión irresistible de las palabras que aplastan a los vivientes, puliendo bajo su peso la débil capa del presente hasta quitarle toda fuerza de resistencia...

¿Qué hacen, históricamente hablando, las sociedades humanas para detener este peligro? Unas, las menos desarrolladas, las menos exigentes mentalmente, han dejado caer todo en la sima del olvido; dejémoslas con su miseria. Pero ¿y las otras? Han adoptado dos soluciones. Sobre las cuales, desde luego, nada sabemos con precisión. Así pues ¿quién se atreve a estudiar esas miserias?

Las sociedades tradicionales se han acomodado a su pasado, de una vez por todas, oficial y pragmáticamente. Tras la imagen que se daban a sí mismas de su vida presente, de sus fines colectivos, de las virtudes necesarias para realizar éstas, han proyectado una especie de prefiguración de esta realidad: simplificada, pero de

alguna manera agrandada y pareja de la majestad, de la autoridad incomparable de una tradición a la cual la religión confiere ese carácter augusto y sagrado. ¿Hay que decir que hasta el presente no se ha realizado ninguna encuesta sistemática, de conjunto, sobre el enorme problema que representa la tradición? Hay que decir que ése sería precisamente — digamos, que será, un día, un bello tema de encuesta colectiva organizada y concertada — cuando la historia se vuelva capaz de abordar también problemas tan importantes. Entonces se disiparán muchos errores. Y en primer lugar el de imputar inmutabilidad a lo que no hace más que cambiar; porque, en fin, ¿por qué esos librotes titulados *Historia de las costumbres* de tal o cual provincia? ¿Lo que sigue siendo inmutable no tiene historia? De vez en cuando, un investigador avisado descubre un rincón del velo. Hay las páginas de Granet, tan notables, sobre la reglamentación que los chinos han hecho de una tradición histórica que responde, en general, al esbozo que yo daba hace un momento. Hay las páginas, igualmente notables, de Dumézil desmontando el mecanismo de la historia oficial de Roma. Pero todo eso no corresponde al estudio de la tradición que nos hace falta.

Hay la tradición. Hay la historia. Que responde, finalmente, a la misma necesidad —sea o no consciente esa necesidad—. La historia, que es un medio de organizar el pasado para impedirle que pese demasiado sobre los hombros de los hombres. La historia que, indudablemente —yo lo decía antes—, no se resigna a ignorar y que, por tanto, se las ingenia para aumentar, siempre más, la multitud de los hechos "históricos" de que disponen nuestras civilizaciones para escribir la historia; pero no hay contradicción en ello. Porque la historia no presenta a los hombres una colección de hechos aislados. Organiza esos hechos. Los explica y para explicarlos hace series con ellos; series a las que no presta en absoluto igual atención. Así pues, lo quiera

o no, es en función de sus necesidades presentes como la historia recolecta sistemáticamente, puesto que clasifica y agrupa, los hechos pasados. Es en función de la vida como la historia interroga a la muerte.

¿Vale la pena pensar en eso? Desde hace años y años, documentos y documentos que permitían escribir la historia económica de la humanidad dormían en cajas, en armarios, en torres de castillos convertidas en depósitos de archivos. Letra muerta. Nadie se preocupaba de sacudir el polvo de esos viejos pergaminos o de esos viejos papeles. Ha sido cuando nuestras sociedades han empezado a dar a las preocupaciones de orden económico el lugar que daban antaño a otras preocupaciones, el momento en que los historiadores han comenzado a sacudir el polvo a legajos de los que hasta entonces nadie había sospechado que pudieran presentar un cierto interés. Es una nueva orientación de nuestras sociedades lo que ha engendrado una serie de trabajos que hubieran podido nacer, sin obstáculos, un siglo o un siglo y medio antes. ¿La contrapartida? Es la historia genealógica quien la proporciona. Si era favorecida en el tiempo en que la estructura social exigía de alguna manera que la historia genealógica existiera en nuestros países de Occidente, ha dejado de existir, prácticamente, desde que la cualidad de los hijos de sus padres (cuando no implica una herencia de bienes económicos, cosa que no tiene nada que ver con los beneficios de un "nacimiento" en el sentido que se daba a esta palabra en el Antiguo Régimen) deja de tener la importancia que revestía antaño para los que habían "nacido". Este ejemplo me parece particularmente probatorio.

Organizar el pasado en función del presente: eso es lo que podría denominarse función social de la historia. Nadie ha estudiado este aspecto de nuestras actividades. Se ha hecho la teoría de la historia. No su sociología. Sin duda, no podría improvisarse. Pero esta revista de

lo que parece ser realmente la historia de un grupo de historiadores franceses que trabajan mediado el siglo XX, esta revista creo que quedaría gravemente incompleta si, tras la bella ordenación de nuestros esbozos metodológicos, no se perfilara ese aspecto, un tanto inquietante acaso, de las actividades históricas observadas sin prejuicio ni complacencia. Con todas las consecuencias que de ahí se deriven. Principalmente en lo que respecta, una vez más, el problema de la objetividad que nos hemos cuidado de no plantear como teóricos o como filósofos: es nuestra práctica, sin duda, la que lo plantea de forma nueva. Y quizás imprevista.

• • •

Deberá excusarse lo que hay de sumario, necesariamente, en esta breve excursión a través de lo que podríamos llamar las "zonas pioneras" de la historia. Llegar más lejos, imposible. No por falta de espacio o de tiempo, sino porque no conviene imponer desde fuera direcciones proféticas a una disciplina en trance de organizarse o reorganizarse. Dejemos que realice sus propias experiencias. Sus escuelas. No intentemos trazarle por adelantado programas didácticos que quizá la obstaculizarían, la molestarían en su avance y serían prontamente desmentidos por los hechos. Recordemos al viejo empleado de la estación de Saint-Lazare: sabía cuántos billetes debía preparar cada domingo para Chatou, con una aproximación de dos o tres decenas. Pero nosotros no sabemos si seremos del número, del gran número constante de los que se presentarán el próximo domingo en la taquilla. Sobre la tendencia general de la historia hacia otros objetivos, hacia otras realizaciones, podemos hablar. Sobre los detalles de sus conquistas o de sus fracasos, decidirá la vida.

Río de Janeiro, 20 de julio de 1949

INDICE

Lucien Febvre (1878-1956) ha sido, junto con Marc Bloch, el más influyente historiador francés del siglo XX. Aparte de sus trabajos fundamentales de investigación y de su labor al frente de la revista «Annales», Lucien Febvre escribió numerosas páginas que constituyen una reflexión general sobre la ciencia histórica y que él quiso denominar COMBATES POR LA HISTORIA para que el título recordara, según sus palabras, «lo que hubo siempre de militante en mi vida».

ariel
quincenal